

# N O S O T R O S

---

## VALERA EN RUSIA (\*)

**E**L viaje a Rusia es, hasta cierto día, una etapa placentera en la vida de Don Juan. Colma, por de pronto, sus gustos más tenaces: Libre de la rutina oficinesca y de la monotonía madrileña, vive holgadamente: príncipes y grandes señores le agasajan con honras fastuosas: tierras y usos no cursados por él, reencendiendo su curiosidad a cada hora. Ilustres ciudades, castillos regios, amables señoras, bailes, comilonas; el museo y el teatro, la corte y el prostíbulo, libros y papeles curiosos que buscar; manías ajenas de que burlarse: copiosa materia para solaz de su pluma. ¿Qué más quería él? La avidéz de novedades se sobrepone a lo versátil del gusto y al cansancio; donairoso siempre, se le vé hechizado, y, más que contento, locamente divertido. El formidable aparato de la corte del zar, tan pronto le suspende, si contempla el grandor imperial, como provoca sus burlas, si descubre una vena de fantasía jactanciosa en el carácter ruso o percibe el fondo de costosa barbarie en que el régimen se asienta. Acordándose de sus lecturas, afecta levemente el tono de un viajero que visita países fabulosos. En posesión plena del estilo, escribe su obra maestra del género epistolar. Correspondencia gozosa, chispeante, hasta que un nuevo amor frustrado, un acceso de lujuria, malignamente provocada y no satisfecha por una mujer cruel, le puso al borde de la desesperación. El viaje, en-

---

(\*) Habiendo reconocido el zar de Rusia a Doña Isabel segunda por reina de España, vino a Madrid una embajada extraordinaria de aquella corte. En igual correspondencia, el gobierno español envió a Rusia una misión, confiada al duque de Osuna, de la que fué secretario Don Juan Valera. Año 1856.

turbiado por disidencias con el duque de Osuna, termina en llanto y pesadumbre; pero la carta en que narró su mala ventura es la más divertida y sabrosa.

La misión (el duque de Osuna, su ayudante el cononel Quiñones y Valera), salió de París hacia Berlín, tomando el camino de Bélgica y Westfalia. El duque "es la más excelente persona y el más generoso gran señor que he conocido en mi vida. Viajamos a lo príncipe. Paramos en las mejores y más elegantes fondas, y tenemos coches, criados, palco en los teatros, y cuanto hay que desear, todo a costa del duque. Los miramientos, las delicadas atenciones y la noble bondad con que nos trata, así al ayudante como a mí, exceden a todo encarecimiento. A él por otra parte le atienden y agasajan sobremanera en los puntos donde nos detenemos; y harto claro se ve que su nombre suena bien en los oídos de esta gente del Norte, mucho más aristocrática que nosotros, o por lo menos no tan envidiosa, y sí mejor educada (1)".

El duque se detuvo en Bruselas y en Munster, donde sus muchos parientes se jactaban de serlo y de los cuales estaba él también muy satisfecho, complaciéndose en visitarlos y ellos en obsequiarle. En casa de los príncipes de Craij y Dulmen, en Munster, Valera recuerda la del famoso barón de Thunder-ten-tronckh, y las tres princesitas que allí se anidan le parecieron otras tantas Cunegundas inocentes y frescachonas. "Un Cándido y un doctor Pangloss faltaban; pero en Alemania no hay la malicia y la hiel de nuestra tierra, y todos son optimistas y cándidos. Y en cuanto al aya de las Princesas no pude menos de reconocer en ella a la doncella de ojos negros que puso a su pesar al Doctor Pangloss en el estado lastimoso en que se le encontró Cándido en Holanda". La libertad de costumbres, o, más claro, la falta de escrúpulos en el comercio sexual le encanta. Todavía, las damas de alcurnia se retienen por orgullo de raza; pero las mujeres del pueblo que, por fortuna, carecen de ese orgullo, no creen que sea muy terrible pecado la fornicación, y se dan "con la mayor sencillez y naturalidad imaginables". En Berlín, a donde llegó el 23 de noviembre, se aprovechó de esa

---

(1) Valera a Cueto; Berlín, 26 Nov. 1856.

## VALERA EN RUSIA

licencia. El, y Eulogio Florentino Sáenz, hicieron de Fausto y Mefistófeles con dos modistillas muy guapas. “Esto en otro país se debería considerar como una prueba de la mayor corrupción: pero aquí se hace con una buena fe y una inocencia tan grandes, que el moralista más rígido no tendría porqué fruncir el ceño si lo considerase atentamente”. Valera insiste en la observación que ya comunicó a Estébanez en las cartas de Dresde: Alemania es pagana; nunca fué cristianizada del todo. Eso explica lo de las modistillas y “mil cosas más altas”, que no admiten otra explicación. “El cristianismo, dicen los modernos filósofos alemanes que les diabolizó la naturaleza que ellos habían divinizado: pero el caso es que en la rica imaginación de esta gente y en sus apasionados corazones siempre tuvo la naturaleza mucho de sobrenatural y de divino, y las pasiones algo de injusticiable, de fatal y de santo en consonancia con ella” (2).

Cinco días estuvo en Berlín. Le hablaron mal de todos los miembros de la Legación española en aquella corte, menos de uno, el más tonto. “Esto me disgusta de la diplomacia y hasta del mundo. Esto prueba que la tontería y la insignificancia no matan, y mata cierta falta de FORMA (3)”. Asistió a una representación del *Tannhauser*. Dos años antes se había iniciado en la música alemana: la del *Tannhauser* le pareció “profundísima, y no por eso fastidiosa para los profanos... Yo estaba con la boca abierta (4)”. Los wagneristas españoles (supuesto que todavía los haya) deben poner a Valera en el rango de los precursores. Fué recibido y comió en el Real Palacio. Estaban, además de las personas de la servidumbre, “entre las cuales algunas damas de no malos bigotes, que nos miraban con curiosidad, y especialmente a Quiñones que se parece al Otelo que sale aquí en el teatro”, algunos magnates, entre otros el barón Alejandro de Humboldt, que les “habló muy bien en español”. El rey de Prusia era un sabio bobalicón, lleno de la más candorosa pedantería. “S. M. tiene la manía de ser *omniscio*, o poco menos; y la más incómoda de examinar a todo bicho viviente. Muy apurado se vió el duque para responder a todas las preguntas del

---

(2) Berlín, 26 nov., al mismo.

(3) Varsovia, 30 nov. 1856: A Cueto.

(4) Berlín, 26 noviembre.

rey sobre los títulos de la casa de Osuna y la historia de **estos** títulos, sobre la virgen de Guadalupe y sobre los carneros **merinos**, y quien sabe sobre cuantas cosas más. El rey quedó **muy** satisfecho porque tuvo ocasión de lucir sus conocimientos: de los cuales me mostré yo espantado y absorto con los cortesanos (5)". Como regalo, Valera ofrece a sus compañeros de la secretaría que, al volver del viaje, les hará conocer el paso gimnástico de los soldados prusianos.

Nada ha llamado tanto la atención de Quiñones. Valera hará que le copien la música "para que a mi vuelta la tararee Ferraz en esa Primera Secretaría y yo haga el paso delante de ustedes. Creo haberle aprendido muy bien, al menos así lo asegura Quiñones, y ya verán ustedes una cosa bonita cuando lo haga (6)". Llegaron a Varsovia el día 29, a las doce de la noche, con treinta horas de viaje por ferrocarril. Al entrar en el territorio del Imperio ruso "vino a abrirnos la portezuela del vagón, y a ponerse a las órdenes del duque, un correo imperial tan emplumado, áureo y relumbrante, tan majestuoso, tan inmenso y tan barbudo, que yo imaginé que era el emperador mismo que no pudiendo moderar la impaciencia de vernos había salido a nuestro encuentro hasta la frontera. Al cabo al ver su humildad me convencí de que era correo (7)". En Varsovia, "hermosa, pero triste como una esclava", se alojan en un palacio imperial, "situado en medio de un extenso parque, rico de árboles gigantescos y de hermosos y bien trazados jardines, que en verano deben hacerle ameno, deleitoso y sombrío". Tres días gastaron en Varsovia. Banquetes, recepciones, bailes, funciones de teatro; "nos divertimos aquí en grande. Vengan penas después". La cocina está más adelantada si cabe que en Francia: "pocas veces me he nutrido tan bien en este valle de lágrimas". Le han presentado a muchas señoras, que se conoce desde luego que son alegres, románticas y divertidas. "Las damas miran de una manera que derriten. Yo estuve muy fino con dos o tres, y ellas muy amables conmigo. Estas son las delicias de Capua". Ha visto en el teatro las danzas legítimas de la Persia y de la Geor-

---

(5) Id.

(6) Id.

(7) Varsovia, 30 nov.

gia. "Las georgianas hicieron los movimientos más voluptuosos y nos dirigieron las miradas más ardientes que pueden imaginarse. Los feroces guerreros se agitaron con meneos selváticos y desatinados, al compás de una música por el estilo de la muñeira, aunque algo más belicosa, y al estruendo de sus propias armas, que resonaban y se chocaban al andar, de los panderos y de las palmadas. El efecto que esto produce no se puede comprender, sino viéndolo. Con todo la danza asturiana acaso se parezca algo a esta danza. Dos o tres hombres la acompañaban con un canto peregrino y melancólico. Otros miraban la fiesta con mitras y arreos fantásticos (8)". Valera no deja de temer los peligros e incomodidades del viaje, señalado para el 2 de diciembre. "Los grandes ríos aun no están bien helados, y algunos han caído y se han ahogado últimamente en ellos. Creo que también hay ladrones por los caminos... Ahora empiezan los verdaderos trabajos".

Salieron bajo la conducta del correo barbudo, haciendo sus jornadas por Ostrolenka, Mariempol, Kovno, Dinaburg, Ostrov y Gatchina. En los caminos, malísimos, el carruaje se atascaba. El correo molía a palos y coces a los servidores, para alentarlos. Se cruzaron con unos regimientos de infantería que a la deshilada iban a Varsovia. Tenía el correo grado de Capitán, lo que le daba alguna jurisdicción sobre los soldados, y requirió sus servicios. El capitán zurraba a los soldados, éstos a los postillones y a los paisanos que se descarriaban por allí. De esa manera salían del atolladero. "El capitán traía siempre consigo una chispa de primera magnitud, que le iluminaba por dentro: porque se ha de confesar en honor suyo y de la chispa, que cuanto mayor era ésta, mejor dirigía él la maniobra (9)". En Kovno, el coronel Quiñones quiso encargarse de conducir el viaje científicamente, juzgando que no iba bien hasta entonces. Sacó unos mapas "y poniéndose a considerarlos, como pintan a Napoleón la víspera de Austerlitz, calculó por la dirección de las aguas las desigualdades y desnivel del terreno, midió distancias, trazó figuras, tiró líneas y, valiéndose de ambas trigonometrías y hasta de las sec-

---

(8) Id.

(9) San Petersburgo, 10 Dic. A. Cueto.

ciones cónicas, aunque de esto no estoy muy cierto, formó un profundo plan de viaje. Por espacio de dos días se siguió fiel y puntualmente este plan y en estos dos días ni comimos, ni sosegamos andando apenas lo que en uno solo bajo la dirección del capitán,

ignaro  
D'ogni virtù che da saper deriva"

Y recordando sus lecturas filosóficas, comenta:

“Si yo no fuese filósofo, atribuiría este fenómeno a alguna causa vulgar que no redundase muy en favor del coronel; pero, siéndolo, como lo soy, me lo explico todo satisfactoriamente. La naturaleza rusa no está aún bastante civilizada para seguir las leyes matemáticas: las cuales no son otra cosa que la forma de nuestro entendimiento, que imponemos, libre y espontáneamente a la materia, creándola a nuestra imagen. Acaso aquí no se haya hecho aún esta imposición y la naturaleza esté en un estado caótico, anterior a la abstracción, que es el verbo que la ordena y crea el universo. No sé si me explico (10)”. El correo imperial reasumió el gobierno de la expedición, y el 9 de diciembre llegaron a San Petersburgo. No habían dormido ni una sola vez en cama. El duque hizo todo el viaje de uniforme, “entendiendo él que el ir así era indispensable requisito”, y sin apartar la vista de la caja que contenía las Reales cartas.

En Rusia, donde no pensaba estar sino pocas semanas, Valera vivió seis meses, hasta junio de 1857. Entabló una correspondencia regular, de la que nos quedan, fechadas en San Petersburgo, cuarenta y cinco cartas: una de ellas a su madre, otra a su hermano, y las restantes a Don Leopoldo Augusto de Cueto, subsecretario de Estado. Publicadas están, con algunas alteraciones y cortes (mas el fragmento sobre Moscú), en los dos tomos de *Correspondencia* de las *Obras Completas*, salvo cinco cartas, todavía inéditas. En sus epístolas, Valera amplía e ilustra, confidencial y amistosamente, los despachos oficiales. Cuenta el curso de los tratos para la concesión de cruces, bandas y cordones a los personajes de una y otra corte; la elaboración de

---

(10) Id.

un proyecto de convenio comercial, y un esbozo de negociación encaminada a procurar, mediante los buenos oficios del emperador Alejandro, la concordia de las dos ramas rivales de la dinastía española. Estos son los temas incidentales. Lo principal consiste en descripciones de la corte rusa, de los palacios, fiestas y costumbres de la nobleza; de los tipos que más han llamado su atención; de los museos, academias y otros institutos notables; con largas referencias a la historia política y religiosa de Rusia, en la que se instruye curiosamente, como en su arte y literatura. Nos valemos aquí tan solo de las noticias que atañen a la persona de Valera e ilustran su carácter.

Por de pronto, Valera está fascinado: "Esto es inmenso, inmenso, y por lo poco que he visto me gusta más que París (11)". Han sido presentados al emperador. "El duque pronunció medio discurso como un hombre. Al otro medio se le trabó la lengua y no pudo ir más adelante (12)". Cenan en Palacio: "El duque iba resplandeciente como un sol, todo él lleno de relumbrones, collares y bandas... Esclavos negros, con turbantes y muchos oros y colorines; y unos ciudadanos, con unas mitras singularísimas, de las cuales salen penachos de plumas de avestruz que caen formando ramos como los de las palmeras, nos sirvieron de comer y de beber (13)". Empiezan a menudear los bailes y con-vites: el duque hace en todas partes un gran papel: "Trae consigo, y ha enseñado aquí a muchas damas, un álbum de fotografías que representan los jardines de *La Alameda*, su palacio de Guadalajara, y otros castillos. Las señoritas, sobre todo las *demoiselles d'honneur*, abren cada ojo como una taza, al ver *ces chateaux en Espagne*. Su excelencia pone este cebo, se pavonea, almibara y adoniza, dice que se quiere casar y extraña luego que las muchachas se alboroten por él, y exclama, con fingida tristeza, que es el más desgraciado caballero que ha existido jamás, y que no hay doncella que no quiera dejar de serlo en sus brazos (14)". Con esta y otras chanzas no tardó en sobrevenir el enojo del duque y su ruptura con el malicioso secretario.

---

(11) Id.

(12) A su madre: 16 Diciembre.

(13) Id.

(14) 11 Enero 1857: A Cueto.

Aunque encerrado por su situación en la esfera del gran mundo cortesano, Valera halla vagar para otros gustos. En la Biblioteca Imperial busca, examina y copia manuscritos históricos españoles. En los establecimientos eróticos, donde el rito de amor se cumple "a los sonos del órgano, con toda pompa y majestad", observa los modos de una Venus erudita, y prolijamente se los refiere a Cueto, su corresponsal, comparándolos con el arte amatorio de París. "Me parece que se deben tocar todos los puntos, aunque no sean muy decentes, y más por escrúpulo de conciencia que por gusto, toco este ahora (15)". ¡Una obligación sola le fastidia: la de acompañar al duque y a Quiñones en las visitas a los cuarteles y a las academias militares: "Yo sospecho que el duque entiende tanto como yo, que es nada, de cuanto allí hemos visto: pero va a verlo de uniforme, y lo mira todo con tal formalidad y cachaza, que cualquiera diría que lo entiende (16)". En premio de haberla echado tanto de militar, el emperador obsequia al duque y a su edecán con una revista donde tienen que aguantar, con quince grados bajo cero, el desfile de cuarenta mil hombres.

Valera, con todo, no tarda en fatigarse, ni en sentir que ha incurrido en el desagrado del duque. Ya en diciembre, no mucho después de llegar a San Petersburgo, escribía: "Mi situación aquí se va complicando. Tengo ganas de volver a Madrid y a esa primera secretaría (17)". Este primer desabrimiento nace tan solo de las preferencias personales del duque: "Indudablemente, querido amigo, las armas han sido y seguirán siempre siendo más poderosas que las letras. Quiñones me roba el corazón del duque. El duque prefiere que le llamen mi general, y tener por ayudante un coronel, a que le llamen señor duque y tener por secretario a todo un Oficial de esa Primera Secretaría. Mas yo me consolaría fácilmente de ver a mi rival preferido, porque nunca he sido celoso ni amigo de rivalizar con nadie, si pudiese hablar o acercarme siquiera"... a las bellas señoras que vé en el teatro y en sueños. Aun no había ido a ninguna tertulia elegante. Cuando su vida de relación corre ya vertigi-

---

(15) 26 Febrero; al mismo.

(16) 23 Diciembre 1856; al mismo.

(17) 28 Dic.



nosa, el cansancio y una especie de murria le sobrecogen: "Usted creerá, sin duda, que yo también me divierto muchísimo viendo y notando estas mismas cosas; pero, a la verdad, que no sucede así. Este clima me sienta mal; estoy muy bilioso y muy nervioso, y paso noches agitadísimas sin poder pegar los párpados. No sé como tengo humor para nada... Aquí no he hallado hasta hoy, falta mía acaso, persona alguna cuyos gustos y manera de pensar simpaticen con los que yo tengo (18)". Hasta los convites, que son su mejor hora de cada día, porque le dan de comer divinamente, le traen ideas melancólicas, representándosele con fuerza el contraste de la miseria y el lujo: "Al comer con estos boyardos [me acuerdo] del pan de centeno, de los puchos negros, del *stchi*, sopa de sebo y coles, y del *kwas*, abominable cerveza agria, principales manjares y bebidas que entran en la boca de esta mísera plebe. Sospecho que la cucharada de rancho que tomé en Varsovia se me ha espiritualizado en lo interior y forma hoy parte de mi conciencia, avinagrándola como un fermento o levadura moral (19)". Pocos días más tarde acaricia ya el proyecto de evadirse: "Aquí me tiene usted todavía sin acertar yo mismo por qué no me voy (20)".

Su ánimo se entenebrece o se despeja, según es el estado de su salud. Tenía "cansancio y plétora" y un poco de tedio. En tan gran bullicio, se hallaba, a veces, demasiado solo. Así es que tan pronto habla de volver a España, como de quedarse en Rusia, sin cargo oficial, a estudiar la historia y la literatura del país. "Cada día me encuentro peor de salud en este clima, y sin embargo, la curiosidad bastaría a detenerme aquí si el deber no me detuviera (21)". Por otra parte, los enojos del duque le hostigan: "Razones que usted debe adivinar por los antecedentes que tiene, hacen mi permanencia en este país cada día más difícil y menos agradable (22)". Y ya parece resuelto a marcharse: "Yo no puedo permanecer aquí más largo tiempo. Mi salud tampoco es la mejor. Estoy mimado en mi casa y aquí

---

(18) 6 Enero.

(19) Id.

(20) 11 de Enero.

(21) 20 Enero.

(22) Id.

ni me sirven, ni me cuidan, ni me preguntan siquiera si me llevan o no me llevan todos los diablos (23)". En realidad, lo que más le incomoda y le enfada es su falsa posición con el duque. Semanas más tarde, Valera, sometido a un régimen curativo, iba bien de salud; pero no halló remedio que le compusiera con Osuna.

"El duque no me honra, por desgracia, con su amistad, y yo le fastidio (24)". ¿Qué había pasado? El señor de Cueto mandó copiar las cartas que le escribía Valera, y, pensando favorecerle, las publicó en un periódico. Integras se leyeron en la Secretaría, en el Casino de Madrid y en algunas casas particulares. Mutiladas o no, las cartas movieron una tempestad: quién ponía en las nubes al autor; quién le tachaba de imprudente y desagradecido. "Tus cartas — escribe Sofía Valera — (25) han hecho una revolución, hay estúpidos que dicen que son chavacanas, el tío Galiano te ha defendido y contestado que se conoce no saben ellos ni siquiera nuestra lengua y por consiguiente el significado de las palabras, etc., etc., ha hecho mil elogios de tí y dice que eres el hombre que más sabe en España, y que tendrás siempre enemigos, porque eres superior y que no te pueden perdonar que tengas más instrucción que ellos. Lo cierto es que tus cartas las copian todos los periódicos, hasta el diario de avisos, así que procura que no hieran ni a los más susceptibles. Cueto me las envía para que yo las lea originales, y creo inútil decirte que me encantan, al tío Agustín se le cae la baba". Su madre había aportado ya el mismo testimonio: "Tus cartas hacen furor y son muy celebradas: así se lo ha dicho Cueto a tu hermana Sofía y que el Gefe por ellas tiene formado buen concepto de tí a lo menos, digo yo, de tu estilo epistolar (26)". Su celebridad resonaba en Palacio: "Tus cartas escritas y publicadas han gustado mucho en general y le han gustado tanto a la Reina que a todos los ministros le (s) hablaba de tí y de las

---

(23) 28 de Enero.

(24) 28 de Enero.

(25) Sofía Valera a su hermano Don Juan. Madrid, 19 Feb. 1857. (inédita).

(26) La marquesa de la Panicga a su hijo D. Juan. Madrid, 6 Dic. 1856. (inédita).

cartas (27)". Conquistaban el aplauso de los prevenidos en contra suya: "El marqués de Molins — escribe Sofía Valera (28) — con quien comí ayer, me hizo mil elogios de tí, y me dijo que tus cartas le habían gustado mucho y eso que las había leído con prevención porque algunos tontos envidiosos de la Secretaría le habían informado mal de ellas, sin duda porque ninguno era capaz de escribirlas, y porque ninguno de tu carrera tenía tu talento ni tu instrucción, etc., etc.". No menos bien que sus cartas privadas parecieron sus despachos oficiales y las notas que escribía para el gobierno ruso. "Debo decirte en contestación a tu pregunta de la primera carta que tus despachos o notas han gustado mucho, muchísimo y que desearan que concluyeses tú este negocio porque aunque aquí conocen que no se podrá obtener todo el partido que querían sacar se conformarán con que se saque el mejor partido posible y creen que tú que lo has comenzado eres el que lo puede sacar, tu nota a Gorchacoff le ha gustado mucho a! Gefe y Cueto dice que está en un francés divinamente escrito creo que hoy lo aprueban todo (29).

La publicación de las cartas y el aplauso con que se recibían halagaron a Valera: "Con gran sorpresa (30) he visto en los periódicos las dos cartas que dirigí a usted desde Berlín y Varsovia; y he sentido rubor y encogimiento al verlas publicadas, porque si algún mérito tienen... es en aquellos pasajes algo resbaladizos y meramente anecdóticos, que por su condición misma no pueden publicarse y que, segregados del resto de las cartas, las dejan a trechos oscuras y truncan las frases y el sentido. Ya mis cartas de por sí, escritas al galope, y sin presumir yo de atildado y retórico al escribirlas, son tan desaliñadas que el leerlas ha de causar enojo a muchos. Pero siga usted publicándolas si quiere, que yo me enmendaré, cuando no en el estilo, pues por mi carácter es imposible que yo le lime y pula para escribir una carta familiar, al menos en las noticias que vaya dando".

---

(27) La marquesa de de la Paniega a su hijo D. Juan. Madrid, 13 Febrero 1857. (inédita).

(28) 23 Marzo. a su hermano D. Juan. (inédita).

(29) La marquesa de la Paniega a su hijo D. Juan. Madrid, 7 Abril. (inédita).

(30) A Cueto, 1º Enero 1857.

Pero no tardó en pesarle de su publicación ni en arrepentirse de su desenfado. Divulgadas en Madrid, poco después eran conocidas en San Petersburgo, no sólo por referencias llegadas personalmente al duque y a Quiñones, ni mutiladas, como salían en los periódicos, sino completas: "Varias personas me lo han dado a entender, y una señorita inocente me lo ha dicho a las claras" (31). En Madrid, no solamente se enfadaron los que más o menos pudieran creerse lastimados por la pluma de Valera, sino las gentes oficiosas que hacen profesión de avivar con sus soplidos las rencillas que no les tocan y de irritarse por cuenta ajena: "Muy fastidiado estarás — le dice su hermana (32) — con los chismes que han escrito al Duque. Sin duda Cueto ha hablado imprudentemente y te ha puesto en compromisos bien fastidiosos, y lo peor es que tú eres la víctima de la tontería de los demás, sin haber dicho nada del Duque ni de Quiñones. A mí no me dicen nada de estos chismes; pero yo lo he traslucido y creo que Don Antonio, el apoderado del Duque y la Sclafani habrán escrito al Duque todas estas tonterías, los primeros porque no me han querido dar las cartas que el mismo Duque les dijo me dieran para tu elección, y la segunda porque habrá oído decir a alguno que tú habías hablado mal de tu Jefe, y sin encomendarse a Dios y sí al diablo, sin haber leído las cartas y por consiguiente bajo la equivocada idea que los envidiosos le han hecho concebir". Y añade en la postdata: "Como mujer he dejado lo más interesante para lo último, y es el decirte que estos disgustos que has tenido por las cartas no los olvides para no escribir nunca ni lo más insignificante como no sea a tu familia que no ha de comprometerte nunca. ¿Quién te había de decir al escribir tu carta a Cueto que la había de publicar y que? Galán? que no es muy escrupuloso en España se había de enfadar porque decías que habíais convidado a cenar a unas modistillas, y que los demás habían de decir que no era de buen diplomático hablar mal de un país donde uno estaba, esto último es más razonable, pero era con Cueto con quien de-

---

(31) 16 Enero; al mismo.

(32) Sofía Valera a su hermano Don Juan: 19 Febrero 1857. (inédita).

bieron enfadarse y tú también porque había publicado tus cartas. Dios quiera que ahora no se enfaden los de esa tierra, porque dices para nombrar a un oficial subalterno un oficialete, y no un señor Oficial". Las chanzas de Valera no agradaron, en efecto, en la corte rusa, pero quien se enfadó verdaderamente fué el jefe de la misión. Antes, las relaciones del duque y el secretario eran penosas: "Es un señor muy santo y muy generoso; pero pesadísimo. Con Quiñones se lleva mejor que conmigo. Quiñones le adula y le aguanta; y yo, aunque le aguanto, debo mostrar en la cara que me fastidio" (33). Conocidas las cartas, el duque, sin hablar del caso ni darse por sentido, afectó con Valera una corrección glacial. El malicioso secretario insertó en una carta ulterior, algunas disculpas de su mala lengua, como si buscara que por el mismo camino del agravio recibiese el duque sus excusas. Con eso se anticipó a la "penitencia" que le impuso su madre: "Lo que me ha disgustado es la seriedad que notas en el Duque, que no creo que desconozca las causas, y creo serán las cartas que has escrito a Cueto, en que te permitías alguna que otra broma sobre lo que habían ustedes visto; de tus cartas ha hecho Cueto un abuso de confianza, por parecerles bien por elogiarlas, te han comprometido; en la Secretaría se han leído por muchos, el Marqués de San Carlos es hermano del coronel Quiñones y le habrá escrito a su hermano alguna cosa desagradable que este habrá dicho al Duque, o Don Antonio Sanz, o los dos que te he citado, tú no has dicho nada que los pueda ofender a estos señores, pero abultado por la envidia de los oficiales de la secretaría, por que tus cartas se alaban mucho por el ministro mismo, habrán vuelto en tu daño tus expresiones. Ahora no tiene remedio bueno que darle; pero sí puedes hacer en tus cartas elogios grandes del Duque y de Quiñones y procurando abandonar la distracción, hacerle la corte asiduamente al Duque y tener deferencias con Quiñones, penitencia que te impongo como expiación de tu imprudencia. Sólo a tus padres debes escribir cosas que te pueden comprometer y aunque nos les has hecho ofensas directas son palabras que pueden interpretarse mal y ofender a quien no convie-

---

(33) 7 Enero; a su madre.

ne" (34). Las disculpas de Valera son muy ingeniosas. ¿Cómo es posible que sus bromas inocentes enfaden al Duque y a Quiñones? ¿No ha escrito también grandes alabanzas de estos caballeros? "Acaso yo, aunque no recuerdo bien hasta qué punto, haya tratado de decir en ellas algún chiste a costa del Duque y de mi compañero Quiñones. Del Duque he hecho también en mis cartas grandísimos y merecidos elogios; pero éstos no se han tenido en cuenta. Sobre Quiñones habré dicho acaso alguna majadería, por hacer reír y sin el menor intento de ofenderle... Si Quiñones fuese tonto no hubiera hecho parodia alguna de sus calidades. Los tontos no me divierten, ni para hacer burla de ellos. Jamás he encontrado yo cómico en los tontos, sino aquella mínima parte que tienen de discretos. De lo que resulta que, mientras más discreto es un hombre, más tonterías graciosas suele hacer, y yo, que no me creo tonto, he hecho muchísimas en mi vida, y estoy pronto a reirme de mí mismo... la risa es un movimiento jubilador y simpático de los nervios, que solo deben inspirar los amigos o las personas de imaginación y de otras buenas calidades" (35). Rogó que las cartas no se publicaran más, para tener plena libertad de escribirlas y prevenir nuevas indiscreciones: "Hubo un momento — escribe — (36) o por mejor decir, hubo una semana entera en que me dejé arrastrar por el demonio de la vanidad literaria, uno de los más tentadores que hay en el infierno, y escribí tres o cuatro cartas más peinaditas y como aderezadas ya para salir en público. De aquí adelante espero que no salgan y las escribiré con el desenfado antiguo, único atractivo que pueden tener y que, publicadas y mutiladas perderían".

El daño no tenía remedio. La prevención del duque llegaba hasta mirar en Valera un enemigo oculto, que desbarataba o contrariaba sus planes. Si los tratos para el cambio de cruces y cordones languidecían, echaba la culpa a los manejos del secretario. Si no recibía el nombramiento de Embajador, tan esperado ("sigue el Duque con más deseos de ser embajador que

---

(34) La marquesa de la Panicga a su hijo D. Juan; 16 Enero 1857, (inéd.).

(35) A Cueto, 20 Enero.

(36) Al mismo, 16 Enero.

un gitano de hurtar un borrico”), era que Don Juanito recomendaba la ida de Istúriz (37). El duque pensaba mal y no acertaba. Escribiendo a su madre (38), Valera decía: “A pesar de todo lo dicho, sigo siendo de parecer de que harían bien en nombrarle Embajador. Con un buen Secretario irían las cosas divinamente: y se me debe creer porque no soy yo quien desea quedarse de Secretario. Lo que yo deseo es volver a Madrid pronto, y ser diputado”. La alianza del Duque y Quiñones se estrechó. Quiñones hablaba mal de los diputados “desde que ha sabido por el Duque que yo quiero serlo, aunque en vano, porque el gobierno, esto es, Nocedal, no quiere que lo sea” (39). Valera no ignoraba que en la hostilidad del gobierno entraba por algo la reputación que había grangeado con sus cartas.

Deseo ardiente y primero de Don Juan fué “salir a Diputado”. Valera anduvo algunos años maltratando su vocación inequívoca, sin darle pasto ni ejercicio, antes oponiéndole obstáculos y diversiones donde perderse. Me aventuro a decir que Valera, joven, padecía aunque no lo supiese la medrosidad del orgulloso aventajado, que desoye las llamadas incesantes de su inclinación más profunda y desvía los ojos de lo que en secreto y sin declarárselo a sí mismo espera ser. Rehuye la prueba decisiva, como si reservase de la curiosidad indiscreta aquel ápice donde reside la esperanza. Los fracasos en empeños subalternos son leve escaldadura del amor propio, nonada; pero si allí fracasa, teme que su vida se rompa y se quede hasta sin la cruz en que cada cual está clavado íntimamente. Valera tenía esa timidez secreta, que no cabe en el alma del engréido. La ocasión le reveló gran prosista, pero él hizo no poco por retardarla. Ninguna diversión más peligrosa que sus escaramuzas en la política. Es justo decir que su posición personal le empujaba naturalmente hacia ese lado. El quería brillar y hacer ruido en el mundo. Para un joven ambicioso, talentado, con instrucción, disertado y conversable, nacido en una familia distinguida,

---

(37) Don Javier Istúriz, ex-presidente del Consejo, había sido nombrado ministro plenipotenciario cerca del emperador de Rusia, por decreto de 23 de diciembre de 1856.

(38) 7 de Enero.

(39) A Cueto; 1º Marzo.

con algunos bienes y muchas relaciones, ¿qué modo más fácil de darse a conocer y de subir en la sociedad que el de ganar un escaño en el Congreso y pronunciar bellos discursos? Que a Valera le convenía engrandecerse por las artes de la política, fué opinión muy temprana, siendo él todavía mozo, de su propia familia y de los amigos que le querían bien. Que tuviese aptitudes de sobra para ese oficio, él menos que nadie podía dudarlo. No es tan raro que un hombre se deje despistar por su propio talento. Cierta manera de universal facilidad que se engendra de un talento esclarecido puede inducir a quien lo posee a creerse vocado especialmente al empleo o trabajo en que, por decreto del azar, se le ofrece la primera victoria. Valera conocía muy bien y despreciaba a la turba de intrigantes y advenedizos que hacían en el Estado los más importantes papeles. Se mofaba, para sus adentros, de la ignorancia, la zafiedad y la ramplonería de aquellos soberbios personajes. Capaz e instruido, amable, mundano, ¿no podría ser tanto y más que el mejor de ellos, y sujetar, administrando con cautela sus dotes personales, la rueda de la fortuna? Valera se aplicó (en las academias “donde centenares de ángeles juegan al discurso”, como habría de decir Galdós) a conquistar el arma necesaria para *imponerse* en el Parlamento: la elocuencia. Fué su vocación segunda. La primera, la poesía. Tardó más en soltar la lira que en desistir de la gloria de la tribuna. Antes de cumplir la edad legal, ya su padre se ocupaba en formarle la renta que se exigía para sentarse en el Congreso. En 1850, apenas había llegado a los 25 años, Valera solicitó los votos de los electores de Málaga. Mandaba en España el general Narváez y era ministro de la Gobernación el señor Sartorius, conde de San Luis. Valera, contra su inclinación íntima, porque le repugnaba ser “ministerial y sartoriesco”, fué candidato del gobierno, frente al banquero Salamanca y los progresistas; le apoyaba con gran fuerza su medio hermano, hijo del primer matrimonio de la marquesa de la Paniega, don José Freuller y Alcalá Galiano, que estaba casado y establecido en Málaga. El oro de Salamanca y la coalición progresista dieron en tierra con la candidatura de don Juan; perdió por quince votos. Si Valera disimuló con elegancia su despecho y afectó no importársele nada de la de-



rrota, no así Freuller, que prosiguió con ardor sus trabajos, en espera del desquite. La ocasión pareció presentarse residiendo Valera en Rusia. Como es sabido, O'Donnell, en Julio de 1856, dispersó a cañonazos las Cortes constituyentes elegidas por él y Espartero dos años antes. De momento, el general disfrutó poco de su victoria. Sobrevino un ministerio Narváez y bajo su riguroso patrocinio iba a convocarse un Parlamento. Muchas personas contradecían ese propósito: el fracaso y la disolución de los partidos, la esterilidad de las Cortes, eran los tópicos propalados en los alrededores del Real Palacio. Se estaba en uno de esos momentos en que un tirón vigoroso parece haber desarraigado del suelo español las raíces del parlamentarismo. Por sí o por no, los parientes y amigos de Valera se preparaban. Aquí — escribe Sofía Valera (40) — “dicen que dicen que tenemos crisis, porque la Reina no quiere Cortes, Don Cándido parece que le presta su apoyo; pero Don Ramón no consiente y estaba malo de rabia”. Su madre, dándole la misma noticia, le aconseja: “Tú por si acaso escríbele a Ibrain Clarete (41) y cultiva lo que puedas las amistades que te puedan servir” (42). Y le comunica la buena disposición en que está Freuller: “He tenido carta de tu hermano. Este tiene esperanzas fundadas en poderte sacar a D. por el distrito del Colmenar y Archidona siempre que el Gobierno te apoye” (43). Esto ocurría al comenzar noviembre, apenas había salido Valera de Madrid. Freuller, diputado provincial a la sazón, se valió de su madre para enviar unas cartas a Nocedal y a González Bravo, que dieron la llamada por respuesta. El orgullo de la marquesa se resiente: “Envié la carta de tu hermano a Ibrain Clarete con una mía como te dije y no se ha dignado contestarme; a estos señores se les descubre la *cabretilla* por más que quieran hacer el papel. Lo nombran ministro en Londres a pesar que la Corte de San James ha pedido a Isturiz. Tu hermano trabaja por que te hagan diputado bastante y en sus trabajos tengo esperanzas;

---

(40) S. V. a su hermano Don Juan; Madrid, 3 Nov. 1856. (inéd.).

(41) González Bravo.

(42) La marquesa de la Paniega a su hijo D. Juan; 3 Nov. 1856. (inéd.).

(43) Id., id.

escribele a Nocedal para que te apoyen en Málaga con el Gobernador. Si no te contesta Nocedal, a lo menos leerá la carta. Aquí si es posible buscaremos quien le hable a Nocedal" (44). La marquesa advierte que en el silencio de estos señores "hay por causa positiva falta de educación particularmente en el ministro de Londres" (45). Desdén que no arredra a Valera, aunque le mortifica. La indecisión en que acaba el año, sin saber si el gobierno consultaría la "voluntad del país" ni cuando la consultaría, tampoco le desanima. Desde San Petersburgo escribe a su hermano: (46) "Te agradezco muy de veras lo que trabajas en favor mío. No esperaba yo que Nocedal, y sobre todo González Bravo, que ha tenido por mí tantos arrechuchos de ternura, se portasen tan pícara y groseramente, y no te contestaran. Pero qué se ha de hacer, la cabra tira al monte. Dos o tres cartas he escrito yo a González Bravo, y tampoco se ha dignado contestarme. Si yo le hubiera escrito sin que él de antemano se hubiera mostrado tan fino amigo mío, y sin que me hubiera rogado que le escribiese, no me quejaría: pero habiéndomelo rogado, me quejo y con razón. Sin embargo, no debemos desanimarnos, y deben los trabajos seguir adelante para sacarme diputado, si los vuelve a haber, que tarde o temprano los habrá".

Los hubo, en efecto, pero Valera no se contó en su número aquella vez. En 16 de Enero salió el decreto convocando las Cortes para el primero de mayo. La elección había de hacerse el 25 de marzo. Valera contaba con las fuerzas de su hermano. Los votos de "los duques" (Osuna e Infantado, Fernán-Núñez), terratenientes en la provincia, le habrían dado el triunfo aun en contra del gobierno; pero "los duques" no solían apoyar sino a los candidatos ministeriales. Tenía, pues, Valera un interés mayor en aquistarse la protección oficial, aunque viniese a renunciar a su soñada independencia política. Trasmitiéndole las primeras promesas del gobierno, Sofía dice: (47) "Yo creo que tu elección es casi probable, aunque tu posición no será de dipu-

(44) La m. de la P. a su hijo D. J.; 10 Nov. 1856, (inéd.).

(45) Id., id., 6 Dic.

(46) V. a su hermano Frenller; 29 Dic. 1856 (inédita).

(47) S. V. a su hermano D. Juan; 18 Enero 1857. (inéd.).

tado independiente puesto que te ligas con San Luis, etc., etc... Tú reflexiona todo lo que te llevo dicho, sin ofuscarte" Personaje de tanta monta como González Bravo, parecía tomar muy a pecho el triunfo de Valera y le administraba la confirmación narvaísta. "Balboa, el que tú conoces — escribe la marquesa de la Paniega — (48) vino aquí el otro día a despedirse para Málaga donde es Gobernador; me dijo que Ibrain Clarete le había encargado que te sacara Diputado y que viniera aquí a decírmelo a mí, el pobre no pudo ser más obediente porque vino al instante y va dispuesto a emplear todo su poder y sus influencias para conseguirlo; con los trabajos de tu hermano y esta protección, si llega el caso de elecciones, estoy segura que saldrás a Diputado, Balboa se romperá la cabeza para agrandar a un ministro y a otro que puede serlo y que ahora tiene grande favor". El cargo de frialdad contra González Bravo parecía ya injusto: González Bravo, afirma Sofía, (49) "hará todo lo que pueda en tu favor porque se interesa por tí como un hermano... No puedes imaginarte el cariño que te muestra". Si las casas ducales se mostraban reacias, en espera de la decisión final del gobierno, Osuna al menos escribió personalmente cartas a sus apoderados recomendando la candidatura de Valera; lo curioso es que el apoderado general desobedeciese al duque, escandalizado tal vez de que su señor protegiera a quien le ponía en berlina. En fin, la gentilísima Sofía, presentada por González Bravo a Don Cándido Nocedal en un baile, fué la graciosa embajadora de su hermano. En la respuesta del político, confrontada con las resultas del empeño, se advierte la profunda sorna de un ministro taimado: Nocedal — escribe la inexperta Sofía — no pudo estar más amable y me ha ofrecido sacarte diputado. Me preguntó por qué distrito tú querías presentarte y yo le contesté que por Archidona y Colmenar" (50).

La decoración cambió de súbito: el sumiso Balboa no fué de Gobernador a Málaga; síntoma funesto. "González Bravo — explica Sofía (51) — me dijo... que no importaba, es más

(48) A su hijo D. Juan: 16 Enero. id., id.

(49) 18 Enero.

(50) Id.

(51) Id.

que probable que vaya allí Belda, este buen señor me es antipático, pero no creo que deje de trabajar en tu favor, porque así se lo encargará Bravo, a mí me lo ha prometido anoche". Las fuerzas combinadas por Freuller se dislocaron. Un elector poderoso, el señor Lafuente Alcántara, había ofrecido sus votos a Valera: "solo quería que le pusiesen los jueces de paz y el ayuntamiento a su gusto, tu hermano ha trabajado en esto mucho y ahora dice este pillo que tiene compromisos con el gobierno y que en lugar de darte sus votos como tenía prometido los quiere para él" (52). La marquesa de la Paniega se indigna: "esto de las diputaciones es una tramoyería, que solo los gitanos cuando venden burros pueden ser más tunos embusteros y chalanes, todos prometen, todos hacen mil falsías y ninguno es caballero ni leal ni conoce la vergüenza" (53). Indignación estéril. El gobierno descubrió su juego: Nocedal, a pesar de su amable respuesta a Sofía, apoyaba a Lafuente Alcántara, y a Cárdenas, "que tiene ya las cartas de Fernán Núñez" (54). El gobernador de Málaga hacía la guerra a Freuller. "Dios quiera (55) que no haya tropelías como las hay en otros pueblos; hasta a un general llamado el marqués de la Cañada lo han traído preso diciendo que estaba metido en una conspiración, iba a ganar la elección contra tu amigo Don Cándido, así se cuenta por Madrid, no sé si será verdad". Causa de la hostilidad del gobierno contra Valera fueron las cartas de Rusia. Comiendo en casa del Presidente del Consejo, Sofía recomendó la candidatura de su hermano a Narváez:

—“Y dígame usted, preguntó don Ramón, ¿sacaré luego las uñas contra mí?

--No lo creo — respondió Sofía. — Además, mi hermano tiene mucho talento.

—Pues por eso no lo quiero yo, porque sé eso” (56).

“Todo esto — comenta la marquesa de la Paniega — son las influencias de lo que te he dicho antes” (57). Las cartas

---

(52) La marquesa de la Paniega a su hijo D. Juan; 1º Febrero.

(53) Id.

(54) S. V. a su hermano D. Juan; 19 Febrero.

(55) La marquesa a su hijo D. Juan; 23 Marzo.

(56) La misma, a id.; 13 Febrero.

(57) Id., id.

habían movido demasiado alboroto. “Resultado de esto que no ha vuelto a salir ninguna, que no quieren que salgas a Diputado y que te quisieran tener en Rusia o en Pequín, las tales cartas te han causado más daño que provecho, ellas te han hecho envidiosos y te han indispuerto con tu Gefe por la misma razón, de ser miserables envidiosos”.

Contra viento y marea, Freuller persistió en la contienda: “dice que si no sales ahora, sabrán que por tí solo tienes muchos votos y esto te podrá servir para otra vez” (58). Recorrió el distrito a caballo y “tuvo la mayor ovación en todas partes; pero sabía que el alcalde y concejales del Colmenar estaban, con mandato del Gobernador, para hacer una picardía; la hicieron, y protestaron, cuya protesta si no hacen otra picardía aparecerá en las Cortes. Han hecho tantas picardías y tantas coacciones que las elecciones han sido ganadas con muy pocas excepciones por el Gobierno. González Bravo se conoce a la clase a que pertenece y se ha portado sin desmentirlo contigo: te mando la copia de la protesta y algunos detalles no te los mando porque no quiero fiarlos al papel pero si te aseguro que si no hubiera sido por estas infracciones de ley hubieras salido a D. a pesar de la oposición del Gobierno porque tenías mucha mayoría de votos” (59).

De todo este enredo político epistolar, Sofía, desengañada, extrajo la moraleja: “Mucho deseo verte, pero sentiré que aquí te fastidies, Madrid no es nada divertido, ni encontramos amigos tampoco, ahí hay personas finas y obsequiosas eso vale mucho más que los que se llaman amigos. Ya te he hablado de Campoamor que puso un artículo en su periódico hablando de las cosas de P[alacio] y de los monos sabios y que tal vez te lo habrán colgado a ti, cuando mi amiga la C[ondesa de Montijo] está notablemente enojada contigo, mucho me alegraré equivocarme; porque si es cualquiera otra cosa será fácil desenojarla y yo no quisiera tener a esta Sra. por enemiga. Todavía crees que tienes amigos en este bendito pueblo cuando te han dado tantos disgustos las cartas que has escrito? Dura lección ha sido, pero aprenderás que no debes escribir; porque abusan y com-

---

(58) S. V. a su hermano D. Juan: 23 Marzo.

(59) La m de la P. a su hijo D. Juan: 4 de Abril.

prometen a uno los amigos, y si es menester dicen que es uno el que dice lo que ellos quieren decir, y esta alusión la hacen las sospechas que tengo de tu amigo Campoamor" (60). Aunque la echaba de muy amigo de Valera, Campoamor no quiso hablar de esta elección en su periódico.

González Bravo, tan mal quistó de la marquesa de la Pañiega, había instado que Valera se volviese a Madrid a procurar su elección. "Ya hablaré a Cueto con este objeto — escribe Sofía — (61) aunque sin decirle el motivo". Mucho antes, Valera había pedido licencia para regresar a España. Los enojos del duque, la crudeza del clima, quebrantos en la salud, saudades de la familia y los Madriles, le molestan. Un día de mal humor, se le antoja insoportable seguir viviendo en Rusia. Ya en diciembre de 1856 quiso volverse: "El Duque de Osuna es muy pesado, y sabe Dios cuando se irá. Yo estoy deseando largarme pero no sé como hacerlo sin el Duque. Ya he escrito a Madrid pidiendo que se dé mi comisión por concluída. —Gran contento me causará el volverme a encontrar a Madrid. Este viaje me parece entonces una larga pesadilla de que acabaré de despertar, y que será más divertida para contada que no para soportada" (62). Esta veleidad, precursora de otras muchas que tuvo Valera cada vez que se expatrió, no fué muy bien recibida por su familia: "Harás muy mal en venirte —le dice su madre —(63) porque lo tomarían muy a mal. Es menester no dar lugar a quejas motivadas por tu parte". En el ministerio no escucharon su pretensión. Contentos de sus servicios, querían que los continuase hasta la firma del tratado comercial. Su reemplazo tropezaba además en otro obstáculo: una de esas intriguillas domésticas que a lo mejor complican, desafiando el tecnicismo, los negocios de Estado. "En cuanto a tu licencia — vuelve a decir su madre (64), ya en marzo — no he visto a Cueto ni Sofía pero creo que en esto hay muchas dificultades porque hay un misterio oculto que no se sabe cuál es, si es que esperan

---

(60) S. V., 7 Abril

(61) 18 Enero.

(62) V. a su hermano: 20 Dic. 1856 (inéd.).

(63) 13 Febrero.

(64) 23 Marzo.

que *suelte prenda* el individuo en cuestión y por eso no quieren apresurar la marcha de este o alguna otra razón de política Narváez". El misterio no era pavoroso. La misión extraordinaria que llevó Osuna iba a convertirse en embajada, y el duque sería nombrado embajador. Designado el personal, "como aun está nombrado el duque embajador en esa, no se creen obligados a mandar que salgan los individuos que han de componer la Embajada" (65). El individuo que no acababa de "soltar prenda" era el secretario electo en sustitución de Valera. Quería casarse con una joven de quien precisamente anduvo Valera muy enamorado años atrás. La familia del novio se oponía al enlace. El ilustre padre de la novia, de gran valimiento en la política y en la diplomacia, esperaba que el tiempo allanase la dificultad y tal vez retardaba la salida del secretario hasta dejar por lo menos apalabrada la boda. De estos medios triviales se valió el Destino para retener a Valera en Rusia, donde le aguardaba a su hora una borrasca sentimental. La intriguilla doméstica se desató nombrando otro secretario, el señor Diosdado, que en la primera semana de abril salió para Rusia. Llevó a Valera el permiso de retornar a España y un nombramiento de tesorero de la orden del Toisón para asistir en la entrega solemne de los collares: "pero que si tú no quieres detenerte el Duque de Osuna nombre a Diosdado para que lo sea en tu lugar; a mí me parece que de-lías detenerte hasta que tuviese lugar esta ceremonia" (66). El marqués de Pidal, ministro de Estado, resistiendo la concesión del permiso fué sin saberlo agente del Destino; Cueto, pugnando por el retorno de Valera, su genio benéfico y libertador. Quedó vencido. El permiso llegó a manos de Valera demasiado tarde para la paz de su espíritu.

El ministro había prestado un servicio a las letras a costa del tierno corazón de Don Juanito. A primeros de abril, Valera escribía: me parece que empiezo a estar enamorado. Algunos días después lo estuvo tanto, que se desesperaba. Quiso la suerte que este amor emponzoñase los piques, asaz fútiles

---

(65) S. V. 23 Marzo.

(66) La marquesa de la Paniega a su hijo D. Juan; 4 Abril.

hasta ese momento, entre el Osuna y Valera. Ambos se habían prendado de la misma mujer.

Magdalena Brohan (67), actriz francesa, separada amistosamente de su marido el poeta Uchard (68) trabajaba en el Teatro Imperial de San Petersburgo. Los más floridos galanes se morían por ella; el mismo duque de Osuna la visitaba a menudo y le escribía billetitos de amor. Valera, ni por curiosidad se había hecho presentar a Magdalena. "Mi distracción se puede confundir a veces con el desdén o con la indiferencia" (69). Picada tal vez de esa indiferencia o deseosa de tener un suspirante más, la Brohan se valió del secretario de la embajada francesa para atraer a Valera a su casa. A la primera invitación, Valera se excusó. Pero una noche, su colega francés, con quien había comido, reinteró el envite: fueron juntos a ver a Magdalena. "Ni la más remota intención, ni el más leve pensamiento tenía yo entonces de pretender a esta mujer" (70). No los tenía, porque sus fatigados sentimientos se recobraban en la paz. Valera vivía puntualmente sus años, y aquí sorprendemos el primer alto y remanso en que su ánimo, saliendo de las borrascas juveniles, se pone a contemplarlas, y las pondera con la jubilación serena y el melancólico desprendimiento en que apunta la madurez. "La idea que tenía yo meses ha en la cabeza de que no era yo Cándido, sino el Doctor Pangloss; de que toda la ternura de mi alma debía ya dedicarse a Dios o a la humanidad entera, o a la Patria, o a la filosofía, y no a una individua de carne y hueso, a un ser caduco y lleno de faltas y debilidades, me quitaba todo deseo de cortejar, y hasta toda esperanza de conseguir algo cortejando: porque yo me imaginaba viejo y para poco" (71). De este retiro sentimental salió con violencia, mordiendo materialmente un cebo venenoso. Fué, como decimos, a casa de Mag-

---

(67) Emilie-Madeleine Brohan, *sociétaire* de la Comedia francesa: su madre y su hermana fueron, como Magdalena, actrices de renombre. Magdalena tenía 24 años cuando Valera la conoció en San Petersburgo.

(68) Mario Uchard (1824-1893), dramaturgo y novelista, se había casado con Magdalena en 1854.

(69) 13 Abril. A Cueto.

(70) A Cueto; 13 Abril.

(71) Id.



dalena, que se había dislocado un pie haciendo un papel en el teatro, y estaba en la cama “muy cucamente aderezada para recibir a sus admiradores”. Sus ojos tenían una dulzura singular y a veces cierta viveza y resplandor gatunos. “La boca grande, los labios frescos y gruesos, y dos hileras de dientes, como dos hilos de perlas, que deja ver cuando se ríe, que es a cada instante. Canta como un jilguero, y se sabe de memoria las cancioncillas francesas más alegres. Ha leído muchas novelas. Tiene ideas extrañas y romanescas, y charla como una cotorra, y se entusiasma al hablar, y se anima, y se pone pálida y colorada, y todo parece natural, sin que se vea en ella artificio”. Valera la observó más como curioso y como artista que como galanteador rendido, y salió de este primer encuentro “sin cariño alguno en el alma, y sin apetito en los sentidos”. Aún la visitó tres o cuatro veces; hasta la quinta vez no advirtió la ternura con que le miraba Magdalena “y lo que celebraba mis ojos, haciendo que me acercase a ella con la luz de una bujía para ver si eran negros o verdes, y compararlos con los suyos, que yo también hube de mirar con atención, y más espacio del que conviene. Todo esto delante de personas que allí estaban, y que debían divertirse poco con estos estudios sobre el color de los ojos”. Valera se resistía a creer en su buena ventura, hasta que el secretario francés, su amigo, le dijo aquella misma noche que se tuviese por feliz, que había hecho la conquista de Magdalena. Al punto comenzó a quererla tibiamente y a recrearse en el propósito de gozar su buena suerte, poniendo tan airoso remate a su estancia en San Petersburgo: “Dormí de muy dichoso sueño aquella noche: y a la mañana siguiente me encontré fresco como una rosa al mirarme al espejo”. Consideró “que hay grande aliciente en un forastero, galán y *bien hablado*, venido de tierras lejanas, de la patria de Don Juan y de Don Quijote, como quien no quiere la cosa; y que lejos de ser viejo y feo era yo lindo muchacho, y otras necedades por el estilo”. Y enviando por delante un ramillete de flores, volvió a ver a Magdalena. El secretario francés la acompañaba. El ramillete estaba sobre la cama. “De vez en cuando ella le miraba, le olía, o se comía una hoja. La camelia más encendida la había arrancado del ramillete, y la tenía colocada sobre

el pecho. Dos o tres veces me tiró a las narices de estas hojas a medio comer, despidiéndolas de sí con un capirotazo". Por fin, a la noche siguiente la encontré sola. Sobre la mesa había otro ramillete, mayor y más rico. "No se había arrancado de él camelia alguna para ponerla en el pecho, ni se había mordido una sola hoja. Yo sin embargo me encelé al verle, y dí celos, antes de hablar de amor. Dí celos elogiando la hermosura del nuevo ramillete tan superior a la del mío. La idea se ha de estimar en esto, dijo ella, y la idea es de usted; este otro galán no ha hecho más que imitarle". El otro galán era el duque de Osuna y del Infantado. Magdalena y su Don Juan estaban solos. "Ella en la cama, más bonita que nunca. Nos miramos de nuevo los ojos, nos acercamos, se encendieron nuestros ojos, y llegué a darle un beso en la frente. Se incomodó o fingió incomodarse, y me rechazó. A todo esto no se había hablado una palabra de amores. Entonces sentado en la cabecera y casi inclinado sobre la cama, me puse a mirarla en silencio y muy fijamente, y a ella se le adormecieron los ojos, y se le humedecieron, y me dijo que la magnetizaba, y que se iba a dormir. Que si sabría yo desmagnetizarla luego. Con la mayor inocencia y candidez del mundo la contesté que no. Pues entonces, por Dios no me mire, me dijo ella. Obedecí humildemente y dejé de mirarla. Me eché sobre el sillón, me puse a suspirar como enamorado, y a callar como en misa. Magdalena se incorporó entonces, y me miró a su vez con ojos tan cariñosos y provocativos. que me levantó en peso del sillón, y diciéndole *te amo*, me eché sobre ella y la besé y la estrujé y la mordí, como si estuviese el diablo en mi cuerpo. Y ella no se resistió, sino que me estrechó en sus brazos, y unió y apretó su boca a la mía, y me mordió la lengua y el pescuezo. y me besó mil veces los ojos, y me acarició y enredó el pelo con sus lindas manos, diciendo que tenía reflejos azules, y que estaba enamorada de mi pelo; y me quería poner los besos en el alma según lo íntima y estrechamente que me los ponía dentro de la boca, y bebimos agua en la boca el uno del otro, y nos respiramos el aliento, sorbiendo para adentro muy unidos, como si quisiéramos confundirnos y unimismarnos. En fin fué una locura de amor que duró hasta las dos de la noche desde las nueve. Pero nunca con-

sintió ella, por más esfuerzos que hice, en hacerme venturoso del todo. Y siempre que lo intenté se resistió como una fiera: por donde rendido y lánguido y borracho me dejé al cabo caer sobre ella como muerto, y como muerto me quedé más de una hora, y ella también *pâmée*, y uniendo boca con boca como *palomicas mansas*". Estos ejercicios se repitieron, pero nunca se le logró al galán el triunfo a que aspiraba. "Estaba yo fuera de mí, y se diría que me habían dado un filtro". Lejos de ella, le escribía cartas incendiarias: junto a ella, sentía en su cerebro una música estruendosa, "como la que hubo en Moscú durante la coronación, con cañones y todo — y tan armoniosa como las sinfonías de Beethoven. En fin, era un frenesí continuo, que no podía durar".

Cierta noche que Magdalena no le recibió, porque el duque y otras personas estaban allí de visita, Valera volvió a su casa desesperado. Lloró de rabia, se dió de calamochadas, se burló de sí mismo, se enfureció, se enterneció, y tuvo un dolor de estómago espantoso. No durmió media hora. Se levantó de la cama, y al amanecer se puso a escribir a Magdalena una carta, que comenzaba con blasfemias de sus amores y terminaba con súplicas y protestas de sumisión. Envío la carta y el criado trajo por respuesta que no fuese a verla aquella noche, sino a la una del siguiente día. Valera describe su aturdimiento y su pena en este pasaje, que, con ligeras variantes, insertó después en una novela: "La pena que me causó esta contestación no sabré ponderarla. Estuve por dejarme caer de espaldas con la silla en que estaba sentado, dar en el suelo con el sincipucio, que así creo que se llama, vulgo colodrillo y morir como el Pontífice Helí, cuando le anunciaron la muerte de sus hijos queridos. Qué hijos más queridos de mi corazón que estos amores, apenas nacidos, y ya muertos y asesinados bárbaramente! Pero me contuve, y me quedé quieto sin echarme hacia atrás, guardándome para mayores cosas, y riendo en mi interior de la idea estrambótica que se me había ocurrido de imitar al Pontífice Helí. Antes bien me propuse hacer del indiferente y del desdeñoso, y plantarla y desecharla de mí, diciéndole que todo había sido broma; a lo cual mis cartas anteriores, daban indudablemente ciertos visos de certeza, porque más estaban escritas para reír

que para enternecerse, si no es que al través de las burlas, acertaba ella a descubrir las lágrimas y la sangre con que estaban escritas. Porque es de notar que los hombres descreídos que tenemos el corazón amoroso, solemos amar entrañablemente cuando amamos, poniendo en la mujer un afecto desmedido e infinito, que para Dios debiera consagrarse, y viendo en ella, aunque sea una mala pécora,

l'amorosa idea,  
che gran parte d'Olimpo in se racchiude.

Temblando me puse a escribir mi carta de despedida: pero con tanta, con tanta cólera, como el moro Tarfe; por manera que emborronaba o rasgaba el delgado papel, y la carta no salía nunca a mi gusto, y al cabo después de escribir siete u ocho, determiné no enviar ninguna, tomando la honrada y animosa determinación de despedirme de ella de palabra, conservando en su presencia una dureza pedernalina y una frialdad de 25 grados bajo cero. Dormí mejor aquella noche, acaso con la esperanza, que yo no osaba confesarme a mí mismo, de que cuanto la dijese *se acabó*, se me echaría al cuello y me pediría que no la abandonase; y que entonces se olvidaría de las obligaciones que debe al de París, y se me entregaría a todo mi talento; y ahora sí que encaja bien lo del antiguo romance,

a pesar de Paladino  
y de los moros de España.

Ello es que a pesar de mi terrible determinación de dejarla para siempre, me puse para ir a verla hecho un Medoro. Tomé un baño, no sé si para que se me calmaran los nervios, y estar más sereno en aquella grande ocasión, o si para estar más limpio y oloroso: me afeité más a contrapelo que nunca, dando a mis mejillas la suavidad de una teta de virgen: me limpié los dientes y perfumé la boca, haciendo desaparecer todo olor de cigarro, con polvos de la sociedad higiénica y elixir odontálgico del Doctor Pelletier: me eché en el pañuelo esencia triple de violetas de Mister Bayley en Londres; y en fin me atildé como Gerinldos, cuando fué por la noche en busca de la Infantina, que deseaba tenerle dos horas a su servicio. Llegué, llamé, estaba sola, me anunciaron, y entré resplandeciente de hermosura, pulcritud y

elegancia. Pero no estaba ella menos pulcra, elegante y hermosa. *Tota pulchra est amica mea, et macula non est in te*, le hubiera yo dicho, si ella supiese latín. No se lo dije porque no le sabe, y porque venía yo dispuesto a desecharla de mí y no requerirla. Me senté pues a su lado con gran seriedad: pero sin dejar de admirarme y alegrarme de verla levantada, y puesta de veinticinco alfileres. Seda, encajes, brazaletes, cabello luciente y peinado con arte, qué sé yo cuanto primor y ornato en su persona, que me la tornaban más bonita, y me ponían en el corazón deseo y hasta esperanza de ajar aquellas galas, de enredar aquel pelo, de aplastar aquel miriñaque, cuando no de levantarlo, y de hacer caer aquella cabeza tan viva y tan alta entonces, pálida, con la boca entreabierta, y con los ojos traspuestos y amortecidos, entre mis brazos”.

Esta primera despedida fué corta. Magdalena, sin darle tiempo para más, le tendió la mano: Olvidémoslo todo!, dijo. Y con irritante ternura añadió: *Ne m'en voulez pas!* Don Juan tomó su mano, la estrechó con amistad, y protestó que se alegraba del fin de sus amores, ilusión de un instante; la separación próxima, habría sido más dolorosa si se hubieran querido de otra manera. Con esto, se marchó a la calle. Vagó por la capital, estuvo de tertulia, y se recogió tarde. “Cuando entré de nuevo en mi cuarto a las dos de la noche y me ví solo conmigo mismo, se me figuró que estaba en el infierno”. Le entraron ganas de matarse. ¿Por qué no se mató? “Acaso fué flaqueza de corazón, o la razón fría, algo burlona y risueña, que no me abandona nunca ni en los momentos de más pasión, y que mezcla siempre lo cómico a lo trágico. Figúrese usted que me reía de mí mismo al verme tan desesperado, y no por eso dejaba de desesperarme, ni al desesperarme de reirme”. En fin, tras una noche espantosa se humilló hasta escribir a Magdalena una carta tiernísima, pidiéndole que le amase. La respuesta fué: “*C'est impossible. Il faut partir. Adieu!*”.

El galán se puso peor de salud y llamó al médico.

“De tanto cariño, de tantos momentos de abandono y de locura amorosa, sólo me queda el recuerdo”. Magdalena, que no quiso morder a Don Juan, como él se lo rogaba, en el cuello hasta dejarle una cicatriz, ni aceptar un anillo para memoria, le

cortó con los dientes un mechón de sus cabellos y se los guardó en un relicario. “Ya le habrá tirado, quien sabe donde”, dice el atribulado amante. Por desahogar su pecho escribió a Cueto la epístola de 13 de Abril, pulsó la lira, planeó y comenzó una novela. “Estoy en un estado de agitación diabólico, y es menester que le cuente a usted mi desventurada aventura. Si no la cuento voy a reventar... No pienso más que en este amor, y me parece que voy a volverme loco. Riase usted, que harto lo merezco, y Pergite Pierides. No tengo más remedio que hacer de todo esto una novela”.

De las tres obras que inspiró a Valera esta aventura, la mejor es la carta a Cueto, de que hemos transcrito algunos párrafos. En el mismo lugar de su desgracia compuso las *Saudades de Elisena* (72), nombre bajo el cual reconocemos a la Brohan. El amante deplora sus dichas frustradas:

Cuando la cándida nieve  
 En densos copos caía,  
 Y daba el hielo a las calles  
 Alfombra resbaladiza,  
 ¡Cuán apacibles coloquios,  
 Qué juvenil alegría,  
 Qué canciones me cantabas,  
 Qué ternuras te decía!  
 Yo robaba de tu boca  
 La canción aun no nacida.  
 Tú las lisonjas de amante  
 Sofocabas en la mía.  
 .....  
 .....  
 Cual pasan las flores  
 De la primavera,  
 Pasaron mis dichas,  
 Que en duelos se truecan.  
 Ricé con los labios  
 Las ondas serenas,  
 Hollé venturoso  
 La rueda tercera,  
 Herí con mi mano  
 Del cielo las puertas,  
 No agosté las flores  
 Y aspiré la esencia;  
 Mas ya para mí  
 La fuente se seca,  
 La flor se marchita,  
 Se borra la senda,  
 Se eclipsa de Venus  
 La nítida estrella.  
 .....

(72) San Petersburgo, 1857. Incluido en las *Poesías*. 1858.

Aquella “rueda tercera” no fué más indulgente y compásiva con el duque de Osuna, que seguía suspirando a los pies de Magdalena. Valera, muerto por ella, buscó y no halló distracción y consuelo en otras mujeres. El chasco con la Brohan le había “quebrantado un poco el alma, y quitado la afición y el hábito de darla de chistoso (73)”. Hizo el viaje a Moscú, de que escribió una relación (74), y de regreso en San Petersburgo preparó su vuelta a España, sin esperar a la ceremonia de la entrega de los toisones. Quiso el azar que Magdalena dispusiese en los mismos días su retorno a París, donde la aguardaba un amante venturoso. Por no irritar al Osuna, que en las últimas semanas le trataba más amistad, Valera se resignó a viajar separado de su diosa. Ella hizo su camino por tierra. Valera se embarcó. A tal punto habían llegado las cosas, que, casualmente, al salir Valera del palacio del duque, donde se alojaba, el duque se había ido de paseo. No se despidieron.

Valera desembarcó en Stetin, anduvo recreándose pocos días en Alemania y llegó a París el 22 o el 23 de Junio. Las cartas escritas en Alemania a su colega Don Mariano Díaz, a García Tassara y a Campoamor, completan el viaje a Rusia (75). En París tenía dos amores malogrados: Magdalena, y *La Muerta*, una gran señora a quien desde nueve años antes servía él con vehemente y espiritual inclinación, pagada con amistad, y no más.

Se avistó con ambas, “me he bañado, — escribe a Cueto (76) — me he rizado el pelo, me he acicalado, atildado y hermo-seado, y he ido a ver a las personas más queridas, empezando por *La Muerta*. Admírese usted de mi constancia. Aún no he visto a Don Luis de la Cuadra, ni a Magdalena Brohan, y ya he visto a *La Muerta*. Al verla recordé aquella horrible historia de Poe, que usted habrá leído”. Parece que alude a *la Verdad del caso del Sr. Valdemar*. La fantasía truculenta de Poe, en que vemos hipnotizar a un tísico agonizante y tenerlo unos meses hipnoti-

(73) 8 Mayo; a Cueto.

(74) Incluida en el Tomo 2º de *Correspondencia*.

(75) *Correspondencia*: Tomo 2º De la carta a Campoamor ha sido suprimido el párrafo que empieza: “En Bonn fui a ver el Museo de Medicina...”.

(76) París, 23 Junio 1857.

zado después de muerto, hasta que, despertando del sueño hipnótico, instantáneamente se corrompe y deshace, acudiría a la memoria de Valera al contemplar a su avejentada marquesa, a la "pobre Muerta", destruida por los males y a quien la imaginación amorosa de Don Juan había prestado unas gracias físicas que nunca realmente tuvo. Al verla de nuevo, la imagen falsa se desvaneció.

De sus relaciones con Magdalena en París queda rastro en unos billetes notados por la cómica. El despecho amoroso paró en amistad, y en recuerdos melancólicos.

Hemos visto el trance en que Valera imaginó trasladar a una novela sus infaustos amores con la Brohan. Quería escribirla para su desahogo y consuelo. Suponemos que se consoló pronto, y el asunto dejó de importarle. El caso fué que, empezada la novela, no la terminó. Es *Mariquita y Antonio*, de la que se publicaron veinte capítulos en *El Contemporáneo* (77), reimpresos en el tomo XIII de las *Obras completas*. Los dos primeros tanteos novelescos de Valera son autobiográficos. Ya en 1850, cuando él andaba pretendiendo, escribía las *Cartas de un pretendiente*, de las que sólo sabemos lo poco que el mismo Valera refirió en la correspondencia con su padre. En *Mariquita y Antonio* iba a poner, dentro del marco de sus recuerdos estudiantiles, el doloroso experimento con la Brohan. El lugar de la acción, Granada, es bien poco ruso; y los personajes, pupilas y estudiantes, nada tienen que ver con la sociedad donde el autor había conocido a Magdalena. Eso no le hace. Lo principal era suscitar y pintar el conflicto en que consistió su desengaño, y hacia ello se encamina la narración, interrumpida precisamente cuando el conflicto va, no sabemos bien en qué términos, a plantearse. La heroína, Mariquita, fría y esquiva con un jovenzuelo que apasionadamente la corteja, es raptada la noche misma en que, enternecida de súbito, ha cambiado un beso con su amador y dádole una cita. Ahí se acaba este fragmento de novela: sería impertinente prolongar por modo arbitrario sus primeros trazos. No queremos, pues, suponer si las desazones del amante meritorio y nunca dichoso, que Valera se proponía

---

(77) Sin nombre de autor. Empieza en el folletín de 10 Febrero 1861.



rememorar, correrían a cargo del estudiante andaluz, o del raptor desconocido, de quien sólo se sabe que era inglés. A este personaje, no presentado en el fragmento de la novela, Valera le encaja la paternidad de una carta desesperada, que es, ni más ni menos, un buen trozo de la carta de Valera a Cueto contándole la crueldad de Magdalena. Algunas otras reminiscencias de sus coloquios con la Brohan hay en *Mariquita y Antonio*, por ejemplo, el juego de comparar el color de los ojos (78); pero ninguna es semejante a la inserción casi literal de un pedazo de aquella carta. La que descubren los estudiantes en la habitación de Mariquita, se supone escrita en inglés por el raptor misterioso, y los jóvenes la traducen en estos términos:

“La pena que ayer me causó tu contestación, no sabré ponderarla. Estuve por dejarme caer de espalda con la silla en que estaba sentado, dar en el suelo con el colodrillo y morir como el pontífice Helí, cuando le anunciaron la muerte de sus hijos muy amados. ¿Qué hijos pueden serlo más, que estos mis amores apenas nacidos y ya muertos? Pero me contuve y me quedé quieto sin echarme hacia atrás guardándome para mayores cosas, y riendo en mi interior de la idea estrambótica que se me había ocurrido de imitar al pontífice Helí; antes bien, me propuse hacer del indiferente y del desdeñoso, y plantarte y desecharte de mí, diciéndote que todo había sido broma. A ello daban indudablemente ciertos visos de certeza mis cartas anteriores, escritas todas más para reír que para enternecer, como no fuese que, al través de las burlas acertases tú a descubrir las lágrimas y la sangre con que estaban escritas. Porque es de notar que los hombres descreídos que tenemos el corazón amoroso, somos amar entrañablemente cuando amamos, poniendo en la mujer un afecto desmedido, infinito, que sólo para Dios debiera guardarse.

“Temblando me puse, pues, a escribirte la carta de despedida, pero con tanta cólera, que rasgaba el papel, como el moro Tarfe, y la carta no salía nunca a mi gusto. Al cabo, después de escribir

---

(78) “—¿Sabe usted que es extraño? Hasta ahora no lo había reparado bien. Yo creía que tenía usted los ojos negros, y ahora noto que los tiene verdes como los míos.

—¡Qué han de ser verdes mis ojos, ni como los de usted!, contestó Antonio. Mis ojos son pardos...” *Mariquita y Antonio*.

siete u ocho, determiné no enviarte ninguna. Entonces tomé la honrada y animosa determinación de despedirme de tí de palabra, conservando en tu presencia una dureza pedernalina y una frialdad de 25 grados bajo cero. Dormí mejor aquella noche, acaso con la esperanza, que yo no osaba confesarme a mí mismo, de que cuando te dijese *se acabó*, te me echarías al cuello y me pedirías que no te abandonase, y que entonces te olvidarías de lo que ya es fuerza olvidar y serías mía para siempre. Ello es que a pesar de mi terrible determinación de dejarte, me puse para ir a tu casa hecho un Medoro. A pesar de mi furor tomé un baño, no sé si para que se me calmasen los nervios y estar más sereno en aquella ocasión, o si para estar más limpio y más oloroso; me afeité más a contrapelo que nunca, dando a mis mejillas una increíble y voluptuosa suavidad; limpié los dientes y perfumé la boca, haciendo desaparecer todo olor de cigarro con elixir odontálgico del doctor Pelletier; me eché en el pañuelo esencia triple de violetas de mister Bayley, en Londres, y en fin, me atildé como Gerineldos cuando fué por la noche, según el romance que tú cantas, a buscar a la infantina que quería tenerle dos horas a su servicio.

“Con toda esta pompa y magestad me encaminé hacia tu casa. En ella pensaba hallarte con la cabeza erguida, tan alegre, tan indiferente; pero también pensaba que al cabo caerías en mis brazos, pálida y marchita de amor, como las flores con el sol de estío.

“Figúrate qué desengaño, qué dolor no sería el mío, cuando me dijeron: la señorita se ha marchado. — ¿A dónde? — No sabemos — respondieron. — ¿Ha dejado algo para mí? — y me entregaron una carta, tu lacónica carta, única que me has escrito. “Perdóneme usted”, decías: “no me aborrezca usted. Adiós. Soy muy desgraciada”. Pero yo te aborrezco, y no te perdono y nunca te perdonaré.

“Me has herido de muerte, me has burlado y no puedo persuadirme que seas mala. Al par que te aborrezco, me parece que te amo y he de seguirte y perseguirte donde quiera que vayas. Adiós”.

No hay más que digno sea de nota en la aventura de Don Juan Valera con la Brohan, refiriéndonos a la obra literaria;

pero en relación con el carácter, todavía podemos sacar de este lance algún provecho. Más fuerte parece en su alma la curiosidad que el amor. Su esperanza inquebrantable en las promesas del vivir, equivale a su propia capacidad para gozar de todo. Las venturas del mundo se resumen en el abrazo de una mujer enamorada, dirá en la vejez, contemplándose desfallecido. Si magnifica el amor, primer objeto, más que adorno, de la vida, no perderá él la suya por cualquiera de sus amores. Morir sería cegar el manantial de la dicha: pide al amor mismo el desquite de sus derrotas. Mira su pasión, y la observa, como apartada de él. Su razón habla burlando; es la burla el acto razonable que pone a sus delirios. Cierta señora que le amó furiosamente teme que a su ternura responda Don Juan con su "sonrisa diabólica". Lo diabólico no es más que ensoñación de una mujer novelesca; pero existía la sonrisa. En el caso de la Brohan, Valera no se mató porque "si uno tuviera que matarse cada vez que el suicidio viene a propósito, se ajusta a la acción, y termina bien el drama, *plaudite cives*, sería menester tener seis o siete vidas al año para ir las sacrificando cuando conviene". Con una vida sola, lo razonable es aguardar a que los giros de la fortuna nos pongan la felicidad al alcance de la mano. Buscando alivio, Valera escribe su confesión, y se alivia tanto, que antes de terminarla su lucidez reaparece, y le calma. "Cuando voy a un baile, y me aburro, me quedo en el baile hasta lo último, a ver si por dicha a lo último me divierto. Y en este pícaro mundo, que es también un baile, me va a acontecer lo propio, y con la esperanza de divertirme algún día, voy a vivir más que Matusalen, pero aburrido siempre, esto es, desesperado: porque yo no puedo aburrirme mientras haya que observar este hermoso y variado espectáculo del mundo. Cuando yo me muera, aunque esté hecho una momia, creo que voy a cantar como la Traviata — Gran Dio, morir si giovane! — sintiendo siempre no poder gozar ni de la esperanza de gozar algo después de muerto: por donde conviene para arrostrar decididamente la muerte, creer en la inmortalidad". Valera disparó por adelantado esa broma sobre su imprevisible y entonces bien remota senectud. Acerquemos este Valera de 33 años, alegre, ambicioso, brillante, al Valera anciano, descontento, macerado en el pesar, que la decadencia física apar-

ta del amor, y que, movido de melancolía, considera toda otra inclinación como simple pasatiempo y engañifa. Valera, viejo, repite, casi con las mismas palabras, el pensamiento que le servía de consuelo en Rusia: "Me sucede con la vida lo que con los bailes y con las tertulias, donde, cuando las he hallado más fastidiosas, es cuando con más empeño he procurado quedarme hasta lo último, esperando que la diversión y la amenidad van entonces a venir para mi (79)". Valera se impuso siempre, como ejercicio defensivo, conservar en su corazón la juvenil entereza.

MANUEL AZAÑA.

Madrid, 1925.

---

(79) A su sobrino Don J. A. G., Bruselas, 11 Marzo 1887, (inéd.).

## POESIAS DE RICARDO DEHMEL (1)

Traducción de Fermín Estrella Gutiérrez y Alberto Iatho

### Pregunta nocturna.

¿POR qué tiembla el corazón y sufre,  
en un ansia de cielo,  
cuando los ojos miran en lo alto  
a las estrellas en un coro egregio?

Como el saludo de las almas libres,  
su mágico destello  
cautiva nuestra tímida mirada,  
y nos dice: "Subid hacia lo eterno"

Como los genios candorosos brillan,  
sabe exhortarnos su fulgor incierto,  
y nos invita a la ascensión sin límites  
en el espacio azul del firmamento.

Y siempre el mismo estremecer de angustia,  
siempre un mayor anhelo,  
Oh, polvito fugaz, vida del hombre,  
cada vez más pesado sobre el suelo.

---

(1) Richard Dehmel, (1863-1920), es, sin duda alguna, uno de los valores más representativos de la moderna poesía alemana. Poeta por temperamento, su vida estuvo consagrada por completo al arte. Fué un enamorado de la naturaleza y casi un precursor de la poesía sintética de nuestro tiempo. Su obra inicial proviene de Schiller y Klopstock, siendo más tarde su amistad con Liliencron de gran influencia en su labor definitiva. Dehmel debe su gloria, más que nada, al espíritu humano y universal a la vez que anima toda su poesía. (N. DE LOS T.T.).

**Tarde estival.**

*Descansa el aire tenue sobre el extenso campo,  
suben vahos del lago y el carrizal destella;  
entre sus cañas muere del sol el postrer lampo  
y el arrebol aun tiñe la nubecilla bella.*

*De la pradera viene dormida campanada,  
del suelo asciende un fresco perfume de rocío,  
en el silente bosque ya el crepúsculo nada  
y el zagal junta el hatq que pació a su albedrío.*

*En el joven trigal ninguna caña oscila;  
la campana silencia su tañido distante:  
sólo los grillos cantan en la tarde tranquila.  
Cálmate, corazón, en esta paz radiante.*

**Muchas veces.**

*Cuando los campos llénanse de sombras  
siento los ojos que se vuelven claros;  
una estrella nos da fulgor primero  
y la cigarra aguza más su canto.*

*Cada sonido tiene más imágenes,  
lo acostumbrado se hace más extraño;  
detrás del bosque el cielo está más tenue  
y el perfil de los árboles más claro.*

*Y tú no adviertes, al seguir la marcha,  
cómo la blanca luz ha ido aumentando,  
surgida de improviso de las sombras...  
Y te detienes, de emoción pasmado.*

**El arpa.**

*Inquieta se ha quedado la alta selva de pinos,  
las nubes se deslizan desde el este al oeste,  
cautelosos los cuervos vuelan hasta los nidos,  
huecamente resuena la alta selva solemne  
y más hueco resuena el paso mío.*

*Por esta loma oscura yo he pasado otros días,  
cuando aun ignoraba la tempestad del alma,  
cuando aun hacia lo alto mis brazos no extendía  
al escuchar absorto vuestras voces arcaicas,  
oh, gigantescos árboles en fila.*

*Muy distanciados, firmes y sin moverse apenas,  
se yerguen los grisáceos troncos envejecidos;  
por sus copas, aun verdes, hoy se desencadena  
las fuerzas de un poder disperso o contenido,  
como en antiguos tiempos sucediera.*

*Y uno está solitario, cual la mano de un dios  
hendida en cinco dedos enormes, gigantescos,  
conserva hasta su base un áureo resplandor  
y se yergue más alto todavía que todos  
los viejos troncos que hay alrededor.*

*Por esos cinco dedos un rudo impulso corre  
como si ellos quisieran con afán constreñirse,  
y agitanse sus copas en un calambre torpe  
cual si tañesen todas las cuerdas invisibles  
de la execrable arpa de este bosque.*

*Y del arpa se expande un celestial sonido  
y se propaga rápido, desde el este al oeste,  
sonido que conozco desde que yo era niño.  
El bosque entre las ramas resuena huecamente.  
Tormenta, escucha y dame lo que pido.*

*Cómo anhelé en mi vida dar con aquella mano  
que ajustase la mía en un supremo bien.  
Cómo extendí mis dedos en angustioso espasmo,  
pero, ay, nadie estrechaba mi humilde mano fiel,  
y un día la cerré desencantado.*

*Lleno de los fervores más múltiples, he estado  
riñendo entre Dios mismo y la animalidad;  
y hoy me detengo al fin de mi ambular tan largo,  
un solo fervor queda, resignado y fatal,  
que en sí comprende a todo lo creado.*

*Ven, cósmica tormenta, sacude al firme bosque  
como a mí me sacudes, oh, convulsión arcáica.  
En bandadas silentes los cuervos van veloces,  
dame, mundo, la fuerza que ha de ser necesaria  
para vivir aislado entre los hombres.*

### **Intimación**

*Adorna de amapolas tus cabellos,  
ha llegado la noche;  
ya están ardiendo todas sus estrellas;  
para ti están ardiendo como soles,  
y tú bien lo sabes,  
todas están ardiendo en mi alma joven.*

*Tu cabello, salvaje y renegrado,  
lo siento crepitar bajo mi ardor,  
y este ardor, cuando surge, eleva al cielo,  
todo lleno de un blanco resplandor,  
las encarnadas flores de tu pelo,  
y tu sangre, y tu amor...*

*Centellea en tus ojos una lumbre,  
reflejo gris en la pupila verde,  
como una estrella en medio de la noche.*



*¿Cuándo vendrás? Ya están todas candentes  
mis antorchas, que sólo arden por ti.  
Pon en tu pelo roja flor silvestre.*

### Balada de la niña tranquila

*"No siempre ansío besarte,  
sólo quiero sentir que tú eres mía;  
aun pudiendo desnuda contemplarte  
ser de piedra querría  
para evitar el goce de besarte.*

*Otórgame la calma más serena  
que tú me puedes dar;  
como los rayos de la luna llena  
que sobre flores ves cabrillar,  
quedaré junto a ti, mi niña buena".*

*Así hablaba el rey sabio, y al momento  
cayó una hoja en el regazo de ella.  
Bajo la luna murmuraba el viento,  
y ella inclinó, feliz la frente bella  
y a la hoja besó con sentimiento.*

*El rey permaneció como arrobado,  
y arrancándole, ufano de la boca  
la hoja caída, estúvose a su lado  
toda la noche, y en un ansia loca,  
¡quién sabe cuántos besos le hubo dado!*

### El jornalero

*Tenemos una cama y tenemos un niño,  
oh, dulce mujer mía; y aun tenemos  
trabajo suficiente para ti y para mí,  
y gozamos del sol, de la lluvia y del viento...*

*Sólo nos falta algo que es bien pequeña cosa  
para vivir gozosos y para estar contentos  
y libres cual los pájaros:  
sólo nos falta el tiempo.*

*Cuando llega el domingo, y por los campos verdes  
paseamos felices, oh cándido pequeño,  
y sobre la extensión vemos las golondrinas  
azulear fugaces en inquietantes vuelos,  
ni siquiera nos faltan los ropajes livianos  
para ser, hijo mío, tan libres y tan bellos  
como esas golondrinas:  
sólo nos falta el tiempo.*

*¡Sólo el tiempo! husmeamos la tormenta vecina  
y a nosotros, que somos carne misma del pueblo,  
todavía nos mueve una esperanza eterna.  
Nada nos falta esposa, nada falta, pequeño,  
fuera de todo aquello que producimos hoy,  
para vivir gozosos y para estar contentos  
y libres cual los pájaros:  
sólo nos falta el tiempo.*

RICARDO DEHMEL.

## LA GRAMÁTICA REDIVIVA Y EL NUEVO DICCIONARIO

“Guerra a la retórica, y paz a la gramática”.

*Federico Balart.*

**D**ESPUÉS de deponer el miedo que suele enturbiar la vista y anublar la mente, con los pocos bríos que dejaron en el ánimo prolongadas luchas, salgo hoy en defensa de esa infeliz *Gramática*, que al carnero quieren llevar, con la turbamulta de motilonos literarios que nos cercan, no pocos que alcanzaron renombre de pulcros estilistas y eruditos profesores.

Decía hace muchos años el célebre perodista francés Mr. Drumont, que “la propiedad no está de suerte, pues los que no la niegan, la roban, y los que no la roban, la niegan”.

Parodiando frase tan feliz, al leer un día y otro críticas no siempre ajustadas a sana lógica, podría afirmar, refiriéndome a la *Gramática*, que los que no la niegan, casi no la defienden, y los que la defienden, casi la niegan. Y al advertir como guerrean contra ella escritores de toda laya, y que cada día acrece la legión de los atacantes, dan ganas de decirles con el pueblo: “Si tantos monteros la garza combaten, por Dios que la maten”.

Mas a probar voy, si a tanto alcanza mi habilidad, con el aporreado *Don Juan* del inmortal Zorrilla; que estudio con tanto encono asaeteado, al extremo de haberle dado ya por muerto y enterrado, algunos de sus más encarnizados enemigos, puede erguirse de su tumba, y decirles con legítimo orgullo revelador de sanas energías:

“los muertos que vos matáis  
gozan de buena salud”;

por que lo evidente es que así las furiosas acometidas de sus

manifiestos opositores, como los encubiertos ataques de los velados, no lograron ni cuartear un bastión, ni abrir boquetes en las bien asentadas murallas que rodean el castillo en el que, a su placer y al de sus amigos, vive Nuestra Señora, la *Gramática Castellana*.

## II

La disparidad de criterio entre los que gustan y saborean los estudios de humanidades, capitaneados por el gramático, no puede sorprender a los estudiosos. Villaviciosa nos advirtió hace siglos

“que tantos pareceres diferentes  
tiene un Concilio, como tiene gentes” (1)

y postulado es también, que cualquier dictamen, por ilógico que sea, encuentra defensores, como impugnadores la verdad más calificada..

Evidenciaba no hará muchos años, que durante el siglo pasado y el actual los gramáticos americanos son más numerosos que los peninsulares. Sin observar orden cronológico, aparecen en la memoria, y brotan de los puntos de la pluma los nombres de Baralt, Bello, Cuervo, Caro, Ysaza, Fidel Suárez, M. L. Amunátegui, Paz Soldán, Z. Rodríguez, Luis M. Díaz, Lemos, Laval, Costa Alvarez, Selva y... basta, pues para varios de los citados aun no sonó la hora de las alabanzas.

¡Y cómo me he relamido de gusto al leer los estudios de estos tratadistas, pensando con José Joaquín de Mora, que “donde hay identidad de gramática hay identidad de origen!”

Salvá, el sabio humanista, dice que “Gramática es el conjunto ordenado de las reglas de lenguaje que vemos observadas en los escritos o conversación de las personas doctas que hablan el Castellano”, acertada definición, a mi juicio, pues une amigablemente, sin borrar su peculiar carácter, los dos aspectos que presenta, de ciencia y de arte.

Porque lo notorio es que el vulgo, y con él el mayor número de los que arremeten contra los gramáticos, parten de una base

---

(1) *La Mosquée*. — Canto I.

falsa, la de suponer que el gramático inventa reglas, cuando lo único que hace es deducirlas de escritos de los hablistas, modesta tarea, como se advierte, más digna de loa que de vilipendio.

Hago gracia al lector de explicar, con lujo de citas, que una cosa es la Gramática, arte, y otra, la Gramática ciencia. Sobre tener que repetirme, lo que siempre causa enfado, a cualquier estudioso le será fácil dar con obras que deslinden ambas tendencias, mejor dicho, alcances.

Escribió Cervantes: "...porque así como no se puede pasar a otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática" (1), con lo cual dió a entender el glorioso manco, que es de todo punto necesaria la disciplina gramatical del nativo lenguaje.

Haciendo coro a tan indiscutida autoridad, el Bachiller Pedro de Rhua (2) y Francisco Cascales (3), desechando otros recuerdos para no abrumar con citas, entonaron alabanzas a un arte tan despreciada por los que no acertaron a cursarla. A cuantos, y por nuestro mal son muchos, abominan de ella, escudados en que basta el sentido común —si se tiene— para hablar bien, les recordaré las siguientes palabras de mi admirado Torres de Villarroel, dirigidas a los gozquecillos no atrahillados que le salían al paso.

"Solo andas a caza de moscas y te metes a censurar el estilo y las voces sin haber saludado la Gramática Castellana. Si quieres morder lo escrito, aprende a hablar primero, y luego a escribir, y entonces serán racionales tus reparos; pero si no sabes hablar con otro artificio que el que te enseñó tu madre, o el ama que te dió la teta, no entres el hocico en mis *Sueños*, porque puede ser que salgas escaldado".

Por si a alguien se le ocurriera colgarme el sambenito de resucitador de antiguallas, remataré los anteriores pareceres con el de Mariano Aramburo, correcto escritor cubano contemporáneo.

"La verdad es —dice— que este desdén hacia la gramática lo siente la mayoría de los escritores jóvenes. Y lo peor es que se va poniendo en moda, como signo de alteza psicológica, como

(1) *El licenciado Vidriera*.

(2) *Cartas. — Epistolario Español. — Tomo I.*

(3) *Cartas filológicas. — Epístola II.*

prerrogativa y blasón de almas superiores... Se desconoce la gramática, y se ignora también su valor literario. Se peca contra ella porque no se domina, y porque no se domina se aborrece. El origen de la antipatía es la inconsistencia”.

Para mejor apreciar el valor de las afirmaciones de Torres de Villarroel, conviene tener presente que dicho autor escribía sus obras en la primera mitad del siglo XVIII, y en la propia península, lo que importa recordar que aún flotaba en el ambiente algo de aquel espíritu artístico y literario de la edad de oro, y que castellanas eran las madres y las amas de las generaciones, que llegaban en pos de los relieves de mesas tan abastadas como las de Quevedo y Mariana. Solís y Gracián. Si en aquella fecha el *Gran Piscator de Salamanca*, recomendaba a los escritores de su tierra, el detenido estudio de la *Gramática*, ¿cómo no anteponerlo en la Argentina a todos los demás, supuesto que muchas madres y amas extranjeras son, desconocedoras, por lo tanto, del idioma castellano?

No hay que apelar a cierto inocente argumento de independencia idiomática, para erigirse en juez y fallar pleito que no se quiso o no se pudo estudiar. Precisamente si hay alguna nación de Sudamérica que necesite de férula gramatical es la Argentina, ya que la irrupción de gentes venidas de otras tierras ignorantes del Castellano, es lento pero persistente corrosivo de la belleza de nuestra habla, hermosura que si deslumbró en muchos escritores de pasados siglos, aún se contempla, merced a soberano don, en los actuales hablistas.

El erudito chileno Miguel Luis Amunátegui, a quien tanto deben las letras castellanas, escribió hace treinta años un bien argumentado estudio titulado *De la necesidad de estudiar Gramática* (1). Merecen los honores de la transcripción las siguientes frases:

“Alzarse contra ellas — las reglas gramaticales — sería lo mismo que protestar contra los preceptos de la lógica a cuyo inflexible yugo todos debemos doblar el cuello, sin que valgan quejas ni reclamaciones”.

(1) *Al través del Diccionario y de la Gramática*, pág. 77. — Santiago, 1895.

Un moderno filólogo peninsular, (1) avivó hará pocos meses la memoria de los distraídos, y quiso aplacar con sus afirmaciones la irascibilidad de los antigramáticos, al escribir que la enseñanza de tal materia “consiste esencialmente en abstraer las leyes que rigen nuestra expresión hablada y formuladas teóricamente”. ¿No es esto preconizar lo aseverado por Salvá?

Podriase fácilmente, con solo poner a contribución la paciencia, amontonar abrumador caudal de citas desde Horacio y Quintiliano hasta hoy, para dar la certidumbre del respeto con que fué tratado siempre el estudio de la *Gramática*, que no pone cortapisas a la libre emisión del pensamiento, mas sí, indica a qué cánones debe sujetarse quien aspire a verter con precisión, libre de anfibologías, sus propias ideas. Mas quién de éstas carezca procederá cuerdamente si calla, pues ningún Nebrija se las dará, como en poeta no podrá trocarle ni el arte de versificar, por minucioso y detallado que sea, ni la lectura reposada de *Las cien mejores poesías Castellanas*.

No sé donde he leído que el arte de guisar no se aprende leyendo y estudiando libros de cocina, antojadiza aseveración fácil de rebatir. ¿Qué no sirven las recetas culinarias? ¡Vaya que sí! Lo que no podrá hacer el cocinero es condimentar manjares que no halle al alcance de su mano: el Brillat Savarin más habilidoso se quedará cruzado de brazos si no tiene comestibles que arrimar a la lumbre.

Dada esta manera de apreciar el valor de la teoría gramatical, ya podrá colegirse con que sorpresa leí que “los gramáticos hacen una labor anatómica, y toda anatomía, por lo mismo que requiere un organismo muerto para su labor, se ha de completar con el estudio de la fisiología, con el estudio del organismo vivo”.

Confieso, no sin pena, que no acierto a juntar los dos organismos: a mi torpeza escapa la profundidad de pensamiento del sabio gramático. Dándole vueltas en mi cerebro, entre ansioso y desorientado, acabé por preguntarme sí, a sabiendas, no se confundía anatomía con análisis, porque, si la lengua vive ¿cómo puede ser un organismo muerto?

A perturbar más mi pobre inteligencia contribuyó, sin duda,

---

(1) Manuel Montoliu.

el aludido autor cuando pocas páginas después de lo transcrito, agrega:

“La gramática es un conjunto de abstracciones, un estudio analítico del fenómeno lingüístico”.

Siguiendo siempre al mismo autor en uno de sus trabajos que a la vista tengo, se me ocurre también advertir que, nuestro Monlau ya aseguró, antes que varios extranjeros dignos de respeto, que nunca está fijada la lengua, como entiendo que no se legitiman propias o ajenas incorrecciones al declarar que de ellas no están exentas las obras de nuestros más atildados escritores. Lo que importa no es batir palmas, y si no batir palmas disculpar defectos; lo que interesa es aprender, con la *Gramática*, el modo de no cometerlos.

### III

El mayor número de los que en la península y en el vasto continente hispanoamericano truenan contra la *Gramática*, se parecen a ciertos librepensadores que confunden las saludables doctrinas del Decálogo con la equivocada interpretación que a ellas puede dar alguno de sus sacerdotes, lo que bien quiere decir, que no hay que confundir la ley gramatical con el modo con que la aplican y difunden varios de los encargados de su enseñanza.

Lenz, desde Chile, descartado el exceso de atención que estimo, concede a la influencia no del bajo latín sino del bajo Castellano, predica en muchas ocasiones la buena doctrina, de la que es ferviente devoto entre nosotros, Costa Alvarez, esa doctrina que yo mismo, en el modesto escenario en que me he movido, he ido defendiendo durante más de siete lustros. Hace ya muchos años. decíale en carta que quedó inédita por la repentina muerte del estudioso argentino a quien iba dirigida, que así como en el mundo moral hay actos que sin pugnar con las leyes escritas no merecen nuestra aprobación, porque una voz interna nos avisa que no deben realizarse, así en asuntos lexicológicos y de lenguaje, hay palabras y giros que sin mostrarse en franca rebeldía contra las leyes que rigen nuestro idioma, una voz interior, algo así como cierta intuición artística, nos advierte que



aquellas palabras, los giros aquellos, no pueden ser apadrinados por quienes son respetuosos con la propiedad de frases y vocablos. Con tales conceptos, entendía dejar asentada una verdad, la de que no es lo mismo *Gramática* que *lenguaje*, y que en éste hay clases y categorías, como las hay entre los miles o millones de individuos que constituyen un pueblo.

Recientemente el mentado Costa Alvarez, en estudio, si breve, rico en observaciones, titulado *La neogramática del Castellano*, ha advertido a muchos que la enseñanza del patrio lenguaje ha de correr en aulas por carriles más modernos, y modificar vetustos métodos, que si algún fruto cosechaban era el de aburrir hasta hastiarlo al alumno, dando nacimiento en mentes juveniles, a despego o desvío del que pocos se libraban más tarde.

Por fortuna, aunque algunos peninsulares lo ignoren, o finjan ignorarlo, son ya muchos los profesores argentinos que saben bien, por haberlo aprendido enseñando, y leyendo obras si publicadas en Europa aquí llegadas, que así como el violín — y me sirvo de este ejemplo por notar como de él echan mano algunos tratadistas modernos — así como el violín, repito, debe ser estudiado no sólo con reglas metódicamente aprendidas, sino tomando el instrumento y haciéndolo vibrar al contacto con el arco, con artístico cariño manejado, así el idioma reclama para quien persiga su dominio, ser estudiado sujetándose a sus leyes gramaticales, y manejando el instrumento "lectura", clásica y moderna, a fin de que al contacto de escritores que cultiven diversos géneros, aprenda, teórica y prácticamente, el acertado uso de su idioma nativo (1).

Antes de que un catedrático español, con la autoridad que le presta su reconocido saber, dijese que "así como enseñaría mal la pintura, el dibujo o el solfeo el maestro que no tuviese presentes las leyes de la perspectiva y las de la armonía, y se pusiese en contradicción con ellas, de igual modo también mal enseñaría el lenguaje el maestro que desconociese o hiciese caso omiso de los principios científicos de la *Gramática*", otros catedráticos argentinos habían demostrado en sus lecciones orales,

---

(1) Léase el prólogo con que se encabezaron las últimas ediciones de mi *Gramática*.

o consignado en escritos que han visto la luz, que con tal método se armonizaban las dos enseñanzas, la del lenguaje y la de la *Gramática*, ya que ésta, a la postre, y como deducida de aquel, es su complemento.

Por abominar de profesores rutinarios, distraídos, para no emplear otro adjetivo más hiriente, no nos pongamos de esquina con la *Gramática*: de bolonio se graduaría quien desconociese el valor político y social de las previsoras *Leyes de Indias*, por haberse desviado de su humanitario espíritu alguno de los encargados de aplicarlas, o negase la eficacia de los estudios médicos, porque andan todavía sueltos saludadores y curanderos.

Si sin *Gramática* y sin *Diccionario* no hay idioma (1); si un discurso, un escrito, la conversación más sencilla, es un compuesto, que será tanto más bello y harmónico, cuanto con más perfecta maestría se hayan combinado los simples — palabras en el *Diccionario*; modo de enlazarlas en la *Gramática* —; cerrar sañudamente contra ésta fué siempre, y hasta hoy, vano empeño; y si de precavidos es alejarse de definiciones nebulosas y absurdas, y de divisiones y subdivisiones aplanadoras, de cuerdos es, también, sujetarse a cánones deducidos de las obras de quienes, por unánime consenso, maestros fueron o son en el arte de hablar con claridad, pureza y elegancia (2).

Respetemos, pues, la *Gramática* que, téngolo por cierto, será siempre reverenciada por cuantos, escritores o no, aspiren al dominio del nativo idioma, y no nos empeñemos en desunir lo que la lógica y el sentido común ordena que vivan fraternalmente abrazados: la teoría y la práctica, esto es, la *Gramática* y el *Lenguaje*.

#### IV.

Hace pocos días, desde las nutridas páginas de un popular diario bonaerense, llamaba la atención de cuantos, defensores o

(1) "Completando el Diccionario el estudio de la Gramática — dice Isaac Núñez Arenas — claro está que si en la Gramática está la forma, en el Diccionario está la materia, y no es posible separar la una de la otra".

(2) Ver mi libro *De Gramática y de Lenguaje*. — Capítulo "El pleito del lenguaje", pág. 137.

impugnadores del Diccionario Académico, se entretienen en la provechosa tarea de estudiar las reformas introducidas en cada nueva edición que publica el senado lingüístico oficial, para acabar asentando una verdad de las de Pero Grullo, esto es, que ni hay que aceptar, dándolo por indiscutible, cuanto en la nueva edición se pavonea, ni abultar, con apasionadas críticas, los defectos que forzosamente, como obra de seres humanos, puede presentar, y de juro presenta.

En mi deseo, no de antemano preconcebido, sino innato, de armonizar tendencias y teorías, he creído siempre que la labor demoledora reporta escasísimo fruto, y que en cambio lo rinde provechoso, de un lado la observación atinada y culta, del otro la agrupación de individuales esfuerzos encaminados a perfeccionar obra de común utilidad.

El novísimo volumen ha dado ya pie a varias críticas que poseo, unas de sonoro aplauso, otras de acre censura, y de acuerdo con el deseo antes expuesto, si de ditirambos excesivos me aparta análisis personal recién comenzado, de violentos ataques me aleja también la creencia de que algo nuevo y aprovechable nos ofrece la labor académica.

Desde el Diccionario llamado de *Autoridades*, de 1726, hasta el actual, el cotejo más breve nos enseña que el Senado de los inmortales acogió en cada nueva edición términos y giros no registrados en la anterior o anteriores, atento al propósito de que en el inventario de la lengua castellana se catalogasen crecimientos del habla, amparados con la autoridad de escritores dignos de respeto, labor remozadora que probando ha ido, quizás no tan aprisa como apetecen los descontentos, que el léxico oficial intentaba reflejar en sus páginas la paulatina evolución del idioma, al alejarse, sin precipitaciones y con cauteloso pie, del castellano hablado por doctísimos varones del áureo siglo.

¿Es esto un bien? ¿Es un mal? ¡Ah! creí siempre que sólo el desconocimiento de lo propio ha legitimado a los ojos de muchos, la admisión de nuevos vocablos que ninguna falta hacían, ya que en el patrio solar teníamos lo que mendigábamos de los forasteros.

En atildado discurso pronunciado por el Conde de las Navas, recordaba que, como le leyese un día al galano Valera, ya

ciego, páginas de *Los nombres de Cristo*, al escuchar una de tantas, sabrosa, rotunda y bien formada, exclamó el pulcro estilista: “¡Y esa es la lengua que media docena de poetastros y filósofos chirles en ambos mundos consideran estrecha y somera para expresar sus lucubraciones!”.

Si es cierto que “todo lo nuevo aplace”, y que los idiomas se van renovando al compás de los siglos, no le es menos, que no siempre la renovación es feliz, y que lo nuevo supere a lo antiguo en precisión y belleza.

Mas dejo este extremo para tratado, si hay lugar, con mayor holgura, y vuelvo al tema fundamental de este trabajo.

## V.

“A los años mil, vuelven las aguas por dó solían ir”, es viejo refrán que a la memoria vino al tomar en mis manos el ejemplar que me llegaba de la décima quinta edición del léxico oficial. En las anteriores, el *Diccionario Académico* se denominaba “*de la lengua castellana*”, en tanto que, en la novísima se titula “*de la lengua española*”.

La innovación, como todo lo humano, ha sido aplaudida por unos y por otros criticada, y así, mientras los primeros, capitaneados por la propia madrina, estiman acertadísimo el nuevo título, otros, como Dionisio Pérez, creen que debe reemplazarse por el de “*lengua hispánica*”, y aun algunos, como Costa Alvarez, opinan que, por respeto a la verdad histórica, debe continuar apellidándose “*de la lengua castellana*”.

Esta opinión de mi querido y admirado compañero, no me pareció al leerla de gran peso, pues así como el *Diccionario toscano* se trocó a principios del siglo XVII, si mis apuntes no fallan, en *Diccionario italiano*, de la misma manera, y en igual época, año más o menos, nuestro léxico comenzó a llamarse *Castellano o español*.

Esta aseveración queda probada con recordar que:

En 1606, el médico Juan Palet, publicó un *Diccionario de la lengua española y francesa*;

En 1609, G. Victor Bolonois dió a luz el *Tesoro de las tres lenguas, francesa, italiana y española*;

En 1611, se imprimió el célebre *Tesoro de la lengua castellana o española* de don Sebastián de Covarrubias Orozco;

En 1616, César Oudin dió a la estampa su *Diccionario Tesoro de las dos lenguas francesa y española*. En 1636, Fr. Pedro Seguí compuso su *Diccionario Español* y ¿quiérese más? En el siglo pasado, en 1823, aquel famoso crítico, satírico y estilista llamado Bartolomé José Gallardo, imprimió su *Diccionario autorizado de la lengua española*, y en la misma centuria, en 1888, publicó el erudito don Eduardo de Echegaray su *Diccionario General Etimológico de la lengua española*.

Esta lista, que podría ampliarse, de diccionarios anteriores al publicado últimamente por la Academia *Española* — que así se llama, y no *castellana*, — al descubierto pone, si no me engaño, que la política no tuvo arte ni parte en el cambio de título. Tal vez, no aceptado el propuesto de *lengua hispánica*, para ser más respetuosos con la tradición y con la historia, lo más acertado hubiese sido, acercarse al manantial, tomar por guía a Covarrubias y titular el nuevo léxico *Diccionario de la lengua castellana o española* o con Alderete *de la lengua castellana o romance*, pues en buen romance hablaron y escribieron Baralt y Monlau, Bello y Estebanez, Cuervo y Valera, y tantos otros sobresalientes estilistas, así peninsulares como hispanoamericanos.

El nuevo Diccionario se ha enriquecido con no pequeño caudal de voces recogidas del habla popular, atento a su uso; con tecnicismos y neologismos, sin que se haya hecho total expurgo de arcaísmos, y con refranes, modismos y frases que corren de boca en boca en España o en la América española.

Dedicaré algunos párrafos a cada uno de estos grupos, adivinando, con sólo el propósito, el tiento y cautela que debo emplear para no repetirme, ya que a todos, con mayor o menor extensión, me he referido en trabajos que vieron la luz hace tiempo.

No se necesita estar dotado de gran perspicacia para comprender que en asuntos sociales, educativos e idiomáticos cabe hacer el distinguo entre el uso bueno y el uso malo, división que ya advirtieron los romanos, y que han glosado con posterioridad italianos, franceses y españoles. Ciñéndome al que me interesa en estos momentos, diré que seguro es que si solo mantengo re-

laciones con gentes que en vez de hablar, rebuznan, acabaré, como afirmó el fabulista, por rebuznar yo también. "Díme con quien andas y te diré quien eres", reza sobado refrán que la propia experiencia califica de verdadero. Si la educación tiene el privilegio de modificar plebeyas costumbres. ¿Cómo la conversación con gentes instruídas, la lectura de libros bien escritos, no ha de pulir y perfeccionar el léxico particular de todo ser pensante?

El vulgo, la plebe, suele hablar mal en todas partes, y sólo de vez en cuando acierta al inventar un vocablo, o dar vida a un giro feliz, pues, por regla general vocablo y giro ostentan el sello del tugurio en que nacieran, marchamo que al declarar la procedencia, avisa a las gentes instruídas que de prudentes es no sacarlas del arroyo, de los bajos fondos sociales, del presidio tal vez, para hacerlas resonar en estrados y salones frecuentados por personas bien educadas. Y si su admisión se impone, debe el léxico oficial avisar a quienes lo consultan el uso que de tales giros y voces debe hacerse.

También aquí más que en otra nación de habla hispana, hay que estar de continuo ojo avizor, pues el vulgo, dentro de su característica, rebelde a toda ley idiomática, carece de la unidad que presenta en la península. Allí todo plebeyismo tiene por cuna la misma lengua; aquí las cunas, son, por suerte para la Argentina, por desgracia para el idioma, harto diferentes, ya que unas aparecen fabricadas con madera siciliana, otras normandas, otras provenzales, varias con troncos que un día, cubiertos de hojas, sombrearon las orillas del Rhin, y aun algunas con tablonces procedentes de los bosques de la Siria, de Turquía y de cuantas naciones forman el mundo que habitamos. Mientras se acuna al niño, las poéticas canciones que suenan a su oído, no son, muchas veces, ni las genuinamente argentinas, ni las hispanas, como las conversaciones que escucha ya tallado en el seno de su hogar, se oyen, cuando a tanto se llega, en una *castilla* atrocemente estropeada. Y el niño crece, y el rapagón se trueca en hombre, y su habla, testigos barrios enteros de esta metrópoli, es una mezcla de dialectos europeos, arlequinizados al estar en continuo roce con otros, y con el idioma nacional, que tiende a sobreponerse a tal invasión de hablas a toda luz incultas y desprovistas de belleza.

Dentro de las mismas huestes académicas, y fuera de su silencioso batallar, dos escuelas guerrearán siempre en el campo lingüístico, con tendencia diametralmente opuesta: la neóloga y la arcaica, esto es, dicho en lenguaje más llano: la que aspira a acrecer lo existente e innovar mucho de lo pasado, y la que, enamorada de lo que fué, resiste cuanto puede, lo nuevo que llega. La una representa el afán innovador del pueblo; la otra la tradición, aquello que por atarnos a las generaciones que nos precedieron, digno es de religioso respeto.

Obligado a ceñir conceptos, diría, que el lenguaje vulgar del campo — hablo de mi tierra nativa — es arcaico, y neólogo el de los centros populosos, como neólogo es el del hombre de ciencia, el técnico. En cambio el literario actual, mejor dicho, desde el romanticismo hasta nuestros días, es menos arcaico y no tan neólogo, como si quisiera hermanar la tradición con el progreso, el respeto a lo que fué con la benevolencia a lo que llega.

Sin la acertada admisión del neologismo, las lenguas todas no se hubieran movido de su estrecho círculo primitivo, y fácil es descubrir como el castellano del siglo XIII no es ya el de los siglos anteriores, y como cada centuria fué llevando nuevas aguas al hondo álveo por donde corre, diáfana y transparente la superficie, el idioma de los primitivos Fueros, de Yepes y de Luzán.

No hay por que repetir lo escrito, ni demostrar la facilidad con que el exceso de benevolencia nos lleva del neologismo al barbarismo, si aquél en ocasiones necesario éste siempre vituperable. Si los que muy sueltos de lengua se creen con derecho a inventar nuevos vocablos, supieran los conocimientos que el sonado invento reclama, casi puede asegurarse que, asustados de su propia petulancia, renunciarían de buen grado al intento, dejándolo para quienes, sabedores al por menor de lo que poseemos, se preocupan de dar vida robusta y lozana a lo que nos falta.

## VII.

El diccionario de una lengua cualquiera, no solamente es de utilidad para cuantos la poseen desde su nacimiento, sino de utilidad y necesidad imprescindible para el extranjero que si es leído y curioso, al gustar obras escritas en pasados siglos, an-

teclásicos y clásicos, tropieza, no en cada página, a veces en cada párrafo, con palabras fuera de uso, con razón o sin ella. Ergo, interín no tengamos un *Vocabulario* o Catálogo, metódicamente ordenado de las voces y frases que se leen en obras, hoy de nuevo en circulación, escritas desde el *Poema del Mio Cid* hasta fines del siglo XVII, si el calepino popular ha de reportar alguna ventaja a los lectores actuales, fuerza es que recoja e inventarie en sus páginas lo que se lee en poesías y novelas, comedias y sainetes dados a luz en pasadas centurias.

¿Incluiremos en el Diccionario en curso todos los arcaísmos? Quiero suponer que no, y entonces aparece una grave dificultad, la de la elección. Si desalojarlos en absoluto de él sería manifiesto error, por la razón antes expuesta, acogerlos todos sería abultar en demasía, hasta trocarlo en volumen de imposible manejo, libro que, por el fin a que tiende, no puede rebasar un prudente tamaño.

También aquí al estudioso debe aconsejarsele mesura, ya que conviene repetir que no siempre es censurable, el empleo de arcaísmos, pues muchas voces presentan tal carácter, no por que en realidad hayan sido reemplazadas por otras más precisas o eufónicas, sino porque en fuerza de no oírlas ni verlas empleadas por escritores de valía, cayeron en olvido, lo que prueba una vez más, y tolérese la repetición, que para suponer necesaria una nueva voz conviene antes averiguar si no la poseemos bajo otra forma.

El inconsulto arrumbamiento de vocablos, bien vale empobrecimiento del idioma, contra el que todos deberíamos batallar. Procuremos enriquecer cada día más nuestro léxico particular, asoleando palabras como decía Emilia Pardo Bazán, "en mal hora arrumbadas", y aceptemos de las nuevas aquellas que, como *cinematógrafo*, inventadas han sido para designar utensilios, artilugios, empleos, preparados, etc., no conocidos de nuestros progenitores, pero rechacemos con viril energía, no usándolas, voces como *motorman*, por motorista, *aterrizar* por aterrar, y no pocas de las que, sin cala y cata, se dan como de buena cepa en el novísimo Diccionario de la Academia Española.



## VIII.

Era frecuente oír quejarse a los hombres de ciencia y de arte, y en pos de ellos a los estudiantes, de la pobreza de nuestro idioma, tan patente en tales estudios que aun a su pesar, decían, echaban mano de voces extranjeras para designar objetos y herramientas, simples y compuestos propios de la rama artística o científica que cultivaban.

Y no les faltaba razón en parte, pues que en su casi totalidad se la dió nuestro Capmany al lamentar (1) que las voces no escritas de labradores, artesanos, náuticos, pastores o músicos no hubieran hallado cómodo aposento en el Diccionario de la lengua, vocablos que, al existir, de registrarse y conocerse evitarían, a los de ellos necesitados, el que tuvieran que mendigarlos de idiomas forasteros.

Claro está que ni Capmany, ni cuantos tras él han clamado porque los tecnicismos alcanzaran la merced de figurar en las nutridas páginas del repertorio oficial, partidarios fueron de que se incluyeran en él cuantos corren en boca de pintores, arquitectos, músicos, filósofos, etc., etc., ya que cada una de estas artes o ciencias posee un vocabulario especial. La cosecha, por su abrumadora abundancia, hincharía de modo tal el inventario de la lengua, que le desposeería de su carácter de manejable y económico.

Al pretender, pues, contentar a los pedigüños sin abultar en demasía el volumen, aparece problema de no fácil solución, y aun dando con ella, no a gusto de todos, y es el de saber cuáles términos deben incluirse y cuáles rechazarse.

Para el común de los mortales holgarán siempre o casi siempre, un cúmulo de voces que solo interesan a los cultores de ciencia, artes y oficios determinados, pero mientras no se conozcan los vocabularios especiales que poseemos debido al individual esfuerzo, que son muchos más de que creen los que en tales materias no se ocupan, o no se reimpriman en ediciones económicas obras de tanto valor como la del P. Esteban de Terre-

---

(1) Véase *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*.

ros, (1) por ejemplo, fuerza será, para atajar en lo posible el reparo apuntado al principio, dar sitio a varios de los tecnicismos más en moda en este catálogo general llamado hoy *Diccionario de la lengua española*.

## IX

Al no olvidar que en el *Refranero* se conserva como en ánfora sagrada, lo más puro, donairoso y castizo de nuestro idioma, ya se colegirá que así el lexicólogo como el filólogo han de batir palmas ante los coleccionistas de frases que, por su repetido uso en un pueblo, y su doble sentido literal y figurado, encierran en pocas palabras, brotadas espontáneamente casi siempre con arte, una eseñanza digna de ser aprovechada por doctos e indoctos.

De ahí que desde mi rincón prorrumpa en aplausos sonoros en favor de quien o quienes se entretienen en el vasto territorio de este querido país, en coleccionar tales frases, que pueden ser refranes, modismos, sentencias, etc., descubridoras, si son privadas suyas, de la vivacidad del pueblo y de su heredado ingenio.

La iniciativa del Consejo Nacional de Educación, recogida primero y ampliada después abiertamente por la Facultad de Filosofía y Letras, merecedora es de justiciera alabanza, y de que la secunden con perseverante empeño cuantos acierten a descubrir en tales frases la psicología del pueblo que les dió vida.

Pero aquí también se impone parsimonioso cuidado en la cosecha, y un previo y muy detenido estudio de lo que, con sello de antigüedad, se recoge en las colecciones existentes, que son algunas, y en obras de novelistas y dramaturgos peninsulares, que son muchas. No es grano de anís, ni tarea fácilmente hacedera, averiguar lo ya registrado para añadir lo que suponemos falta, pues en no pocas ocasiones un viejo refrán castellano ha sufrido leve variante al pasar a América, por haberlo adulterado la infiel memoria del vulgo. Al leer, por ejemplo, *De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno*, catalogado como refrán argentino, recordé sin querer el castizo *El infierno*

---

(1) *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*. Madrid, 1786-1793.

*está empedrado de buenas intenciones*, como ya avisé a los entendidos que *Colgar la galleta* es modismo, no argetino sino peninsular, aunque arcaico.

Si mis noticias no fallan, nuestro caudal paremiológico peninsular llega a la respetabilísima suma de veinticinco mil frases, (1) lo que equivale a advertir que sin tener memoria, mucha paciencia y acierto en las clasificaciones, escollará siempre quien se entretenga en inventariar lo que se vaya descubriendo para entroncarlo o emparentarlo con lo conocido. Ni el Comendador Griego, ni Malara, ni el mismo Correas, para no citar más que los muy conocidos que gozan de bien adquirida reputación, pudieron evitar molestas repeticiones, o la inclusión en sus nutridas colecciones, de frases sólo diferentes por ser distinta la voz con que aparecían encabezadas.

Suele ocurrir, y así me lo ha demostrado paciente paseo por los modestos jardines paremiológicos americanos, lo que les ha sucedido a los registradores de *Romances antiguos*: el de dar con diversas variantes, porque trasmitidos unos y otros oralmente se modificó la forma, si la esencia permaneció intacta.

El *Romancero*, los *cantares de cuna*, las *tradiciones*, el *Refranero*, suelen reservar sorpresas a sus mismos cultores, y no todas son de las que regocijan.

En recientes trabajos (2), quedó probado este último aserto: en ellos puse de relieve, con lujo de citas, que a veces un mismo refrán, además de sus dos usuales significados, se presta a interpretaciones distintas, según sea la preparación literaria del comentarista.

En uno de ellos, el segundo, dejé bien establecido que de veintiuna citas recogidas en apoyo de mi tesis, ocho eran de paremiólogos y trece de afamados estilistas, que no hicieron asiento en tales estudios, con más, puse de manifiesto el innegable parentesco entre la frase castellana y otras recogidas en las literaturas italiana, francesa y catalana, lo que una vez más tendió a

---

(1) Empleo esta palabra, haciéndola genérica, pues no ignoro la diferencia entre refrán y modismo, proverbio y apotegma, sentencia y frase.

(2) *Uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla*. — Art. I. "Revista de la Universidad", Diciembre de 1924 = Id. id. Art. II. Julio de 1925.

probar el prudente cuidado que demanda catalogar y comentar frases adulteradas al pasar de labios cultos, a los del vulgo, menos respetuosos que aquellos con las leyes gramaticales de un idioma (1).

¿Debe el Diccionario Oficial dar cabida en sus páginas al abrumador caudal paremiológico de nuestra lengua? Abrigo la esperanza de que nadie contestará afirmativamente esta pregunta.

## X

Así como no es posible escribir la historia general de un pueblo sin previo estudio de monografías provinciales o regionales, también tengo por tarea de imposible realización, acometer el total inventario de la lengua hispano americana, sin disponer, previamente, de los parciales, que nos suministren comarcas o países, verdad esta aceptada por cuantos en estudios tan humildes gastan horas y días y años.

Pero también en este punto, como en los varios que me fueron saliendo al paso, la opinión de los entendidos anda dividida, ya que mientras unos opinan que deben alentarse los individuales esfuerzos, y tener muy en cuenta la labor de los gramáticos, y lexicólogos americanos, otros entienden que aquellos inventarios parciales deben ser realizados por Academias o Institutos en los que predomina, por regla general, tal vez por falta de estímulo, la secular cachaza, parienta muy próxima de la haraganería.

La Academia Española a este aplanamiento se refiere cuando en la Advertencia con que encabeza la última edición de su *Diccionario*, solicita el apoyo de sus filiales Correspondientes, a las que, de velada manera, califica de dormilonas. Falta de su apoyo, se vió en el caso, a fin de acallar censuras, de recoger de vocabularios individuales los americanismos que echaban de menos en el léxico oficial los que hablan y escriben en castellano en el vasto continente americano de habla hispana, y este aporte hecho con buen deseo, más con manifiesta precipitación, no permitió cri-

(1) *La contribución argentina al estudio del castellano*, por Arturo Costa Alvarez.

bar bien lo que a la masa total se incorporaba, ni fijar lo que de permanente tienen algunas voces, verdaderos regionalismos, con las que descubren pasajeras creaciones que la ciencia lexicológica rechaza por su inmediato parentesco con el barbarismo.

El cónclave medrileño, ansioso de captarse simpatías, y a fin de demostrar que se avenía a remozar el catálogo oficial de la lengua hoy en circulación, se fué esta vez, como vulgarmente se dice, a la otra banda, al aceptar no pocas palabras innecesarias, unas por tener ya sus equivalentes en castellano, y otras por recogerse de labios indoctos o haber brotado de los puntos de la pluma de escritores anónimos, carentes de toda autoridad.

\*

\* \*

Al enterarme un día y otro de que escritores argentinos y americanos, roban horas a otros quehaceres más productivos para dedicarlas a los estudios idiomáticos — Gramática y Diccionario — a los que he consagrado, con modestia pero con tesón, los mejores años de mi existencia, hoy, en plena senectud, con la calma que es su compañera, sin haberse amortiguado aun en mí el amor a tales disciplinas, diré con Valdés en el *Diálogo de la lengua*: “Camine quien más pudiere, que yo, ni estorbaré al que me fuere delante, ni esperaré al que se quede atrás”; con buena voluntad seguiré laborando, sin atropellada inquietud ni corrosiva envidia, en defensa de la sin razón aporreada *Gramática*, y porque, con el apoyo de todos, amigos y contradictores, la Academia Española alcance el soñado anhelo de que nuestro léxico, dentro de lo razonablemente hacedero, sea el mejor de cuantos vean la luz en las demás naciones de la tierra.

RICARDO MONNER SANS.

En mi rincón: noviembre de 1925.

## UN ALEMAN EN PARIS

FRITZ VON UNRUH (1)

**E**L hombre olvida fácilmente. La humanidad también. Y hay, sin embargo, cosas que no deberían olvidarse.

Los libros de Unruh, no han olvidado. Respiran el odio y el terror a la guerra, y de ese odio y terror, ha nacido un amor apasionado, que excluye todo razonamiento, por la paz. Esta es la nota dominante en todas sus últimas producciones: el sacrificio de tantas vidas, no puede haber sido inútil, tal es su convicción; y tan profunda es ella, y tan vehemente su palabra, que nos la comunica.

Por este pacifismo, en cierto modo exaltado, ("en todas partes, aparece el poeta", dijo un crítico), se ha granjeado la enemistad de una clase, que en Alemania aún es numerosa: la de los nacionalistas, sin hablar de que su libro *El sacrificio*, fué prohibido por la censura, y recién se publicó después de la revolución de Noviembre.

También *Las alas de Nike* tiene el mismo leitmotif, y todas

---

(1) Fritz von Unruh tiene, en la actualidad, cuarenta años. Ha sido como su padre y sus hermanos, oficial del ejército alemán, y ya antes de la guerra, llamó la atención por sus dramas: *Oficiales*, en que presenta un cuadro de la vida del militar alemán, y el de índole histórica: *Luis Fernando Príncipe de Prusia*, que se desarrolla en la época de la invasión napoleónica.

Sus demás obras son: *Una generación* (tragedia que va a ser traducida al francés para ser representada en la Comédie Française), cuya segunda parte es *Lugar*; — un drama: *Tormentas* y otro: *Enrique de Andernach* que se desarrolla en el tiempo de la ocupación del Ruhr. Tiene publicados además: un tomo de poesías, uno de discursos, un libro escrito en las trincheras: *El sacrificio*, que ha sido traducido al francés con el título de *Verdun* y, el último, la narración de su viaje a Francia e Inglaterra, a fines de 1924, titulado: *Las alas de Nike*. — N. DE LA A.

las impresiones que ha recibido durante su rápido viaje, nos las muestra bajo esa luz.

Aparte de esto, los críticos alemanes no han sido muy benévulos con el libro; si hay quien dice, que es demasiado fantástico, poco real, otro no vé en él, más que a un loco que corre detrás de su muy respetable ilusión, y no falta quien le echa en cara, poco patriotismo y poca discreción. Unruh, escribe alguien, es un gran escritor, pero podríamos llamarlo unilateral; talvez, el hecho de que este talento sea incapaz de realizar lo que prometía, tiene su origen en la mezcla de sangre eslava y germana, que corre por sus venas.

Si consideramos su estilo, Unruh es clasificado entre los *expresionistas*, a los cuales un crítico definió de esta manera: "los *expresionistas* son un grupo de jóvenes histéricos, cuyos nervios están algo flojos desde la guerra, y que emplean el arte, como medio de defenderse contra la Vida".

El grupo de los expresionistas está compuesto, para no nombrar sino a los más célebres, por: Ernst Toller, R. H. Sorge (que fué el iniciador del movimiento, pero que ya falleció) y Sternheim, cuya última producción, el drama: *Oscar Wilde*, ha llamado justamente la atención y ha sido objeto de acerbas críticas.

Como el nombre que ellos mismos se han dado lo indica, tratan de expresar una serie de cosas, con la menor cantidad de palabras. Su estilo resulta así sumamente breve y conciso, y, a veces, pecan de oscuros. Han arrojado lejos todo lo que sirve para redondear la frase y hacerla agradable al oído. Han olvidado la forma por el fondo, O, más bien, han creado una forma nueva, que, si muy en boga hace dos o tres años, ya vuelve a ser olvidada: Lo que ellos creyeron y llamaron el arte nuevo, el ARTE en sí, el arte verdadero, ya no tiene tantos adeptos, como en una época, que apenas ha pasado.

Esto en cuanto a su estilo. El fondo del asunto del último libro de Unruh, es, como queda dicho, la impresión que causa en su ánimo un viaje a Francia, sus encuentros con una serie de personajes, como Barbusse, Cachin, la Condesa de Noailles, y luego su estada en Inglaterra. A esta última no le asigna la misma importancia, como a su permanencia en París. De las

cuatrocientas páginas del libro, apenas cincuenta están dedicadas a Londres, Cambridge, la exposición de Wembley. Esto se explica fácilmente, pues para un pacifista como él, presenta mucho más interés Francia, puesto que allí el odio a Alemania, es mucho mayor.

Al consignar sus recuerdos, es cierto que llama las cosas por su nombre; su franqueza para expresar lo que piensa de las personas, pese a las amabilidades que con él hayan tenido, ha motivado la crítica de que es poco discreto. Pero quien tal pensó o dijo, debe ser en extremo quisquilloso, porque un espíritu imparcial que lea el libro, no encuentra ofensa alguna en él, y si solamente alguien que dice las cosas, tales como él las vió, sin malicia de ninguna clase.

Y hay ciertas cosas tan comprensibles! Talvez es necesario ser alemán, para comprender los sentimientos que lo embargan al llegar a París, cuando todos, desde el guarda del tren, hasta el portero de la casa, lo tratan con la mayor amabilidad. ¡Durante cuántos años franceses y alemanes no cambiaron otro saludo que las balas! Y al recordar el odio que en el Ruhr sienten por Francia, se cree traidor, por amar a París.

Esta idea tampoco lo abandona en casa de su joven amigo, el músico Jacques; algo en el mueblaje de una de las habitaciones, le recuerda la habitación que ocupó en el norte de Francia, en los años de la guerra, — a nadie maté durante la guerra —escribe— pero en ese instante me sentí asesino en el lugar del crimen.

Su primer camino, es el Arco de Triunfo. Y, de la tumba del soldado desconocido, parece que se alzara una llama que lo envuelve. Y su único deseo es que esa llama, que sólo él ve y siente, fuera lo bastante poderosa para destruir el pomposo monumento que glorifica tanto crimen, y que quede a la vista de todos, el cadáver horriblemente destrozado que se pudre allá abajo, a fin de que olviden para siempre, rencores y odios, que hagan posible semejante ignominia.

Desde la torre de Eiffel, el poeta contempla la ciudad a sus pies. Y al ver, que, desde la altura, ésta, con su agitación y movimiento, que, abajo, parecía sin razón, adquiere un ritmo hasta entonces desconocido, nuevamente piensa en que, vista con la distancia necesaria, la vida de los pueblos todos debe pre-



sentar también un ritmo y una razón de ser. Y así como los pueblos se unieron para construir una torre, ¿no pueden hacerlo para construir la paz? Y a la objeción de su amigo: —¿Acaso puede organizarse la paz?, contesta: —¿No se organiza la guerra? —Debe ser horrible, organizar un sentimiento, dice aquél. —¿Acaso una religión es otra cosa que un sentimiento organizado? Seamos constructores, ingenieros, de la paz.

En la opinión de Unruh, la culpa de que todo sea como antes, de que nada haya cambiado, la tienen los poetas, los escritores, todos aquellos que, convencidos de que la guerra es algo tan horrible, que la paz debería ser la única preocupación de todos, se apartan, por cobardía, por cansancio, de la política, y dejan el gobierno en manos inescrupulosas.

—¿Porqué el militar tiene tanto poder, y lo conserva?, le pregunta alguien alguna vez. En respuesta, Unruh nos describe su vida en la escuela de los cadetes, donde todo se reducía a un fin: hacer de un hombre un soldado. Su maestro le impuso un día severa penitencia, por haber exclamado: ¡Qué hermosa puesta de sol! No podía permitirse a un militar estas exclamaciones, buenas en boca de alguna niña romántica. De seres educados de tal manera, que todo sentimiento debía parecerles vergonzoso para un hombre, ¿qué otra cosa podía esperarse, sino instintos guerreros y afán de conquista? La guerra era, para todos, la realización de aquello para lo cual habían sido educados. Ludendorff fué educado en una escuela de cadetes semejante. El día que sus dos hijos murieron, en distintos frentes, fué a presentar su informe al Cuartel general del Kaiser. Este estaba almorzando, y, levantando su copa, le dijo: —Por sus héroes, General, — y éste, sin un gesto, bebió champán a la muerte de sus hijos. Quien hacía alarde de un dominio tan grande sobre sí mismo, no era, seguramente, persona para retroceder ante mayores sacrificios, llevado por proyectos ambiciosos, y un patriotismo mal entendido.

Mientras los seres sean educados así, dentro de los estrechos límites del nacionalismo, con el odio a todo lo extranjero, en el afán único del engrandecimiento de su patria, en detrimento de la patria de los otros, la guerra será inevitable y segura. Esta es la conclusión: Hay que ser soldado de la paz.

como hasta ahora se era soldado de la guerra; hay que hacer la paz. no soñarla. No basta la literatura, no basta el pacifismo. No hay cansancio que valga. ¿Qué pacifista se ha entregado al pacifismo, tan en alma y cuerpo, como ese Ludendorff, que no se conmovió con la muerte de sus hijos, se entregó a la guerra, para la cual, es cierto, le educaron toda su vida?

---

Naturalmente. Unruh es presentado en los círculos intelectuales de París. En pocas palabras nos pinta la impresión que le han causado los diversos personajes. Pasan en incesante desfile Cachin, que le llama: el joven Danton, Mme. Clemenceau, la cuñada del Tigre, el poeta Soupault, admirador de Gandhi, André Gide. “la única cara que ví entre muchas máscaras, una noche, en el teatro”, escribe.

Conoce así a Paul Valéry, con el cual conversa de cosas sin importancia: hablan de una traducción alemana de los versos de Valéry, y si el traductor es bueno, “en verdad, es completamente indiferente lo que dice este señor de smoking, que se llama Paul Valéry; podría ser el señor X. o Z. si no fuera por sus ojos, que hablan un lenguaje aparte”.

Es compañero de mesa de María d’Annunzio, con la cual se siente incapaz de entablar conversación, porque le impresionan demasiado sus ojos azules, y las huellas que ha dejado en su rostro, aún bello, la tristeza de una existencia fracasada. Uno de los presentes le cuenta luego, que ella recibe a veces telegramas de Gabriele d’Annunzio, afirmándole que solo a su lado quisiera morir, y el chismoso añade: ¡Pobre María! ¿por qué nadie quiere vivir con ella?

Asiste a una comida en el Pen-Club, el club de los literatos, con ramificaciones internacionales. Es la primera vez, desde la guerra, que ciento cuarenta franceses se reúnen a comer con un alemán, le asegura su amigo el músico, en cuya casa vive. Y para asistir a esa comida, se compra un par de zapatos de charol, a indicación de su amigo; pero estos zapatos de charol, constituyen un motivo de gran aflicción para los dos. —“Son como espejos, escribe Unruh, — cuando me miro en ellos, me reflejo todo entero: lo más pequeño es la cabeza, luego mi fi-

gura aumenta de tamaño y lo más grande son los zapatos de charol. Es horrible la importancia que pueden adquirir unos zapatos de charol. Todos mirarán estos zapatos, y sin embargo, nada tengo que ver con ellos, y ellos nada tienen que ver conmigo. ¡Si con ellos hubiese yo luchado ante Verdun! Hay muchas clases de zapatos, pero el menos útil es el de charol. Cuando chico, lo que más admiré en mi padre, que era militar, no fueron sus condecoraciones, fueron sus zapatos de charol. En la forma de unos zapatos de charol, la ambición entró en mí, y hoy, cuando he visto el lujo de los zapatos de charol manchados con sangre humana, tengo que ponérmelos para ir a una cena que dan en mi honor, porque he escrito mi libro de la guerra. Porque he escrito el libro de los pies que se helaron en las trincheras, que, sin zapatos de charol, tuvieron que marchar a la muerte. ¿Acaso este zapato de charol, no tiene la culpa de todo ese horror? Este zapato de charol que abriga el pie de los diplomáticos, de los ministros, de los militares, de todos esos que se pasean por los salones de la Wilhelmstrasse o del Quai d'Orsay? ¿Acaso San Francisco, o Dante usaron zapatos de charol?"

Sin embargo, con zapatos de charol, va a la fiesta del Pen-Club. Tiene que preparar su discurso: ¿Qué decir? ¿Que no cree que el Pen-Club evitará futuras guerras, si todos los escritores no se comprometen solemnemente a no escribir jamás, una sola línea en favor de ella? —Eso no es posible, amigo mío: los estatutos excluyen cualquier fin político, le recuerdan.

Cuando han llegado al local del Club, pasan cerca de la cocina, y Unruh tiene oportunidad de escuchar la conversación del Chef de cuisine, que demuestra un gran interés por ver al poeta, cuyo libro *Verdun* ha leído. Contesta uno de los mozos, que ese interés ha de dejarlo muy sin cuidado al autor, pero el cocinero repite enojado: —En ese caso, no es un hombre de corazón, y un hombre sin corazón no es un poeta, es un hombre frívolo. Yo nunca he sido partidario de la guerra. Fuí, porque me obligaron. Como nos obligaron a todos. Si eso le es indiferente, no voy a creer va en nada bueno en el mundo. Y si es así, preferiría haber cocinado para los puercos, y no para ellos".

Pero Jacques, su amigo, no le deja seguir escuchando, por más tiempo, al cocinero. Hay que hacer las presentaciones, lue-

go comer, ser amable, sonreír. Se pronuncian los discursos, los brindis de práctica en toda comida. Y sólo hay cinco hombres, a los cuales anima el mismo espíritu que Unruh, son cinco franceses que lucharon en Verdún. —“Solo seis almas encontré en la comida del Pen-Club, los cinco ex combatientes de Verdun, y el cocinero”. (Este cocinero, le manda durante la comida un papel, rogándole mire por un momento la galería que rodea al salón: desde ahí contempla al autor de *Verdun*, pero quiere ver sus ojos).

—“¿Porqué, se pregunta el escritor — solo los que han luchado en el frente fueron capaces de romper con la tradición del pasado, porqué sólo con ellos me era posible entenderme? ¿Porqué solo con ellos me sentía uno, en los propósitos e ideales? ¿Es que sólo de semejante horror, como el de la guerra, podía nacer esta comunión de espíritus?”

Del Pen-Club van a casa de Georges Duhamel. Duhamel es médico, y durante la guerra publicó su libro *Vida de los mártires* (traducción castellana de Rafael Calleja) en que, con mano maestra, traza un cuadro de la dolorosa vida del hospital, y de los heridos que pasan por sus manos. Aquí se encuentra con una serie de artistas y escritores, como Vildrac, Durtain, Balzaquette, el pintor Manguin, que lo reciben con los brazos abiertos. ¡Qué diferencia con la comida del Club, donde todo eran frases, sonrisas vacías! Aquí se siente una profunda convicción, un afecto sincero que no está minado por la envidia. Y, de pronto, piensa que, en su patria, no encontrará jamás, alrededor de una misma mesa, como si fueran hermanos, los grandes cerebros de la época; no existe esa hermandad espiritual.

Interesante, también, es la descripción que Unruh nos hace de su encuentro con la Condesa de Noailles, en los salones de su amigo, el músico Jacques. —“Anunciaron a la Condesa, y todos quedamos mirando hacia la puerta. No se veía a nadie, sólo se sentía un fuerte perfume primaveral. El perfume iba aumentando de intensidad, y, de pronto, ella estaba entre nosotros. ¿Cómo entró? Envuelta en su traje negro, con un chal bordado en oro, me alargó su pequeña mano gordita, para que la besara”. La Condesa de Noailles parece ser una entusiasta de Einstein, y refiere en seguida, las conversaciones que con él

sostuvo, durante su estada en París: “Para mí — dice — es el hombre más grande del siglo”. Durante la cena, la Condesa declara que ella es una gran poetisa, y también, que no es buena, al contrario, sumamente cruel, y, sobre todo, con los hombres que la aman. En homenaje a Unruh, cuenta sus recuerdos de Alemania: —“En Weimar, visité la hermana de Nietzsche. Ella me regaló siete hojas de la corona de laurel, que Nietzsche tenía sobre sus rodillas al morir, y me dijo: Madame, si mi hermano la hubiera conocido, Vd. hubiera sido el gran amor de su vida. —¿Quién no ama a Nietzsche? Yo lo admiro. Y me considero “superhombre”. Un genio. ¿Porqué seré un genio?”

Por fin llega el día designado para la visita a Barbusse. Camino de su residencia, se detienen en Ermenonville, para visitar la tumba de Rousseau. Almuerzan en Senlis, y luego recorren la ciudad, mientras Jacques cuenta los hechos históricos, que la han tenido por escenario. De pronto, se encuentran ante un barrio en ruinas. Son las huellas del paso del ejército alemán. Unruh, ante los escombros de tantos hogares, siente que toda la Francia se levanta contra él. Le parece que en la calle, la gente se detiene, que el vigilante se acerca, y piensa, si no lo ha traicionado su cabello rubio. Y lo único que puede decir es: “Perdón, Dios mío, perdón”.

Han llegado, por fin, a la casa de Barbusse. El timbre despierta un perro, que ladra. Tras él viene Barbusse, un poco inclinado hacia delante, con un cigarrillo en la boca. Nos hace entrar, y estrecha mi mano. Jacques me mira como en sueños. Qué puedo ofrecerles, dice, y encoge su alta y delgada figura, como si tuviera miedo de tropezar con el techo. —Un licor naturalmente, y algunos bizcochos. Descorcha una botella, y luchando contra la tos que, a veces, le impide hablar, exclama: —Ya sé que todos Vdes. me creen un loco, un loco que hace traición al arte. Pero, la verdad, messieurs, yo no hago compromisos. Ya no escribo. Me ocupo de algo más importante que la literatura: estudio la historia del socialismo. Se escribe demasiado. ¿De qué sirve escribir? Los hombres han publicado ya bastantes ideas contra la guerra. *Il faut réaliser ces idées*. Yo no puedo vivir en París. ¿La République française? El estado más reaccionario de Europa. Castas. Privilegios. ¿Y

los salones? ¿Los salones de París? ¿Fué para eso, que veinte y seis estados lucharon "por la justicia?" Todo está como antes de la guerra. Cuando estuve en las trincheras, y los cadáveres flotaban sobre el agua como islas, creí que no había nada más horrible en el planeta, y que los millones que saldrían con vida de allí, se unirían, para hacer imposibles, cosas semejantes. Eso lo soñé. Lo confieso. ¿Qué se ha hecho? La ocupación del Ruhr, ¡qué injusticia para Alemania! La guerra sigue, como si aún estuviésemos detrás de los alambres de púas, en las trincheras. Es que la guerra sólo fué el segundo acto, el tercero ya llega: Revolución. ¿Porqué — interpela bruscamente a Unruh — en su patria no realizan el comunismo? Porqué, contesta éste, he luchado durante la guerra. — Excusez, dice Barbusse. —¿Acaso yo no he estado en la guerra? —Sí. Pero Vd. dice, que entonces quiso matar el espíritu de la guerra, venciendo la Alemania militarizada. Ahora, ¿dónde pretende matarlo? ¿en los capitalistas? ¿Acaso desaparecerá la guerra, cuando haya triunfado el comunismo? Ese comunismo que Vd. predica, Barbusse, ¿es acaso aquel que unía a los primeros cristianos y que nacía del amor? ¿Acaso no nace del odio? ¿Y el odio no engendra siempre odio... y guerra? Entonces, ¿dónde hay que matar el espíritu de la guerra?, pregunta Barbusse. Dentro de nosotros mismos.

---

Y así llegamos al final del libro. Su estilo, sus descripciones, sus ideas, impresionan vivamente. Los personajes que se nos ha mostrado, parece que los hubiéramos conocido personalmente, al mismo tiempo que no podemos menos que desear, que el pacifismo del autor deje de ser un mero ideal.

INGEBORG SIMONS.

La Plata.

## LAS COPLAS ACRIOLLADAS

UNA de las tantas virtudes que hay en la copla criolla es la de ser copla peninsular. Con solo un par de tijeras y los cinco volúmenes de cantos populares españoles que don Francisco Rodríguez Marín publicó en Sevilla, me atrevería yo a rehacer el *Cancionero Rioplatense* de Jorge Furt. Sus requiebros, sus quejumbres de ausencia, de altanería, sus estrofas eróticas, no son de raíz hispana: son de raíz, tronco, leña, corteza, ramas, ramitas, hojarasca, frutos y hasta nidos hispánicos. Pasaré de lo jardinero a lo monedero y lo diré otra vez: son calderilla castellana que pasa por cobres argentinos y a la que no le hemos borrado el leoncito. Esa no inventiva es medio desalentadora, pero para desquitarnos de ella, basta considerar las coplas de broma y las de jactancia. Son nuestras y bien nuestras. Todavía queremos y padecemos en español, pero en criollo sabemos alegrarnos y hombrear.

Al decir coplas de jactancia, no he pensado en las coplas provocativas, que esas las usan en España también y no muy desiguales, por cierto. Dice una copla porteña, de compadritos:

Soy del barrio e Monserrá  
donde relumbra el acero;  
lo que digo con el pico  
lo sostengo con el cuero.

Y otra:

Soy de la plaza e Lorea  
donde llueve y no gotea;  
a mí no me asustan sombras  
ni bultos que se menean.

Vayan dos coplas de Andalucía, de palabras diferentes y de alma igual:

Del barrio del Picón semos  
y lo que digo no marra:  
si hay alguno que es valiente  
que salga por la guitarra.

Esta noche ha de llover  
que esté raso, que esté nubló:  
ha de llover buenos palos  
en las costillas de alguno.

Las que no tienen parangón español son las coplas de hombría serena, las coplas en que se manifiesta el yo totalmente, con valor profundísimo:

El que de firmeza es firme  
lleva consigo un caudal:  
lo mismo afirma una cosa  
que se le afirma a un bagual.

Yo soy como el parejero  
que solito me levanto.  
Ande no hallo resistencia  
muerdo el freno, me alzo al campo.

Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
cantando me he de ir al cielo,  
cantando cuenta he de dar.

Al último verso de esta copla lo juzgo nobilísimo. Los tres que lo preceden guardan evidente afinidá (no sé si paternal o filial) con un pasaje famoso del Martín Fierro; el último es la más ceñida y verídica definición del poeta que jamás he alcanzado. Confesión de Juicio Final, resumen de un vivir, alegato para lo eterno son los versos de veras y no pensaron otra cosa el salmista y Jorge Manrique y el Dante y Browning y Unamuno y Whitman y quizá nuestro payador.

Una cosa es indiscutible. Al acriollarse, la copla sentenciosa española pierde su envaramiento y nos habla de igual a igual, no como el importante maestro al discípulo. Transcribo una copla peninsular, de esas que lo sermonean al auditorio:

Querer una no es ninguna,  
querer dos es vanidad  
y querer a tres y a cuatro  
eso sí que es falsedad.



Aquí está la variante criolla, conforme en la provincia de Buenos Aires suelen cantarla:

Querer una no es ninguna,  
 querer dos es vanidá;  
 el querer a tres o cuatro  
 ya es parte de habilidá.

Sucede igual con el refranero. Ya sabemos lo que son los refranes: consejos que la muerte le da a la vida, abstenciones y astucias de las personas ejercitadas en dejarse vivir y en alardearse terratenientes del tiempo. El criollo no les cree demasiado. El aconsejador español, ese filósofo sedicente cuya barba cansada y cuyas pedagógicas charlas desanimaron tantas páginas de Quevedo, se ha hecho un viejo Vizcacha en este país y no sabe de solemnismos. El adagio *Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena*, ha sido aligerado en *Más sabe el ciego en su casa, que el tuerto en la ajena*; aquel de *Más vale llegar a tiempo que rondar un año*, en *Más vale llegar a tiempo que ser convidado*, y ha llegado también a mis oídos en esta ciudad: *Más vale pájaro en mano que afeitarse con un vidrio*. He aquí empezada la reformatión de proverbios que oyeron pregonar en una calle los dos afantasmados protagonistas de *El Criticón (Tercera parte, crisis El saber reinar)*.

En cuanto a las coplas burlescas, hay que separar las coplas rencorosas, satíricas, que son de tradición o espíritu peninsular, de las meramente retozonas que son bien criollas. En España son infinitas las coplas hechas a base de rencor; he aquí algunas:

Más allá del infierno  
 doscientas leguas  
 hay una romería  
 para las suegras.

Se lamentaba un fraile  
 de dormir solo.  
 ¡Quién pudiera en la celda  
 meterle un toro!

¡Quién tuviera la dicha  
 de ver a un fraile  
 en el brocal de un pozo  
 y arrempujarle!

El que quisiere mandar  
memorias a los infiernos,  
la ocasión la pintan calva:  
mi suegra se está muriendo.

Veinticinco palillos  
tiene una silla.  
¿Quieres que te la rompa  
en las costillas?

Anoche en tu ventana  
vi un bulto negro;  
yo pensé que era un hombre  
y era un gallego.

No jaserle ningún daño...  
sino una puñalaita  
que le parta los reños.

En el coplerío criollo también las hay de este jaez, pero carecen del ensañamiento español:

Del infierno adelante  
vive mi suegra,  
de miedo de quemarme  
no voy a verla.

Me pelié con la vieja  
por la muchacha.  
Me pegó con la escoba,  
le di con l'hacha.

Y ésta, de los malevones antiguos, en que lo porteño se ríe de lo francés, y el pañuelo de seda, del cuello duro:

Puro cuellito parao,  
puro yaquecito abierto,  
puro voulez-vous con soda,  
puro... que me caiga muerto!

Pero las coplas criollas de ley son aquellas en que se desmiente una espectación, en que al oyente le prometen una continuidad y la infringen de golpe:

Señores, escuchenmén:  
Tuve una vez un potrillo  
que de un lao era rosillo  
y del otro lao, también.

Orillas de un arroyito,  
vide dos toros bebiendo.  
Uno era coloradito  
y el otro salió corriendo.

En la orilla de la mar  
suspiraba una carreta  
y en el suspiro decía:  
esperate que están cuartiendo.

\*

\* \*

¿Autorizan alguna conclusión estas fragmentarias y atropelladas razones? Pienso que sí: la de que hay espíritu criollo, la de que nuestra raza puede añadirle al mundo una alegría y un descreimiento especiales. Esa es mi criollez. Lo demás — el gauchismo, el quichuismo, el juanmanuelismo — es cosa de maniáticos. Tomar lo contingente por lo esencial es oscuridá que engendra la muerte y en ella están los que, a fuerza de color local, piensan levantar arte criollo. Básteme citar dos ejemplos contemporáneos: Fader en la pintura y Carlos Molina Massey en las letras. El cacharro incásico, las lloronas, el escribir *velay*, no son la patria.

Lo inmanente es el espíritu criollo y la anchura de su visión será el universo. Hace ya más de medio siglo que en una pulpería de la provincia de Buenos Aires, se agarraron en un contrapunto larguísimo un negro y un paisano y se fueron derecho a la metafísica y definieron el amor y la ley y el contar y el tiempo y la eternidá. (*Hernández: la Vuelta de Martín Fierro*).

JORGE LUIS BORGES.

## POETAS AMERICANOS

### El alcázar de los prodigios

#### I

**¡A**MOR, vengo a cantarte, por lo mucho sufrido  
y lo mucho sangrado!  
¡Vengo a cantarte, Amor, por el rezo callado  
del corazón herido,  
que te sigue en la noche, como un astro asombrado!

#### II

¡Bendecida la hora que dá ocasión al canto  
del diestro dios pequeño  
que envuelve el orbe todo en lo azul de su manto!  
¡Alado dios travieso que la gruta del sueño  
enciende con su risa y apaga con su llanto!

#### III

¡Margarita de Fausto y Beatriz la del Dante,  
esmeraldas radiantes del joyel de la gloria!  
Oh vasos de victoria  
de esencia que esparce la queja suspirante  
de un amor de leyenda  
que de nombre en nombre por el espacio, errante!...  
¡sabrán oír mi canto, sabrán amar mi ofrenda!

IV

*Divinas Magdalenas, Julietas inmortales,  
 Marías universales:  
 por morir como flores  
 y ascender como santas:  
 ¡un enjambre de gracias y un tropel de fulgores  
 os besan las heridas y enfloran vuestras plantas!*

V

*¡Rey Amor legendario, rey todopoderoso,  
 alumbras las edades y encantas los palacios,  
 y vences las distancias con un poder radioso  
 que atraviesa las ondas y embriaga los espacios!  
 Y solo amor te llamas! ¡Amor!... qué breve nombre!  
 Cuatro letras no más, y cada una ¡un sol!  
 Cuatro letras no más, y el corazón del hombre  
 cabe todo entre ellas como en un caracol!*

VI

*¡Arbol de toda ciencia,  
 río azul y divino de virginal clemencia  
 que cruza el infortunio y por siempre lo encanta,  
 presidiendo el milagro del ensueño que canta!  
 La verdad de tu reino, tu sonora potencia  
 culmina en los altares del corazón del mundo!  
 ¡Fuera de tus dominios, qué oscura la existencia,  
 de la faz que rodea  
 al misterio profundo  
 que clava sobre siglos la antorcha de la Idea!  
 ¡Oh Amor, divino Amor, que lo engrandesces todo,  
 lo iluminas de modo  
 que le dás a las cosas entrañas fulgurantes!  
 ¡Si flotan tus pendones el aire está de fiesta;  
 la esmeralda del bosque se parte en mil diamantes,  
 ¡y hay un temblor de savia en la ardiente floresta!*

## VII

*¡Salve, a ti, cazador de las flechas floridas,  
¡salve, demonio y ángel, juntos en un abrazo,  
que eres al par que fuente rumorosa de vidas,  
madreselva olorosa a maternal regazo!  
¡Salve, iluminador de las almas creyentes,  
mago pintor de auroras sobre las blancas frentes,  
tú recorres el alba como una gran sonrisa,  
y guardas, entre rosas,  
las quejas, los suspiros, las reliquias gloriosas  
de Abelardo el amante de la dulce Eloísa!*

## VIII

*¡Qué alcázar de prodigio y de resurrecciones  
atesora el Amor! ¡Cuántas germinaciones  
de misterio divino, bajo su claridad!  
¡Qué brillar de promesas, qué ansia de perfecciones  
pasan bajo los arcos de su gran santidad!*

## IX

*¡Oh, Amor, que nos haces claros los horizontes,  
alegres los caminos, luminosos los montes  
que escalamos, corriendo, por más altos que estén!  
Renovando las almas, te renueva a ti mismo  
porque en ti está la rosa de luz del idealismo  
que encendiera en Oriente la estrella de Belén!  
¡Glorificado seas, Amor, por tu armonía  
que va de siglo en siglo, como en una ascensión...  
atrayendo la noche al fuego de tu día,  
¡y haciendo en cada estrella tu glorificación!*

## X

*¡Glorificado seas, por el cielo que aspiras,  
por la tierra que enfloras, y por todo lo que eres  
en fragancia y sonido en la reja y las liras,  
y en salvación eterna de todas las mujeres!*

## XI

*Margarita de Fausto y Beatriz la del Dante,  
Judít, Leonor, Francesca, Desdémona implorante,  
yo os escucho, gozosas, en vuestra soledad,  
por el amor que os hizo radiantes heroínas;  
y os contemplo, dichosas, de alumbrar con espigas  
que son vuestras, la noche de la inmortalidad!*

OSVALDO BAZIL.

(Dominicano).

Madrid, 1925.

## En la noche

**E**STÁ la noche negra, negra y evocadora  
¡qué negror infinito llora sobre la tierra!

*No hay una estrella ;ni eso! lejana, allá en el cielo,  
perdida allá en el cielo, ni una estrella lejana.*

*Sobre nosotros caen la sombra y el silencio;  
es decir, sobre nuestras manos, nuestros ojos, nuestro rostro.*

*El viento de la angustia aúlla en los caminos.  
Está la noche negra, negra y evocadora.*

*Pero tú traes, niña, mujer querida y buena.  
tú traes el beso y la canción.*

*Tras la ventana dice la abuela: hijito mío,  
en estas noches Dios se aleja de la tierra.*

*En la penumbra gimen los rezos fervorosos.*

*Jiran, cual mariposas en torno de la lámpara,  
las voces de los niños.*

*¡Que Dios libre a los náufragos, que Dios salve a los barcos  
perdidos en el mar!*

*¡Que el Señor guíe el paso del mendigo extraviado,  
y que ampare a los niños que no tienen hogar!*

*Alguien llora en la sombra.*

*Ah niña, está tan negra  
la noche, está tan negra la noche por la tierra!*

*Bah! perdóname, dame tu beso y tu canción.*

*Oigo una voz, oh dulce mujer querida. ¿No eres  
tú? Y es tan triste la voz que allí suspira!*

*No eres tú, no eres tú. ¡Será entonces la queja  
resignada y amante de Solveig? Talvez ella...*

*Yo tengo aquí tus manos, tu boca y tus pupilas.  
Tu cuerpo junto al mío arde como una llama.*

*Yo estoy alegre y canto. ¿No es tu canto, este, el mío?  
Oh querida mujer, no eres tú, no eres tú!*

*Esa voz, la que reza, espera en el amor  
y tú, mujer, tú tienes el beso y la canción.*

*Está la noche negra, negra y evocadora.  
¡Cómo estarán los otros, los sin amor, Dios mío!*



*Yo me arrodillo y te doy las gracias  
por esta boca perfumada que me da su canción,  
por estas manos que resplandecen en mis manos de sombra,  
por estos ojos que llenan la noche de estrellas.*

*Por los caminos la noche negra...*

FERNANDO BINVIGNAT.

La Serena (Chile).

## LOCURA COSMICA

**H**AMLET González fué un muchacho misterioso y, después, un hombre triste.

Cuando, en la Universidad, estudiaba ciencias jurídicas, todos le reconocíamos talento, pero un talento raro, que no causaba envidia a ninguno.

¿Por qué jamás lo elegimos para pronunciar un discurso, ni lo solicitamos para que formase parte de nuestras asociaciones literarias o jurídicas, relacionadas con la vida de la Universidad?

Tampoco lo hacíamos objeto de nuestras constantes bromas.

Hamlet González pasaba sereno, serio, casi triste, mas no agobiado, a la vera de la algarabía estudiantil.

Como una mirada pensativa sobre la honda huyente de un río, era Hamlet con relación al exultado raudal de nuestra vida. Y por su mirada, y por su andar pausado y por el desliz de su psiquis al margen del alma estudiantil, presentíamos que nuestro condiscípulo (no se le podía llamar compañero), estaba unido con infortunado lazo al enigma del universo.

Cuando entraba invariablemente con su libro bajo el brazo, al patio de la amplia casa de las ciencias, decían unos a otros, sin acercársele: "es Hamlet González", aunque hartos lo sabían todos.

Algunos, los más sutiles, afirmaban que el joven tenía en la mirada una expresión de astro declinante. Otros, que caminaba como un resucitado, y que como él sin duda habría andado Lázaro apenas redivivo. Y no faltó uno que dijese que lo imaginaba sin padre, como si hubiese nacido directamente de lo increado en el seno del cosmos.

En fin, yo mismo ignoro por qué citó estas apreciaciones caprichosas y tontas; pero debo decir que sin saber la causa, se me han grabado en la memoria indeleblemente... Intuitivamente "sabíamos" que existía una relación psíquica, aunque misteriosa, entre el joven González y el Todo.

Hamlet, entre la ciudad bulliciosa, vivía solitariamente, como un árbol erecto en dilatado silencio.

Una vez lo ví sufrir horriblemente. Un muchacho estudiante escribió en la pizarra pequeña donde se anotaban los temas de trabajos escritos, esta definición: "Hamlet es el hombre cósmico".

Cuando la leyó González, empezó a temblar y quedó palidísimo y ojeroso, como un fantasma que estuviese por diluirse en el aire. Pero se repuso pronto; y entonces le ví en los ojos una voluntad firmísima. "No, pensé, no debe definirse a Hamlet como el hombre cósmico solamente. Lo principal es otra cosa".

Desde ese día, ineluctablemente, en todos los de mi vida, pienso por lo menos dos minutos en Hamlet, con la determinación de un algo misterioso...

---

"En la villa La Concepción, Departamento de Capayán, provincia de Catamarca (en la Rep. Argentina) el día veintidós de Enero, recibo esta terrible noticia: "Mañana estaré contigo, espérame. Hamlet González".

Así lo tengo anotado en mi libreta.

No hay duda que la vida al lado de Hamlet fué para mí un verdadero martirio. En compañía de él estaba en continua presencia del abismo. A través de su cuerpo "veía" el infinito poblado de estrellas y palpitante de misterio; y los pensamientos que todo ello me proporcionaba eran profundos pero dolorosos.

Lo que primero me extrañó fué que, en la vida veraniega, Hamlet se lo pasaba dormitando casi todo el día. Soñoliento almorzaba ligeramente y volvía al sueño, hasta que, a la hora crepuscular, me invitaba a dar un paseo por los callejones frágiles a arbustos esenciales y llenos de deliciosa frescura.

Hablábamos indiferentemente, pero yo sabía que muy pronto

aparecería su conversación predilecta, y la esperaba, debo confesarlo, con ansiedad; pero como al mismo tiempo la temía, no la provocaba nunca.

En cuanto palpitaba un astro en los cielos, Hamlet se ponía meditativo, solemne, casi triste, e inmediatamente hablaba de sus amados misterios.

Sobre un alcor, en la senda estrechada por el avance de arbustos espinosos y fragantes, se detuvo un día a esa hora, y me dijo:

—Imagina un microbio asido a una partícula de tu sangre, inmerso en la cálida circulación.

—Fácil es imaginarlo, le contesté, porque es algo muy real.

—Toda *manifestación* es real, es decir, es material, me dijo con fastidio. Un sonido que hiere tu oído es materia, porque es algo que se *manifiesta*, y un pensamiento de tu cerebro tardo, también es materia — añadió con marcada ironía, molesto por la vulgar observación que había interrumpido su discurso.

—¿Un pensamiento? — no pude menos de preguntarle.

—Un pensamiento, sí. El pensamiento es como el perfume; emana del cerebro en partículas sutiles a través del cráneo, en forma de ondas. Al rededor de tu cabeza hay un halo imperceptible a la vista, de materia pensante; pero algún día, así como tenemos los ojos para recibir la luz, tendremos el órgano que recibirá la onda pensante, y nos comunicaremos sin palabras.

—Y ¿qué será entonces del mundo del pensamiento íntimo?

—No le habrá para quien lo observe, me dijo. Todas las intenciones, todos los pensamientos, serán recogidos por los órganos alcanzados en la irradiación de la materia pensante, como en el caso de un radiograma. Así como el hombre ha creado el "aparato" receptor de la onda hertziana, la naturaleza, en virtud de la ley de Spencer, creará el "órgano" receptor de la onda-pensamiento. Y en rigor, aquellos aparatos no son sino anticipaciones de los nuevos sentidos — o de los sentidos ampliados — porque un día llegará en que percibiremos en nuestro cuerpo, por su órgano, la diversa vibración de la materia, además de la luz y del sonido. Todo lo que es "energía dinámica" lo recibiremos en órganos especializados. Y sino, piensa en cómo se oía antes.

—¿Cómo?

—Por todo el cuerpo se percibía la vibración del sonido, hasta que al fin la naturaleza habilitó para ello su órgano... pero me has desviado de mi asunto... ¿lo temes acaso? ¡Cómo huyes del pensamiento, débil criatura!

—¿De tu asunto? — le dije confuso. — Hablabas del microbio asido a una partícula de mi sangre.

—Eres un dioscecito de microbios — me dijo y, disipando su mal humor, rió burlonamente. — ¡Un dioscecito cobarde!

—¿Yo, temer al pensamiento? — (y pensé: “este Hamlet es un hombre terrible”).

—Sí, me dijo ya serio. — El hombre es un ser contradictorio. Anda en busca de la certidumbre, pero no hay nada que tema más que un pensamiento original y robusto. Es con la Verdad como con los espectros. Se desvive por conocer los secretos de ultratumba, pero en cuanto cree que se le presenta un espíritu, desmaya de terror. — Y volvió a reir alegremente.

—¿Y tú no temes? — le dije algo irritado.

—¿Yo, temer? ¡Es él que me teme! ¡Yo soy terrible! Y al pronunciar “yo”, lo hacía como si fuese un “yo” distinto de él, pero que en él habitase. Ese “yo” era el terrible, el que luchaba con “El”.

—Y ¿quién es “El?” — le dije otra vez confundido.

—El... ¿pero a dónde quedó nuestro asunto?

—Cierto; lo del microbio.

—Pues bien; ese microbio anda en tu sangre para él más veloz que para nosotros el astro a que estamos también “asidos” como a una “partícula” del Universo. Y si ese microbio pensara, tendría una religión, como tú. Y argumentaría así: —“¿Quién ha hecho estas maravillas? Dios, se contestaría, las ha formado de la nada”. Otro microbio pensaría que los dioses son muchos, hasta que, al fin, un microbio más pensador, descubriría el Dios-Universo, que serías tú mismo. ¿No te dije que tú eres un dioscecillo de microbios?

—¿Y el universo nuestro?

—¿Por qué no ha de ser también otro dioscecillo, en proporción, un “dioscecillo de microbios?”

—¿Y en tal caso?...

—Así como tú, para el microbio asido a una partícula de tu

sangre eres inmortal, él, en cuya partícula viajamos, es también inmortal, absoluto, *para nosotros*...

—¿De modo que todos esos atributos?...

—No existen.

—¿Y entonces?...

—No tiembles... hay otra cosa. ¡Mejor dicho, tiembla, tiembla, pobre ser humano!

—¿Y tú no tiembles?

—¡Yo no tiemblo, no tiemblo ante los diosecillos de microbios! ¡Soy un verdadero rebelde! ¡He luchado contra Dios, y lo he vencido! Es otra cosa...

—¿Qué cosa? — le dije temblando de pavor, aunque pensando: "este hombre está loco".

—¡Tú, Tú, Tú mismo; ese otro Tú que hay en tí! ¡El otro Yo que hay en mí!

Aunque me infundía terror, y aunque me atraía como el abismo, comprendí que si Hamlet González no estaba loco, marchaba aceleradamente a sumergir en la locura su gran espíritu.

Pronto descubrí que su somnolencia diurna dependía de que por las noches íbase sigilosamente de su habitación al espacio abierto, y andaba de un lado para otro, o se detenía a pensar hondamente, bajo el cielo estrellado.

Una noche lo seguí con gran tiento, y descubrí en mi amigo extraños soliloquios. Hablaba directamente con la materia y con las cosas increadas. Pero no noté a la vislumbre nocturna, o en pleno día, jamás, en sus ojos, un verdadero relámpago de locura. Su mirada generalmente era firme y denotaba un heroico empeño, una ansiedad potentísima y una rebeldía ingente, pero íntima, de alma pura y honda. Parecía rebelarse contra la materia y estar en permanente lucha con el universo por arrancarle sus secretos y dominarlos y dirigirlos a su antojo.

Había en sus doctrinas un sentido esotérico que jamás me lo revelara y que creo haber descubierto en sus monodialogos, mientras él hablaba y se contradecía en sus profundas soledades coronadas de palpitación astral.

Una noche (yo sentía ya su irresistible atracción) pude oírlo y verlo muy de cerca, oculto por un arbusto.

Hamlet levantó un puñado de tierra y lo dejó caer en polvorosa lluvia junto a sus pies, diciendo:

—¡Tengo que pasar a través de tí, materia opaca, velo martirizador, pues solo tú me detienes! ¡Quiero difundirme en el Universo, yo, Hamlet González! ¡Quiero entrar en el concierto de las grandes fuerzas, pasar a través de ellas, vencerle a El y encontrar al Otro, esa Gran Posibilidad que presiento detrás de este polvo terrible!

Atendió un instante el rumor del viento y pareció contestarle:

—¿Sí? ¿En la menor partícula de polvo palpita Dios? Yo te contesto que cuando *nuestro* universo muera, morirá *nuestro* Dios. El Otro es el que palpita a un tiempo en todas partes. En todas partes, ¿oyes? aunque se asienta especialmente en el cerebro del Hombre. Pero duerme aún. El Otro, si llega a manejar las infinitas energías del o de los universos y a sentir en sí la vida de todo, quizá de “todos” los cosmos, *será el que es*. ¿Qué sería del “diosecillo de microbios” si nuestra materia, furiosa, se desencadenase de la forma en que dormita? Hay que crear al Otro, al Ser, para que, con clara inteligencia, *dirija* la evolución de la materia.

Contempló después con una mirada terrible y centelleante el cielo estrellado, los árboles, las cumbres, el suelo y, tendiendo la mano como en un ademán oratorio firmísimo, exclamó:

—¡Quiero difundirme en el todo, sin necesidad de la muerte, por un soberano y supremo acto de voluntad! ¡Quiero tener en un puño todas las leyes de lo creado y dirigir y cambiar, como convenga, el curso de los astros, darles o quitarles atmósfera, otorgarles plenitud de vida, acercarlos o alejarlos de los soles, intensificar, engrandecer los posibilidades de evolución, crear seres grandiosos, ensayar, en fin, *voluntariamente*, fecundas y luminosas combinaciones con todas las energías del universo! ¡Eso es ser! ¡Esa Gran Posibilidad es el verdadero Dios! ¡Hay que conquistar la Divinidad venciendo al diosecillo inconsciente! ¡La verdadera divinidad reposa en el seno del Hombre y palpita apenas en el Todo, y en todo! Este Dios de nuestro universo, el que

yo ya he vencido, es grande pero no es de una conciencia luminosa, de una *claridad voluntaria*. Es un Dios ciego. Bien puede ocurrir que la energía que constituye la diversidad de la materia escape de las cadenas de las formas, y entonces la virtud primordial de toda cosa se lanzará a otro universo e ingresará en otro dios como el nuestro. O por lo menos, la materia puede degradarse en jornadas inútiles, ¡lo ha hecho tantas veces! y escapar la suprema posibilidad. Es necesario crear al Dios de Claridad Voluntaria y entonces tendremos el Dios Verdadero. Por eso he dicho que el Otro es una suprema Posibilidad que el Dios nuestro no alcanzará ya nunca. Dios ha fracasado; y lo que no ha hecho en la eternidad ocurrida y ocurrente ya no lo hará jamás. Es un Dios caduco, y hay que reemplazarlo por el Otro. El Otro dirigirá conscientemente la evolución y podrá forjar seres grandiosos que serán al fin omnipotentes. ¡Hay que dirigir la evolución!

En eso escuchó la voz de un chorro de agua que parecía proclamar que todo es bueno, como lo propala el Génesis. Y le contestó:

—Tú niegas, alabando la obra hecha. Tu acento es rutinario, porque tu alma es nítida, y es nítida porque es poco profunda. En cambio mi corazón es hondo y turbio e inmensamente rebelde. ¡Si yo pudiese difundirme en la noche plena de estrellas, sería el Otro, la Gran Posibilidad individualizada!

Así eran sus monodialogos. Después de oirlo, y de conocer su impresionante vida de noctámbulo, comprendí que la idea fija de difundirse en la noche estrellada, de producir la Suprema Posibilidad, el Otro, le habían ganado la conciencia, y que su locura era incurable. Me extrañó sobremanera no haberme apercibido de ello antes, pero comprendí que en el conjunto de sus discursos sus expresiones cobraban un fuerte sentido lógico, aunque extravagante, razón por la cual su locura completa escapó de mis apreciaciones. Si tomaba, en cambio, expresiones sueltas, ideas fragmentarias, su locura resultaba indudable. Afirmar, por ejemplo, que Dios era caduco, que había fracasado ya, y que él, Hamlet González, lo había vencido, ¿no era un soberano disparate? Pero en conjunto, ello podría ser quizás un soberano pensamiento...



Entonces resolví abandonar el pueblecito de montaña, sin que lo supiese Hamlet, y asegurarle en Concepción la vida, donde sin duda él se quedaría por el amor de su pura y palpitante noche.

Pero he ahí que conforme formé esa resolución, Hamlet me arrastró consigo a sus soledades estrelladas. Tomó una pala de cavar y, ya en la sola intimidad de la noche profundizada por los astros, comenzó a abrir un pozo en la tierra húmeda y preñada de gérmenes y posibilidades. Pronto cayeron gotas de sudor en la tierra removida. Se detuvo un momento, hurgó la materia por excelencia con la propia mano, le tomó su olor a fecundidad, la miró profundamente, y me dijo, con voz que la ansiedad dejaba temblorosa y apagada: —¡En este polvo húmedo y oscuro reposa el Gran Secreto, hermano; es necesario que la tierra responda! ¡No me engañas, polvo divino, a pesar de tu forma oscurificada! Tú fuiste materia ígnea, rayo de luz, gas luminoso, rubia crin de un sol vivo! ¡En tí dormitan sordos rumores que resueñan desde la eternidad cosmogónica! ¡Yo los oigo con el alma alerta y no me fatigo jamás con el divino monólogo de las cosas! ¡Todo habla lo mismo, pero tu idioma es más vasto y profundo que el de las otras cosas! ¡Yo soy tu enamorado eterno, tu mártir constante! ¡No hay más belleza que tú, no hay más filosofía ni más ciencia que tú, porque tú eres el origen, la fuente, el manantial eterno! ¡Te amo más que a las formas de la hembra, donde en hoguera de resplandeciente blancura o en llama de moreno color, se consume el deseo! ¡Te amo más que a la religión y al Dios que tú misma engendraste, más que al ideal más puro y que al pensamiento más sutil que latían en tu entraña morena, de color de fecundidad y con perfume de milagro! ¡Yo soy tu amante desesperado, porque nunca te me entregas y siempre me eres huyente en la infinita y proteica forma en que escapas de la posesión imposible que es el ardiente y único anhelo de mis días y el prolongado dolor del desvelo de mis noches! ¡No te me entregas nunca! ¡Jamás me otorgas la aprehensión de las energías titánicas y divinas que desfallecen en la opacidad silenciosa de tu entraña! ¡Oh Tierra, oh cruel amada hecha con polvo luminoso del cosmos, tenme caridad por el dolor inmenso de las odas de amor con que te canto! ¡Tenme compasión por el erotis-

mo con que hundo mis uñas en tus senos hinchados con el jugo del cosmos! ¡Permíteme que me insuma en tí, que te penetre en una inmisión de mi ser en la materia grandiosa! ¡Quiero ser y desaparecer en tí como el perfume diluido en el océano atmosférico, como el grito difuso en la extensión inmensa! ¡Quiero diluirme en tí; dilatarme, sin abandonar la conciencia, en tí; ser, morar en tí íntimamente, ser y pensar en tí!

Y mientras hablaba de tan ardiente y amorosa manera, revolvía con sus manos la tierra preñada de gérmenes.

Por fin, Hamlet González, en el paroxismo del dolor y la pasión por su amada la Tierra Polvorosa, cayó sobre ella y bañó su cruelísima mudez con lágrimas tan hondas, que parecían brotar del seno de la noche, de la entraña del Todo, y en cada una de cuyas esferitas transparentes se reflejaba el destello de enigmas invisibles y remotos, presentes y eternos.

Luego se paró y extendió en cruz los brazos, como si fuera a difundirse ya en la estrellada noche.

Yo lo tomé instintivamente del cuerpo como para retenerlo en la superficie terrestre, en ademán indigno de conservación de las formas fugaces de la vida accidental, y entonces él me miró con tal desprecio y al mismo tiempo con tal dolor por mi presencia, que huí a su vista como para indicarle que abandonaba el lugar de sus tristes soliloquios, dejándole dueño solo de la noche paramentada de astros.

Y esa misma noche, desesperado, partí de la población veraniega huyendo con mi pequeñez lógica del contacto terrible de la locura de Hamlet. Y llevé a la ciudad distante, a guarecerlo en la vida cotidiana, mi microcosmos de intentos pequeños y de ideas también pequeñas, biológicas, vulgares, comunes a todos los miserables seres que pululan y traquean en la vida.

---

A los varios días me llegó la noticia de que Hamlet González había muerto en el pueblecito veraniego. Se lo encontró tendido de bruces sobre la tierra removida que él amara tanto. Tenía en el rostro sucio de polvo, dicen, la expresión de un descanso y de una satisfacción inmensos. Creían ver en su rostro señal

de que su yo había trashumado a los astros por propia determinación. Algún veraneante que miró atentamente su cadáver dijo que en él estaban impresas las huellas de que su "doble" o su "cuerpo astral" había trascendido de la materia limitada para entrar en amplia esfera. La posición del cuerpo era tal como si hubiese aprehendido, asido, en fin, poseído la materia por antonomasia. ¡Casi me quedé con la duda de que hubiera satisfecho su vasto y desquiciado afán!...

---

Ahora, cuando en la noche montañesa el espíritu se me adentra en la infinidad de lo increado y veo en un conjunto de estrellas figuras vagorosas de humanas formas; cuando en la vía láctea contemplo el polvo cósmico e imagino figuras infinitas forjadas con la estelar arcilla; o cuando, en fin, una niebla sutil a través de la cual palpitan los astros se abre como dividida en miembros: entonces evoco la figura de Hamlet González como si fuese un vasto fantasma sideral semi-difuso en el universo. Y si oigo un rumor indeciso que subconscientemente asocio con el palpar de las estrellas, pareceme que el alma dolorida de Hamlet González suspira de eterno alivio entre el silbar de los orbes en sus revoluciones gigantescas.

Y durante una noche de suprema hermosura en que se veía en todas las cosas con ancestral visión los rastros luminosos de la divinidad, comprendí al fin quién era Hamlet González, y regué abundantemente los senos de la "madre morena" con las ansiosas lágrimas del Hombre...

CARLOS B. QUIROGA.

Catamarca, 1925.

## EL OBSTRUCCIONISMO PARLAMENTARIO

**E**STAMOS en una época en que, aun cuando serán transitorias, arrecian las desconfianzas sobre la fundamental eficacia y perduración de los regímenes democráticos, pues no sólo una y otra son negadas por sus enemigos, sino que también sus partidarios han entrado en graves dudas al respecto.

Es preciso sin embargo admitir, quiérase o no se quiera, que el régimen representativo republicano es imposible sustituirlo con ventaja y que, por lo demás, nadie ha propuesto todavía nada mejor como método para el gobierno de los pueblos, pues no es mejor, ni siquiera practicable, el absurdo de la representación sindical, funcional, gremial o técnica o parlamento económico (que de esos varios modos se la ha designado) ni tienen importancia las reformas (o albardas sobre albardas) del referéndum y la revocación de los mandatos; temas que serán motivo de un estudio aparte.

Mi afirmación sobre la inmovilidad doctrinaria del sistema republicano representativo se refiere solamente a sus principios o bases esenciales, es decir, a la elección de mandatarios por voto individual e igual de los ciudadanos y a la separación constitucional del gobierno en tres poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, pues no excluye las reformas de detalles que en la organización y facultades de todos y cada uno de esos poderes puedan y deban introducirse.

Las formas republicanas genuinas, aunque todavía imperfectas, que ya actúan bien establecidas en los Estados Unidos y en la Argentina, han demostrado en la práctica su superioridad sobre cualquier otro sistema de organización social. Aplicadas ambas sobre territorios muy extensos, mucho y poco poblados, respectivamente, y aun con poblaciones grandemente heterogé-

neas por su raza, cultura y costumbres, han asegurado, por lo menos, la inquebrantable paz interior sobre sus vastos territorios y la mayor suma de libertades y ventajas individuales que nunca se hayan conocido (no excluyendo que, dentro de sus respectivas fronteras, constituyen vastísimas zonas de librecambio económico y de todo género, en el grado más alto, aunque relativo, que hasta hoy se haya alcanzado en parte alguna) y son precisamente la paz y libertad los objetivos permanentes de toda sociedad humana y condiciones necesarias a su perdurable prosperidad y a la de todos y cada uno de los individuos que las componen.

En un pueblo tan inculto aún — tomado en masa — como lo es el argentino, las instituciones y la vida social funcionan en completa tranquilidad. No existen ya entre nosotros la constante conspiración, asesinatos políticos y latente estado de guerra civil que se observan en naciones como Italia y España, por ejemplo, de tan prósper y antigua civilización, pero que hoy gimen vergonzosamente bajo un régimen semejante al que tuvo la Argentina hace ochenta años, antes de haber encontrado asiento firme para sus instituciones.

El pueblo ruso, a su vez, ha trocado la tiranía zarista por otro género de tiranía, de la que poco a poco va saliendo para acercarse a las formas republicanas, bien que en condiciones que, a mi ver, en no mucho tiempo alcanzarán y aventajarán a las nuestras.

---

Concretado este estudio a la crítica situación que atraviesan las opiniones sobre la eficacia de la institución parlamentaria (pues este órgano gubernativo es el que más dudas inspira), creo ante todo conveniente recordar que no deben intrínsecamente achacársele males que son exclusivos de la forma de gobierno llamada "parlamentaria", es decir, la de los "gabinetes parlamentarios", que confunden los poderes haciendo depender el ejecutivo del legislativo, (de lo que la República chilena acaba de corregirse mientras la francesa lo sufre todavía como un cáncer), punto que creo haber dilucidado concluyentemente en mi estudio *El presidencialismo argentino frente al fascismo*, publicado en el número 191 de NOSOTROS.

Separada esa cuestión, quedan por analizar otros reparos que al parlamento pueden hacerse, y se los hace corrientemente, aun refiriéndose a países, como la Argentina, donde las dificultades de aquella cuestión están eliminadas.

Con motivo de haberse clausurado aquí las sesiones del período ordinario, transcurridas en indudable esterilidad, han menudeado las censuras y plañidos sobre la desesperante parálisis del Parlamento; pero debemos averiguar si se trata de un mal orgánico o simplemente circunstancial y fácilmente curable.

Aparte de otros reproches cuyo fundamento pudiera depender de apreciación, hay el muy visible y mensurable del gran número de sesiones perdidas a causa de las artimañas del obstruccionismo. El argumento es efectivo, pues no puede dudarse que son condiciones necesarias para que un parlamento cumpla sus tareas, las de que se reuna, sesione y sancione regularmente sus deliberaciones.

Esas condiciones no son cumplidas a satisfacción por el parlamento argentino, y bastará examinar este caso particular para inducir las causas generales que actúan en él como en todos los semejantes, deduciendo en consecuencia los remedios pertinentes.

Son postulados fundamentales e invariables del gobierno democrático la igualdad de los derechos individuales y, dentro de ellos, el predominio de la voluntad de la mayoría. Todos los ciudadanos pueden concurrir a elegir los mandatarios, y serán elegidos los que cuenten con más votos a su favor. También todos los representantes parlamentarios tienen derecho igual a deliberar y votar las leyes, y será ley la que la mayoría del parlamento quiera, dentro, naturalmente, de las normas constitucionales, votadas también por voluntad mayoritaria.

Pero, ocasionalmente, hay minorías que encuentran artificios para estorbar e impedir el cumplimiento del principio mayoritario, suplantando así la voluntad de la minoría a la de la mayoría. El hecho de que a veces lo consigan ¿ha de ser motivo para declarar en quiebra el principio republicano, o debe mejor serlo para que investiguemos y ajustemos los resortes que pueden ser causa de esa perversión?

Bien conocido es un ardid, antes muy usado, mediante el cual una exigua minoría podía diferir o evitar la votación de una

ley, buena o mala, no importa al caso. Unos cuantos oradores de palabra fácil y pulmones fuertes, consumían horas y horas y sesiones enteras con charlas de relleno y lecturas larguísimas y ociosas, abusando de su incuestionable derecho a la palabra, hasta dar lugar a que una calculada circunstancia — tal, por ejemplo, la terminación del período parlamentario, o algún resquicio del reglamento — les permitía eliminar el asunto del debate, frustrando así la voluntad de la mayoría que deesaría aprobarlo, en uso de su derecho bien legítimo.

Este en realidad ficticio conflicto entre dos derechos, esta anomalía, desesperante en apariencia, ha sido muy fácilmente subsanada mediante la fijación reglamentaria de los minutos y veces que cada diputado puede hablar sobre cada asunto. Eso no cercena a ningún diputado su derecho sustancial a expresar suficiente y libremente su opinión en los debates, pero le veda burlar capciosamente los principios lógicos y justos del sistema deliberativo.

Eliminada esa corrupción, quedan otras análogas que parecen no menos desesperantes hasta que se las analiza con criterio igualmente positivo.

Minorías de cierta importancia pueden con su ausencia impedir la realización de sesiones o impedir las votaciones ausentándose del recinto en momento dado, dejando así la cámara sin quórum.

Contra la negativa a concurrir a las sesiones se han ideado y ensayado remedios poco eficaces para el objeto, como ser el de pagar las dietas por asistencia y también el de compeler por la fuerza pública a los inasistentes.

El pago por inasistencia pueda dar y da efectivamente resultado en ciertas instituciones, como la Academia Francesa (donde cada miembro encuentra una moneda de oro en su pupitre y sólo asistiendo a la sesión puede recogerla), porque en un cuerpo así las cuestiones que se ventilan no ponen en juego grandes intereses. El de la remuneración supera usualmente en un académico a cualquier propósito de confabulación para hacer obstruccionismo. Pero claramente se comprende, por la gran cuantía de los intereses sometidos a resolución de un parlamento, y aún de un concejo municipal, que en muchos casos un diputado o grupo

político puede tener mucho más interés en la inasistencia que en el cobro del salario; y en cuanto al segundo recurso, el da la compulsión policial para asistir o permanecer en las sesiones, a más de ser inadmisibles por repugnante y deprimente, también puede burlarse con fáciles subterfugios de enfermedades fingidas u otros análogos, de modo que, prácticamente, es letra muerta.

En regla general, las sanciones de compulsión directa para obligar acciones individuales tienen esos inconvenientes de la incitación y posibilidad de evadirlos; y por eso hay que andar con mucha cautela para resolverse a instituirlos, fuera de los casos netamente delictivos. La ignorancia u olvido de principios importantes de Psicología, Economía y Filosofía jurídica, han hecho menudear en nuestros tiempos la legislación social compulsiva (leyes obreras, leyes de precios, leyes de jubilaciones, prohibicionismo alcohólico, etc.), pero su constante e irremediable fracaso, salvo casos especialísimos que no es del momento analizar, hará ver hasta a los más torpes que ese no es el camino correcto de obligar sino que, previa discriminación científica de los casos en que es posible y legítimo crear obligaciones, la vía que conviene es la legislación de efectos indirectos.

Concretándonos al caso en estudio, vemos que el punto de apoyo que utilizan las minorías obstructoras es la exigencia estatutaria de la presencia de un número dado de congresales para sesionar. Nuestra Constitución, como todas las leyes orgánicas del país, exigen usualmente la presencia de la mitad más uno del total de los miembros del cuerpo.

Ese requisito del quórum es el que da pie y se utiliza para realizar el obstruccionismo; pues sabiendo que por motivos personales (enfermedades u otros) normalmente no se excede del 60 ó 70 % de asistentes, una mayoría reglamentada del 20 ó 30 % puede muy a menudo impedir las sesiones y, de ese modo, una mayoría de 40 diputados por cada 100 componentes del cuerpo no puede hacer valer su voluntad sobre 30 adversos, dado que éstos pueden abstenerse de concurrir a la sesión y así impedirla, o retirarse antes de la votación, burlando y violentando en ambos casos la voluntad de la mayoría.

No se ha pensado, a lo que parece, que hay un medio infalible para evitar esa aberración; y es, sencillamente, suprimir la exigencia del quórum para sesionar y sancionar.



Si los 30 diputados del ejemplo tuvieran advertido que sin su presencia lo mismo se reunirían y sancionarían los 40. de ningún modo recurrirían a un inútil ausentismo sino que, por el contrario, se esmerarían mucho en asistir ellos también para discutir y procurar siquiera modificar en detalles la ley o asunto en debate o, por lo menos, hacer en el debate propaganda popular para sus ideas en espera de mejor ocasión o con perspectivas electorales para convertirlas así en ideas de mayoría y llegar a poder imponerlas derechamente.

Si se derogase la exigencia del quórum de mayoría absoluta, es seguro que por indirecto influjo de esa derogación sobre los intereses de los representantes y sus partidos, nunca fallaría ni una sesión y además todas serían muy concurridas. A todos les convendría estar presentes para intervenir en las decisiones. Así como a las minorías hoy les conviene a veces no asistir, entonces les convendría asistir siempre.

Y nada digamos del caso, aún más absurdo pero que hoy sucede, del obstruccionismo hecho por las mayorías. Si no hubiera exigencia de quórum, se guardaría mucho una mayoría de faltar a las sesiones, pues hacer eso equivaldría a dejar amplia facultad a las minorías para resolver cuanto quisieran.

Pero quizá se objetará: ¿no sería un peligro autorizar sesiones con cualquier número, aunque sea muy reducido? ¿se puede admitir la validez de resoluciones tomadas por reuniones en minoría? ¿no es eso infringir el principio mayoritario y la lógica?

Absolutamente no. Bien podemos notar que todos los ciudadanos están autorizados a votar mandatarios, pero se elige, y es lógico, a los que obtuvieron la mayoría *del número de votantes*; pues el ciudadano que, pudiendo, no quiso acudir a las urnas, estuvo en su perfecto derecho, pero no lo tendría para que por ello los que acudieron dejaran de cumplir su cometido. Y así los electos representan la voluntad, no de la mayoría de los ciudadanos, sino de *la mayoría de los votantes* que, usualmente, son una minoría con relación al total de aquéllos. Hay derecho para votar, pero no para hacer pesar como fuerza positiva la abstención.

Diré de paso que, para evitar esa abstención (que, por lo demás, nada importa) la ley electoral argentina, tan plausible en lo esencial, establece el voto obligatorio; pero esto es un absurdo

y, entre paréntesis, una parte que no se cumple ni se aplican las penas señaladas para los infractores, debido al gran número de ellos, pues en la actualidad ya alcanzan a 90.000 con proceso abierto.

Hay que recurrir a la extravagante contradicción de afirmar que los derechos son *deberes*, para intentar justificar la *obligación* de votar. Cosas que sólo a un kaiserista o a un discípulo de kaiseristas, como el profesor Duguit, o a un discípulo de Duguit (es decir, un kaiserista en tercer grado), puede ocurrírseles sostenerlas.

Igualmente se autoriza ahora a cada diputado o senador para concurrir y votar en las sesiones, pero *sólo entre los que asistan* (si son la mitad más uno del total) se cuenta la mayoría para sancionar las leyes. De modo que basta exceder al 25 % del total de los miembros de una cámara para sancionar las leyes. En el hecho, es raro que una ley o resolución parlamentaria cuente con los votos de la mitad más uno del número total de los miembros, ni apenas habría leyes si tal número de votos se exigiera.

Ningún legítimo derecho de los ausentes se ha violado al hacerlo así. El que no quiso asistir lo hizo a su propio riesgo. Por la misma razón, tan legítimamente válida sería una ley votada por 11 entre 21 asistentes como lo es una votada por 26 entre 51.

Estos cálculos, por otra parte, sólo están indicados para explicar y justificar teóricamente el principio pues, en la práctica, como antes lo señalé, es muy improbable que se presentaran situaciones de sesionar con tan escasas minorías; antes, al contrario, nunca serían las sesiones más regulares y nutridas que cuando no hubiera exigencia de quórum para efectuarlas; y eso por la evidente razón psicológica que he destacado: Siendo tan indudable para cada diputado la conveniencia de asistir, en ningún caso de alguna importancia dejarían intencionalmente de hacerlo.

Las precauciones y garantías de procedimiento para hacer inobjetable la legitimidad de las sesiones y respectivas resoluciones, serían fáciles de adoptar. Bastaría establecer reglamentariamente de una vez por todas las horas y días de la semana en que habría sesión, y así no quedaría ni la excusa de culpar al correo por no haber recibido la citación, aparte de lo fácil que

es también asegurar y controlar el envío, si así fuera preferido.

El principio aplicado de apelar a las conveniencias mismas de cada diputado y de cada grupo político, es de carácter universal y, por lo tanto, el recurso basado en dicho principio es aplicable a toda clase de asambleas o reuniones de comisiones directivas.

En esta fácil y segura solución de una dificultad que a primera vista parece grave, tenemos un ejemplo más de que la teoría republicana contiene en sí misma los recursos necesarios para subsanar las deficiencias que en la práctica presentan todavía algunas de sus aplicaciones.

Y si, en el terreno estrictamente práctico, y hasta oportunista, se quisiera hacer concesiones a los recelos que la radical medida propuesta pudiera suscitar en algunos espíritus timoratos, se podría fijar una cifra de quórum reducido, que fuera, por ejemplo, la cuarta o quinta parte del total de los miembros de la cámara. Prácticamente el resultado sería casi el mismo que el de suprimir toda exigencia al respecto.

De ese modo u otro análogo basado en los mismos principios, puede curarse el mal del obstruccionismo, evitando de paso que tan poca cosa sea una de las causas para dar por fracasadas las bases mismas del sistema representativo, ofuscándose ante algunas imperfecciones observadas en los detalles de su técnica.

---

A estas conclusiones llegamos sobre el tema, encarándolo con el criterio de lo científico y, por lo tanto, permanente y universal. Pero no serán ociosas algunas reflexiones circunstanciales relativas a la situación política actual de la República Argentina, que constituye el más importante y realmente avanzado campo de experimentación política entre todos los países hispánicos (pues no les atribuyo valor de progreso a las aturdiidas socialerías mejicanas ni al colegialismo uruguayo, sino al contrario) y para todos ellos pueden resultar ejemplares las circunstancias y experimentos argentinos, como ya Chile ha adoptado nuestro sistema presidencialista para dar asiento racional y efectivo a sus instituciones.

Sería ingenuo pensar que baste adoptar correctivos que ase-

guren el buen funcionamiento mecánico del Parlamento para dar al sistema parlamentario por perfecto y bien cumplido; pero, en su práctica, ese sistema es ante todo un mecanismo, y, como tal, requiere la primordial condición de regularidad sin fricción en su funcionamiento.

Asegurando el regular sesionar de los parlamentos, no por eso se tendrá la seguridad de que muy pronto harán todas las buenas leyes que se necesitan y deroguen las muchísimas nocivas que nos están perjudicando. Eso no puede ser un resultado directo de los mecanismos electorales y parlamentarios sinó de la experimentación de hombres y doctrinas, por efecto de los mecanismos en cuestión.

El país ha vivido un siglo de democracia nominal y oligarquía efectiva, y no podemos razonablemente exigir que los trece años que la democracia liberal tiene de efectividad institucional entre nosotros sean suficientes para llevar a satisfactoria perfección la capacidad de mandantes y mandatarios y de su obra en las respectivas funciones, por excelente que sea el instrumento institucional; como no basta la adquisición de un excelente aparato fotográfico para conseguir con él buenas fotografías. Pero, más o menos pronto, cualquiera puede aprender a retratar discretamente. Lo que no tiene duda es que sin aparato nadie hace fotografías.

Nuestra excelente ley electoral está todavía en la obra de *crear*, puede decirse, los partidos que las necesidades sociales reclaman y que sin duda han de formarse y definirse genuinamente en tiempo relativamente próximo. Va cundiendo poco a poco en el pueblo la convicción de que los verdaderos partidos políticos deben ser conjunciones explícitamente programadas de ideas e intereses, y con organización interna de índole genuinamente democrática. La juventud intelectual irá comprendiendo, tras el caótico y anarquizante período ideológico ya casi totalmente transcurrido, que en el estudio y ejercicio de la democracia liberal tiene el más ancho y profundo campo de acción para sus más nobles actividades.

Esta es la etapa que atraviesa actualmente la democracia argentina; pero es seguro que las íntimas acciones y reacciones de la masa política, actuando bajo el globalmente correcto me-

canismo institucional de que disponemos, determinarán naturalmente la polarización de las fuerzas políticas y su cristalización en obras gubernativas cuyo esplendor nunca antes pudo ser concebido como racional y seguramente asequible.

Para ello no será necesario en modo alguno esperar a una previa elevación moral de gobernantes y gobernados, según patrones más o menos caprichosamente establecidos en evangelios de ninguna clase. No es indispensable para realizar óptimas obras de legislación y buen gobierno que los hombres se vuelvan santos y renuncien a sus pasiones y apetitos, como tampoco es indispensable que los empleados bancarios alcancen abnegada santidad y pierdan el afecto al dinero para que respeten escrupulosamente el que manejan. Es simplemente cuestión de buen mecanismo administrativo y de control, disponiendo las cosas de modo que se consigan estas dos: que las fallas aparezcan indefectiblemente y que a cada empleado *le haga más cuenta* andar derecho que torcido; y eso se ha conseguido ya en tal grado, que las irregularidades e inmoralidades en la administración de los bancos particulares y otras empresas semejantes son cosa cada vez más excepcional. Nada importa ni debe perderse tiempo en procurar la "mejora" moral del hombre para estos objetos. Lo que importa es la mejora de las instituciones y que se apresure la instrucción del pueblo en el sentido de que aprenda a utilizarlas en su propio beneficio, que será al propio tiempo beneficio general del progreso, la riqueza, la justicia y la bella armonía del edificio social.

El gobierno y administración de la cosa pública no difiere esencialmente de los de una gran empresa mercantil, y claro es que lo conseguido en éstas puede alcanzarse en aquélla. Las pasiones de los hombres no son un obstáculo para ello (ni, por lo demás, son ellas suprimibles) como no lo es la violencia del agua de un torrente para que las ciencias físicas puedan encauzarla hacia una turbina y convertirla en luz resplandeciente.

Las ciencias políticas tienen una misión muy semejante — que mal que mal van realizando — y no dudemos que en tiempo no lejano acabarán por acertar a cumplirla con toda la precisión y elegancia deseables.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, noviembre de 1925.

## JORGE LUIS BORGES, POETA DE BUENOS AIRES

**P**ARA lo mucho que de Borges puedo decir, me basta el conocimiento adquirido de su evolución a través de renuevos, virajes metafóricos, escuelas literarias, cambios de frente. Esa formación difusa, es el mejor hilo de Ariadna, que nos conduzca a desentrañarlo, sin pretensiones de definirlo y sin malicia de destriparlo. Empezaremos por un Borges que conocimos, allá por el año de 1919, fabricante de poemas en plena efervescencia ultraísta, junto a Eugenio Montes, Gerardo Diego, Guillermo de Torre, Adriano del Valle y otros. Enfilando imágenes, una tras otra, como ensartadas cuentas de un rosario, su profesión parecía monótona y semejante a la de muchos. Un poema ultraísta se parecía a un poema ultraísta, como una estrella a otra estrella. La personalidad se disolvía en la colectividad. El jefe del regimiento de las imágenes lanzaba una orden, y una fusilería de ellas salía hacia todos los horizontes; algunas pegaban en el blanco, otras quedaban tendidas como cadáveres. En ese entonces, Borges era uno de los de mejor puntería.

El ultraísmo fué un panorama abierto sobre el mundo, que nos llenó de la alegría de crear. Cazadores de todos los países surgieron en pos de la imagen: cazadores argentinos, mejicanos, uruguayos, ecuatorianos. El ultraísmo argentino se gestó con Borges y González Lanuza, el mejicano con Maples Arce, el ecuatoriano con Hugo Mayo y el oriental, fué introducido por *Los Nuevos* y de él aprovecharon poetas, que a pesar de cultivar temas locales le están muy endeudados.

Borges vuelve de Europa, por segunda vez, y se enfrenta de verdad con Buenos Aires. El ambiente porteño le sugiere

un ultraísmo americano, independizado y más personal que el ultraísmo español. Funda *Proa*, la primera, y una Revista mural, que duró un día, pero lo suficiente como para que la ciudad apareciera empapelada de ultraísmo, acribillada de imágenes.

Y recién, después de muchas experiencias, hastiado un poco de tanta imagen enfilada, empieza Borges a reconquistar a la ciudad, que estaba perdida en un rinconcito de su memoria; y se apodera de ella por el fervor, la manera más honda de adentrarse en las cosas.

En *Fervor de Buenos Aires*, Borges ya no construye el poema solamente por enfilamiento de imágenes, a la manera ultraísta. La ensambladura tiene una importancia fundamental, y siendo interior establece la unidad sentimental, de que carece todo derroche aislado de imágenes. Influye en esta manera de poemizar, profundizando los temas y las imágenes, cierta facultad de sentir sin ver, Borges, es el poeta que no ha visto un paisaje, una puesta de sol, así lo dice:

No he mirado los ríos, ni la mar, ni la sierra,  
pero intimó conmigo la luz de Buenos Aires.

El poeta ha llegado a una familiaridad encontrada en el interior de su soledad, a un ahondamiento que nos revela detalles inadvertidos para nosotros, tan noveleros y superficiales en el mirar, obsequiándonos generosamente con el fervor de la ciudad, tanteada en profundidad como la visión interior de un ciego.

A Borges hay que saborearlo, por eso mismo, con lentitud, con devoción, como se debe leer un libro regalado por la novia. Cada poema suyo es una meditación, cada imagen un desentrañamiento. A través de Borges no podemos viajar en tren expreso, sino en una lenta carreta. (La carreta, además de ser más lenta, tiene el sabor de evocación de algunos poemas de Borges: "Rozas", "El año cuarenta").

La asimilación de la ciudad no se produce en el autor de *Fervor de Buenos Aires* en forma unanimita, para él no tiene el encanto de un dinamismo, que no siente como un Jules Romains, sino con fruición remansada, recogida en barrios apartados, en calles solitarias, en los arrabales. Su amor es mayor

por el Buenos Aires que fué, que por el Buenos Aires que es, de donde proviene el gustar de Montevideo, con calles con luz de patio. Debería crearse para Jorge Luis Borges, un Buenos Aires sin casas centrales, sin el pasaje Barolo, como lo imaginaria Macedonio Fernández, sólo con arrabales y casonas con patios.

Tercer fundador de Buenos Aires, único explorador de sus barrios, a nadie le corresponde mejor el título de "poeta de Buenos Aires" que a él, investidura usurpada por un fabricante de versitos de confitería, bastante plagiarlo de Carriego.

*Luna de Enfrente*, última producción poética de Borges, es continuación necesaria de *Fervor de Buenos Aires*. Leyendo *Luna de Enfrente* he sentido al cantor hasta en mis huesos de americano, y la emoción recogida en su lectura la cambiaría solamente por el canto de un auténtico payador. Quien leyere a Borges-poeta, debe saber ante todo, en qué lugar de selva apretada se va a meter de explorador, y al que no fuere profundizador ladino le aconsejaría renunciar a la expedición. Borges es una ciudad, que requiere un Baedeker especial, escrito en un doble idioma: en criollo, y en español ("ni de Castilla, ni del Plata"). Es rico en imágenes y en pensares, como para asombrar a los conquistadores extranjeros de las américas literarias. (Emigración de aventurero de la pluma, que está infectando el Río de la Plata). Su arraigamiento en americano lo ha hecho más recio y seguro, sin que por eso pierda su reserva de cultura europea, tan necesaria en América.

En *Luna de Enfrente* se renueva el fervor por Buenos Aires, en poemas de un intimismo tan deliciosos como "Calle con almacén rosao", "Tarde cualquiera", "La vuelta a Buenos Aires", "La calle Serrano". "Patrias"; hay, también, recordaciones de una pampa ancha y áspera, añorada en el patio de una casa, evocaciones de la época de Don Juan Manuel, de un humorismo hondo y punzante, en el título de su poema: "El General Quiroga va en coche al muere" y sobre todo, en "El año cuarenta", cuadro de Figari transformado en música, en donde se encuentran expresiones frescas como una cachimba:



“En carretas bajonas, detrás de bueyes bajo pértigo y yugo, iba el río a las casas”.

Borges es en la actualidad el primer poeta de Buenos Aires, el único al que envidio de verdad, y en cuya admiración y fervor se complace mi espíritu.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

Montevideo, 1926.

## POESIAS

### Queja

**Y**A vino otra primavera.  
Todo empieza a florecer.  
Yo estoy igual. A la espera  
de que llegue la mujer.

*Los pájaros cantan hoy  
ebrios de felicidad  
sin curar de mí que voy  
enfermo de soledad.*

*En la yerba y el follaje  
la luz brilla, el nido brota...  
Yo soy la única nota  
discordante en el paisaje.*

*Yo, que la vida canté,  
borracho de panteísmo,  
me siento tan triste que  
siento pena de mí mismo.*

*Suena una voz de Eccehomo:  
"A la luz del Creador  
no hay nada tan triste como  
un poeta sin amor".*

**En el hospital**

**E**STA operación me ha puesto  
más triste y más melancólico.

*Estoy en el hospital  
sentado en un banco, solo,*

*viendo pasar los enfermos  
en esta tarde de otoño.*

*Estoy triste, solo y triste.  
Tengo mis ojos absortos*

*en este triste paisaje  
bañado de un triste oro.*

*La muerte ronda. Y los árboles  
gesticulan como locos.*

PEDRO HERREROS.

**Evocación**

**N**ADA más que el recuerdo de una tarde lejana,  
polvo sobre el camino, sudor, fatiga y sol,  
una dulce esperanza por tiempo acariciada,  
y el brillo de unos ojos donde arde la ilusión.

*Parece al evocarlo que su pecho se ensancha,  
y acaso por instantes le temblara la voz;  
en la sombra del patio mientras la noche avanza,  
el nieto oye la historia, un tanto soñador.*

## Amigo

**N**O te cuides por renovar la ofrenda  
del dolor en el vaso de la vida.  
Mientras la noche al corazón descienda  
se irá colmando sola la medida.

## Silencio

**C**ALLEMOS, es música el silencio  
para el alma.  
Todo lo que jamás decir pudiera  
la palabra,  
Todo lo espiritual, lo verdadero,  
lo que no pasa;  
La invencible tristeza de los sueños  
que no se alcanzan,  
Las locas ilusiones sin sentido  
ni esperanza,  
El amor imposible, el ideal trunco,  
la dicha falsa,  
Todo lo que es dolor, lo que es cansancio,  
lo que fracasa,  
Tiene su melodía en el silencio.  
Callemos!  
Es música el silencio  
para el alma.

## Mudanza

**D**ECLINABA el corazón  
en un ocaso violeta,  
la alegría de vivir  
tornó el corazón de fiesta.

*La alegría de vivir  
como una niña traviesa,  
se me bajó al corazón  
por una escala de seda.*

*Con su cháchara infantil  
y sus risas indiscretas,  
se burló con burla cruel  
de mis afanes y penas.*

*Yo esperaba solamente  
el instante en que partiera;  
y ahora que partió, no sé  
como hacer para que vuelva.*

JULIO PACHECO.

### Melancolía

**¡**TENGO unas ganas de cruzar el mar!  
De azularme de extrañas lejanías  
Y de no volver más a la ciudad!

*De olvidar que hay ayer y que hay mañana,  
Y mirar... y mirar.*

*De verme como un punto, sólo un punto  
Bajo el cielo y el mar.  
De situarme en la proa de mi barco  
Olvidando que el barco está detrás.*

*Y mirar las ciudades desde lejos,  
De lejos... nada más.*

## Suri Surita

**D**EL plenilunio la luz plateada  
 baña la altura cordillerana;  
 sobre los cerros la nieve esplende  
 con sus reflejos  
 y en la meseta la noche extiende  
 su augusto manto de soberana.  
 Paz absoluta. Duerme la vida;  
 pero, de pronto, voz dolorida  
 rasga el silencio:  
 suri, surita.  
 Y allá a lo lejos  
 lloran las queñas  
 la voz que canta todas las penas;  
 arrobamientos y dulcedumbres  
 de su amoroso languidecer  
 va desgranando  
 desde los valles hasta las cumbres,  
 todas las perlas, blancas y negras,  
 de su querer.  
 Van sus acentos como perdidos,  
 como implorando  
 a los espíritus de la montaña,  
 que entre las sombras de los olvidos  
 van deambulando,  
 y en la silente, nocturna calma,  
 desde sus huacas, allá en la entraña  
 de alguna mole, surgen propicios  
 para el que tiene duelo en el alma,  
 y en las alturas, claras, serenas,  
 la calma augusta,  
 la linda ñusta  
 rompe, volcando toda su cuita,  
 suri, surita!  
 y allá a lo lejos,  
 con dulces dejos,  
 se oyen las queñas...

**Aquella flor**

Para Delia, cariñosamente.

**D**EI. abismo al borde,  
como blanco acorde  
de la sinfonía  
que entonara el alma  
de la serranía  
sobre el pedregal,  
la joya serrana  
que junto al camino  
vimos al pasar,  
era como un cáliz  
blanco de alabastro  
que, en esa mañana,  
levantara el cerro  
como en un altar.  
Vaso inmaculado,  
místico,  
eucarístico,  
vaso de ilusión,  
que nimbara el astro  
con su polen de oro  
y que al peregrino  
le ofreció el tesoro  
de su lozanía  
para que llevara,  
cuando retornara,  
toda su poesía  
dentro el corazón.

HERMINIA F. V. DE ODENA.

Quinta "Taragüi", Morón, 1925.

## Consagración

**Y** el forjador de la quimera eterna  
transfigurado, habló consigo mismo:  
"Mi padre lo anunció! Yo soy el tronco  
postrero de una raza. Soy el hijo  
póstumo de una casta de románticos;  
— savia enferma, presente del destino —  
y sé que como yo, vivieron todos,  
bajo el peso opresor del "mal del siglo",  
y siento que ese mal vive en mi torno  
y me absorbe por ley, por atavismo.  
Soy forjador de ensueños, sobre el yunque,  
de este mi corazón, cae el martillo,  
y a cada golpe suyo brotan chispas  
que duran... lo que el fuego de artificio.  
Pero duerme en su fondo, como duerme  
el silencio en el fondo del abismo,  
el sueño que forjara a los veinte años  
en plena floración del jardín íntimo...  
Era el predestinado, y yo quisiera,  
para saberlo hasta en la muerte, mío,  
en bronce, eternizado en ese sueño,  
como "le Toth Gaulois" verme fundido".

CLEMENTINA I. AZLOR.



## BIBLIOGRAFIA

### LETRAS ARGENTINAS

**Cerro Nativo**, por CARLOS B. QUIROGA. — Ediciones de *Nuestra América*. — Buenos Aires, 1924.

CUANDO abierto el libro comencé a leerlo ocurrióme como al viajero de la pampa o el litoral que, según el decir del autor, visita por vez primera la región donde se asienta *Cerro Nativo*: la inmensidad de las pétreas paredes acercando los horizontes y recortando el cielo deprime el espíritu en vez de espolearlo a la contemplación. No se pasa sin mediar violenta transición de los panoramas urbanos, pulidos y simétricos y de su arte que los refleja, a las eclosiones pujantes, asimétricas pero fuertes de los paisajes donde la naturaleza campea magnífica y donde la emoción se vuelca en el ditirambo o en el éxtasis. Sin haber propiamente una literatura de la ciudad y otra del campo, las obras nacidas en uno u otro medio llevan un sello propio, inconfundible. A nadie podría ocurrírsele, pongo por caso, que un cuento — *Un peón*, entre tantos — de Horacio Quiroga, pudo ser escrito por quien no haya vivido algún tiempo, siquiera, en la áspera intimidad de la selva misionera. Ciertas sensaciones, atisbos, sorpresas, en el detalle realista o en la psicología ya están delatando la procedencia de la concepción, la calidad de observación puesta en juego. Lo que no atañe a la hechura, a la escritura de la obra, claro es, sino al acervo emotivo que la sustenta. ¿Podría Renato Maran haber escrito *Batuala*, transmitiendo hasta la sensación olfativa de los campos húmedos y asoleados, describiendo escenas como la lluvia precedida por la sinfonía inimitable del viento, los plantíos doblegados, torcidos, por las rachas calientes, enmarañadas de hojas y exultantes de gritos, píos de aves, dolientes crujidos de ramas de su selva africana, sin un largo y sensitivo conocimiento? Y entre nuestros autores, cuantos han conseguido plasmar obras fuertes con sustancia regional, habían, de larga data, sentido y amado, visto de cerca y soñado, su porción escogida de patrio suelo. De ahí que para sentirlos se haga necesario, cuando de hombres de la ciudad se trata, poner empeño en adquirir una sensibilidad más vibradora por lo agreste, despojándola de los prejuicios del urbanismo.

Tal vez no se sienta de inmediato la materia emotiva de *Cerro Nativo*. El gusto contemporáneo nos ha familiarizado con las sensaciones poco intensas aunque variadas. Y la prosa debe reflejar esta modalidad. La proporción artística, la serenidad, el equilibrio no son en todo momento la pauta de este libro. El tono casi oratorio de la prosa, los epítetos explosivos, el ditirambo de los conceptos, los periodos de ava-

lancha que con el arranque de una idea se engrosan desmesuradamente con la yuxtaposición de proposiciones incidentales hasta formar frases de una página y más, y en las que, cuando se ha llegado al final es forzoso retornar al comienzo para anudar ambos cabos del pensamiento, dan, en el primer momento, la impresión de lo que se llama ampulosidad retórica. Pero después de "Camino de las Cumbres", de "Juan del Campo" se piensa de muy distinto modo. Ni es excesivo lo ampuloso y desproporcionado ni faltan los trazos breves y escuetos, las frases todo músculo, de exacta pintura; y otras virtudes del autor y de la obra ya se destacan inconfundibles. No es posible dudarlo: un temperamento de escritor muestra la garra, y es un poeta el que narra y sueña.

El escenario ocupa el primer capítulo. El Ambato se muestra y se desenvuelve en todos sus aspectos al lector, quien, dócil a la sugestión de la lectura también asciende, rumbo a las cumbres serenas, en tanto que la brisa montañesa le orea la frente. La visión del Cerro es completa: primero es la luna — "corazón lejano de la noche" — quien lo baña con su luz de infinito y de serenidad; después, el día con sus crepúsculos y la noche, honda de tinieblas y misterio, propicia a la presencia subyugadora de lo invisible y fantástico. A las sendas estrechas, entre los flancos de piedra suceden las mesadas con sus pastizales verdes. Entre las quebraduras, árboles como el algarrobo, el tala, el quebracho, el molle saludan al autor como viejos amigos, mientras las paredes roqueñas, como tajadas a mandobles de ciclopes ya avanzan esgrimiendo sus aristas cortantes como acero, o se abren en profundas quebradas; ya se agazapan o se tienden escalonadas en ascensión siempre. Pero no conforme con escalarlo se apresta a contemplarlo desde la fronteriza eminencia del cerro de Gracián. "Semeja un repentino alzamiento al cielo en pleno océano", exclama, y al sentir la grandeza siente también la armonía y en ella encuentra renovado objeto de amor: "Rugoso y fiero, el Monte es un artista y posee un cierto sentido de proporción de formas".

Henos, otra vez, en los flancos del cerro epónimo. "La senda penetra y ondula retardando el avance. Aquí se levanta un quebracho de doscientos años, de corteza rugosa, de hojas ralas, de escaso ramal, sin copa. Desdeña toda fastuosidad; es duro de alma e igual en las cuatro estaciones del año. Clava hondamente la raíz en la tierra. Detiene de un golpe recio la piedra precipitada de la altura en carrera rugiente". En frases de semejante eficacia descriptiva, que no son raras, se instila, a la vez, un hondo sentimiento de fraternidad forestal. Al quebracho sigue el algarrobo: "Árbol bueno, árbol generoso, árbol poeta; por algo el criollo lo denomina por antonomasia: "el árbol". Más adelante, mediado el libro, en el capítulo "Flora bárbara" trazará páginas encantadoras de sutilísima observación y delicada poesía sobre la flora ambatense. Y en *La partícula ilusionada* vuelve sobre el tema en varios de sus capítulos narrativos, tal "El hijo de las plantas", y en página descriptiva meramente bajo el título: "Los hermanos sin historia" con el mismo sentimiento y con mejor logrado relieve artístico. Sólo la fauna (el silbo del zorzal y los trinos de la calandria están presentes en varios momentos del libro) parece habérsela dejado de intento para que la explotara artísticamente otro fino catador de la región: el poeta Luis L. Franco.

Pero como ya lo hicimos notar al comienzo, no es un espíritu urbano y escéptico, quien estas maravillas narra. Ya en la cumbre, el alma del viajero es presa del misterio y frente al "éter desnudo" la emoción a la vez panteísta y mística que le embarga, le hace exclamar: "Conturbado por la grandiosidad de todo, cielo, tierra y tradición, confesé un nuevo credo: "el cerro es Dios". Me bajé de la mula y, de pie sobre la

cumbre, cara a lo infinito, me parecía olfatear el misterio. Suspenso momentáneamente el viento, inmóviles los pastos, encontréme en la región de la infracta serenidad".

Y ahora, arribaré al comentario de la parte que es nexo coordinador y eje ideológico de todo el libro: *Kuntur*. ¿Qué es Cuntur? En lengua indígena de esa región montañesa designábase así al buitre andino, el cóndor. Pero no se crea que fuera ésta un ave vulgar, al contrario, ocupaba lugar prominente en la mitología y las supersticiones indígenas, al punto que el indio se creyera su descendiente. El inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales* asevera que: "Otros curacas vestían a la manera que pintan los ángeles con grandes alas de un ave que llaman Cuntur". El americanista Adán Quiroga, dice en *Calchaquí* que los caciques de ese pueblo aborígen acostumbraban adornarse colocándose a la espalda las alas abiertas de un cóndor en la forma que éste las pone al volar, jactándose a la vez de ser sus descendientes. Deduce que el culto del cóndor había engendrado toda una nobleza autóctona.

El autor de *Cerro Nativo* ve en el ave potente a la par que una tradición fecunda en enseñanzas, un guía, o augur, o númen de los destinos de América. Su estudio o visión del cóndor abarca desde la prehistoria, el significado emblemático y religioso que tuvo en el espíritu de la raza vernácula hasta los días de la gesta emancipadora, y desde entonces acá, el modo cómo cuntur se ha incorporado a los motivos de hondo arraigo de la literatura patria. Leyenda, profecía, historia, sociología, moral, humanitarismo sin fronteras, suave voz de los evangelios y hasta tonante admonición de *Zaratustra*, caben en su epopeya del cóndor. Porque "sus inspiraciones han sido siempre sugerencias de grandeza, de desprendimiento personal y de altura moral; y así, con la fácil propagación de las letras, la real contribución del cóndor en la formación anímica de la democracia americana, ha salvado la cumbre para derramarse por el llano, forjando cumbres en las almas, ya que la tierra se allanaba a un tranquilo explayamiento. El fué el maestro por cuyo medio esparció sobre América la Naturaleza, su enseñanza de las cumbres, su ideología cordillerana, su formidable y alta pedagogía, compendiable casi toda ella en estas cinco palabras: *fuerza, atrevimiento, tradicionalismo indefinidamente evolutivo, elevación y libertad*".

"El carnaval de Belén" constituye un valioso aporte a la literatura costumbrista y al folklore del interior argentino. Al mismo tiempo que perfila agudamente tipos y usos de la región, (el simbolismo de la cueca es motivo de un acertado análisis) con un sentido trascendente de humanidad devana la ilusoria alegría — carmin puesto sobre la lividez de un eterno espectro — de la farsa carnavalesca.

Como se habrá advertido, al trasladarse a Belén el autor se ha alejado del estricto círculo del Cerro, pero ya está otra vez de retorno en los dominios de Pachamama, la buena madre y de Chiqui el fatídico espíritu del aire. Nuevas impresiones, otros aspectos de la entraña regional nos va a revelar. Para eso ha trazado los dos capítulos de "El hombre y la vida", de alto mérito ambos. Después de recorrerlos, más que las ideas, más que las sensaciones que copiosamente agita y fija hay una figura humana y divina a la vez, suerte de *medium* por cuyos labios gusta al espíritu del Cerro volcar sobre los moradores ingenuos, consejos y profecías: Amadeo Granado. Con cuánto cariño el autor amasa con arcilla del Ambato esta figura imborrable. Granado agricultor y hombre de su hogar, Granado filósofo natural y hasta augur es más que un hombre, es el mismo Cerro en estampa y espíritu. Con cuánta razón, entonces, pronunció el conmovido responso sobre "la muerte de Amadeo Granado"

y que es, a la vez, una de las más felices páginas de su otro meritorio libro: *La partícula ilusionada*.

Carlos B. Quiroga ha realizado con *Cerro Nativo* una obra vigorosa, original y plena de sugestiones e ideas. No es un mero articulista en trance de obtener color local, ni de aquellos que creen reflejar el espíritu de una región amontonando términos localistas, ni marca el paso a compás de la grey patrioter. Creo sintetizar mi pensamiento diciendo que es un escritor completo, de su tierra pero también de América y de la humanidad, poeta pero sociólogo cuando hay que serlo, amante de la elocuencia expresiva y del ditirambo que si no suenan bien en las primeras páginas concluyen justificándose por la sinceridad del sentimiento que las dicta, y a la vez espíritu abierto para comprender y juzgar las grandes fallas de la sociabilidad autóctona. Léanse sino las páginas en que trata del alcoholismo, de la degeneración operada en la raza nativa por los vicios propios e importados que la consumen, de la mala política. la innoble y estúpida politiquería criolla.

*Cerro Nativo* es, sin disputa, uno de los escasos buenos libros de la literatura nacional. — JUAN B. GONZÁLEZ.

**Jujuy**, por *Julio Aramburu*. — Cooperativa Editorial "Buenos Aires".  
— 1925.

**L**AS fervorosas incitaciones que quince o veinte años atrás hacían los escasos literatos autores de libros a los anónimos colegas en ciernes, bregando por la literatura nacional de raíz autóctona, han alcanzado en los días actuales el valor de una profecía. "La América española está pidiendo arte y artistas", escribía por aquel tiempo desde París Manuel Ugarte. Y añadía con ese bello entusiasmo suyo por las cosas de la tierra: "La belleza no puede ser una cosa transplantada y exótica, sino un brote nacional y espontáneo, una raíz hecha flor".

No cabe duda, ahora, que en hispanoamérica hay letras y letrados, tal vez con excesiva abundancia. La publicación de libros, en efecto, va tomando entre nosotros tal cariz de cotidianidad que ya cuesta creer sea un impulso del corazón, un imperativo de arte y no un frío cálculo o una vanidad "dernier cri" quien los dicte. Y ante esta avalancha de papel impreso — lo de acá y lo que viene de fuera, en lengua vernácula y en las demás — se me ocurre que no andaba del todo descaminado el bueno de Nazzari, de la obra galdosiana, cuando vaticinaba que en futuro no lejano el contenido total de las bibliotecas, en libros antiguos y modernos, iría a parar al seno ubérrimo de los campos, pues que, habiendo sido insuficiente para fecundar el cerebro de los hombres llenaría función más adecuada sirviendo de abono para las tierras...

Enfocando nuestras letras, el fenómeno de la inconsulta sobreproducción se explica por más de una causa. Se sabe que para George Renard hay una estrecha ligazón, o mejor, relación de causa a efecto entre la economía y la literatura. Según el autor del *Método científico de la historia literaria* las finanzas no sólo preparan el terreno para el florecimiento sino que determinan el carácter, la orientación, las peculiaridades intrínsecas y hasta el alcance de la obra literaria. De donde se desprendería este ergo: A un pueblo rico — y así lo califica al nuestro la oratoria oficial — corresponde una literatura abundante.

Con todo, esa explicación no me parece del todo satisfactoria. Hay otra más visible y menos expuesta a controversias que la del pensador citado: se trata de un fenómeno de contagio (alguien diría de esnobismo).

De pocos años acá ha habido varios contagios: fué el primero el de la dramaturgia, el teatro nacional convertido en obsesión y meta para cualquier hombre que redactara pasablemente una petición de empleo o una carta de amor (según los casos); después la actividad se desvió hacia la lírica y tuvimos poetas sin cuento (la hora de las poetisas sonaría después); hubo también una hora de la novela, pero acá el contagio no se expandió mayormente debido a las grandes dificultades del género y sólo quedaron en la brecha los que en verdad tenían enjundia de novelistas. En cambio, los que no pudieron hacer novelas se dedicaron a las *nouvelles* que llegaron a apestar el mercado, y de allí, de esa gran masa, firmada y anónima a la vez, empezaron a surgir los cuentistas, cuyo género domina en el momento la literatura de imaginación y en el cual no faltan obras de mérito. Dentro del cuento — cuyo ambiente es preferentemente metropolitano y de tendencia humanitaria cuando no fantástico — puede incluirse la literatura narrativa, folklórica o costumbrista que busca sus asuntos en las tradiciones indias del interior del país o simplemente en los recuerdos de nuestros paisanos en los que se mezclan elementos de procedencia indígena y española. Esta literatura que es también nacionalista y que tiene proyecciones sociológicas, constituye un aspecto interesante de la producción actual. Si es realizada con acierto constituirá la base de una novelística propia, tal como lo insinuara Gálvez prologando *Salta* de Dávalos.

Respecto al valor documental, estrictamente folklórico, no es asunto que los literatos definirán. Los mitos, las leyendas, el origen y transformaciones de los mismos, la religión y las supersticiones, necesitan para ser esclarecidos el concurso de disciplinas científicas y la labor tesonera de eruditos, y es posible que cuando un Gaston Paris nuestro se introduzca en esa maraña nos quitará no pocas ilusiones de las que hoy acreditan como autóctono lo que tal vez no lo es.

Estas consideraciones en que se intenta un esbozo de las letras de hoy indican el casillero estético de la obra que comento. *Jujuy* es un libro de evocaciones de la provincia que le da nombre. El autor se ha trasladado a las montañas y valles, a las alturas de la Puna para observar y fijar costumbres y modalidades de la población nativa que día a día van siendo arrolladas por el progreso mecánico y el creciente cosmopolitismo. En capítulos breves, hábilmente trazados, de claro dibujo, va resucitando, o acusando con perfil de arte, tipos, usos y supersticiones de la región norteña. Su emoción, que es serena, y como resignada, pone un velo de melancolía sobre las cosas, pero no se rebela contra lo ineluctable. Se siente su amor hacia la vida sencilla de los montañeses pero no oculta la ignorancia y primitividad de sus costumbres. El lector comprende que está ante un espectador emocionado pero en lo posible imparcial. Lo cual aligera de cualquier propósito trascendente a su libro asignándole los límites modestos de la mera delectación espiritual.

Escrito en prosa laboriosa y rítmica, con acentuada tendencia al armonioso período clásico pero con un sentido moderno de brevedad en la cláusula, el autor adjetiva hasta conseguir una limpia sonoridad. Parece inspirarse en los grandes prosistas de la España actual, Ricardo León, entre otros. El escenario en que se mueve — de fuerte color local y de casi incontaminada psicología aborigen — le permite desplegar su fina comprensión de lo arcaico que en este caso es también supervivencia de lo colonial, de lo español importado a América por los colonizadores.

Desde Jujuy: "¡Pobre y mística ciudad, abrumada de paz y de tristeza provinciana!" la evocación va mostrando en animado cuadro la vida y la naturaleza jujeña. En "La ciudad romántica" traza este escueto perfil de ciudad romanesca: "Tendida Humahuaca al pie de una larga co-

lina bosteza el sosiego de la muerte. Desde lo alto, otean la ciudad, las seculares ruinas de Santa Bárbara y un amplio camposanto. Las trágicas cruces de las tumbas, alzan sus brazos de hierro, en eternos gestos de misericordia y, perdón; mientras los cardones gigantesos ponen la muda interrogación de sus tallos torturantes sobre la tierra negra".

Dóciles a las sugerencias del autor vamos con él a través de los burgos y poblachos de la estepa puneña. Los hombres y las cosas, en su inerte vegetar, se compenetran de inmovilidad y aridez. En ese trágico nirvana sólo detonan los colores chillones de las indumentarias. Sumidos los seres en su aislamiento, se diría que una inholable pared pétrea o muralla china confinándolos a los rigores del altiplano los hubiera separado del resto del mundo.

¡Cuánta desolación, qué desamparo el de las vidas que se mueven apenas en Rinconada, Puesto del Marqués, Coctaca, Maimará, Abra Pampa, Uquia, Tumbaya! Hasta las aves parecen huir de esas regiones donde la naturaleza despliega tan áspera hostilidad. Sólo el *yacto*, pájaro triste y errátil, "modula el arpegio de sus trinos expresivos y humanos, como una canción". La fantasía popular lo ha convertido en símbolo de remordimiento, condenado a implorar vanamente perdón. Yacto era el nombre del esposo sacrificado por la naturaleza cuando la terca compañera se negó a seguirle. Ahora, ésta, transida de desesperación, vaga sin rumbo hasta que el huracán la arrebató para hundirla en la profundidad del río. Pero aún no había expiado su falta. Metamorfoseada en ave clamará por siempre, inútilmente, el nombre de Yacto.

¿Es esta la misma leyenda del *Kacuy* que refiere Rojas en *El país de la selva*? La diferencia, en todo caso, no es muy grande. En el mito santiaguense se trata de dos hermanos en vez de esposos y en ambos la mujer se ha convertido en ave. Apunto, de paso, que Groussac ha encontrado semejanza entre el mito de *Kacuy* y la metamorfosis de una mujer en lechuza que se registra en *Las Metamorfosis* de Ovidio. Y en un libro reciente de *Mitos puntanos* la autora relata como leyenda autóctona la misma transformación de la mujer en lechuza, la hija en este caso y siempre por castigo a la maldad o perversión. Por eso decía más arriba que en asunto de mitos y leyendas los eruditos encontrarían abundante tela en que cortar.

"El huancar", "El condenao", "La quererínca", "El mito de Coqueña", "El templo de las ruinas", son otras tantas leyendas, dolorosas y justicieras, que originan igual número de sugestivos capítulos. Pero más que narrativas son pictóricas las páginas de este libro. Puede decirse que el autor ve las cosas con ojos de pintor. La evocación del color y de las líneas en los grupos humanos son imborrables. Una orquesta de músicos nativos, un entierro en el cerro, una procesión aldeana, las callejas de un villorio son motivos de logrado relieve pictórico. En "Un drama salvaje" — la lucha entre un toro montaraz y un tigre — los elementos descriptivos y narrativos se equilibran produciendo, con sobriedad de detalles, un momento de verdadera emoción. La descripción, como fin en sí misma, está realizada con eficacia en "El coro de las selvas".

A título de reflexión final réstame agregar que si la literatura nacional y autóctona llega a plasmar obras durables, los libros como *Jujuy* — que por ahora pueden considerarse ensayos para una labor de mayor aliento — contribuyen desde ya a crear esa atmósfera sentimental, de simpatía y fraternidad idealista donde arraigará una futura y perdurable eclosión de obras auténticamente argentinas — JUAN B. GONZÁLEZ.

Las tres respuestas, por *Arturo Lagorio*. — Grabados en madera de *V. Thibon de Libian*. — Buenos Aires, 1925.

I.—La actual vertiginosidad de la vida y el salvaje individualismo en que se ha encerrado, llevan el arte hacia la síntesis en sus medios expresivos y hacia el subjetivismo en su fuente de inspiración.

"El estilo es el hombre... y algo más, a saber: la raza, o tradición, y la época o alma del tiempo. Sin la conjunción substantivada de estos tres factores no hay estilo que valga"... "Recíprocamente, el hombre es el estilo (1)... y algo más, a saber: su ideología y su emotividad. Sin la consubstantivada conjunción de estos tres factores no hay escritor que valga". Son estas palabras de Ramón Pérez de Ayala. En boca de él tienen un valor inapreciable, para explicar la transformación ideológica y expresiva del arte moderno español, en el que todos sus corifeos se revuelven angustiosamente sobre sí mismos, buscando la manera menos frecuentada de decir y el punto de vista más inusitado para la contemplación y la reflexión, siguiendo así el ansia de descubrir, que después de una modorra de siglos, torna a inquietar las mentes españolas. Y confirman también las palabras del autor de *Belarmino* y *Apolonio*, nuestra afirmación al abrir esta nota y algunas más que hemos de decir en el transcurso de ella.

Achácase a la frecuentación de los escritores orientales que la Academia Sueca puso en boga señalando a Tagore, la vulgarización de las formas caras a ellos, su afán de síntesis y de plasticidad, la exornación fastuosa o el tono humilde...

Todo ello, y algo más, encontrámoslo nosotros no en tal circunstancia accidental, sino en la esencia misma del carácter moderno, modelado en la vertiginosidad e individualismo de "la época, o alma del tiempo" que imprime al hombre "su ideología y su emotividad", y viceversa.

El individualismo oriental es contemplativo; la síntesis y plasticidad orientales tienen origen religioso y proselitista; se inspiran en la necesidad de hacer comprender y hacer sentir a todos; el empleo abundante de la metáfora no tiene otro objeto que esclarecer la idea ante los entendidos, hacerla visual para quienes no lo son, o esconderla a los profanos como un bien prohibido. Nuestro individualismo en cambio es agresivo; y la síntesis moderna es ansia de tiempo inhallable, sin que haya más coincidencia que la inspirada por la sensualidad, dictadora, para oriente y occidente, de la exornación fastuosa, de la plasticidad, de todo aquello que, precisamente por ser externo, menos trascendencia tiene en la similitud achacada.

De esa literatura oriental, que nos parece un baluceo infantil, no puede originarse, aun cuando por momentos adopte su forma, nuestra literatura. Las palabras llevan de una a otra idea a quienes las oyen sin medirlas.

La simplificación que sigue el vestido de ambos sexos, conducente a la riqueza de las telas por otra parte, es un movimiento paralelo al que sigue la expresión del pensamiento humano: síntesis y hondura; es decir simplificación y riqueza.

También el traje oriental es sencillo por el número y corte de sus piezas y rico sólo en ornamentos o por la clase de sus telas. ¿Diremos entonces que nuestro vestir copia aquél?

(1) L'en ne parle pas sa pensée directement. On parle ses mots... Les mots vous engagent... Il suffit de retourner l'ordre des mots pour avoir leur sens retourné. — JEAN PAULHAN. — *Jacob Cow le Pirate ou si les mots sont des signes.*

II.—*Las tres respuestas* ha sido considerado como un libro inspirado por su técnica, su estilo y su ideario, en los maestros orientales al uso.

Con él se ha cometido el error común. Si analizamos la raza, la época, la ideología y la emotividad de su autor, siguiendo las palabras de Ayala, para encontrar el escritor y su estilo, inmediatamente se nos muestra el hombre de su época, que como tal se expresa.

Se ha dicho tanto acerca de la manera de escribir de Lagorio, se ha sistematizado el ataque a su estilo de tal modo, que nosotros creemos prudente detenernos, aunque sea brevemente, a considerar el punto. Si la frase de Buffón no tuviera un uso tan antiguo, podría acreditársela frente a este joven escritor. Cuando se escribe reflejando lo más fielmente posible el yo, en un lenguaje personal y característico, cuando el ritmo de las ideas y el de las palabras se acuerda con el temperamento que las produce, sea la forma descuidada o defectuosa, sea atildada, elegante, o perfecta, pero siempre una, a través de todas las vicisitudes, el escritor ha logrado tener su estilo, cosa tan difícil e imprescindible. "El verdadero escritor, en cualquiera de sus obras, presenta, con su estilo, su identificación", ha escrito también Pérez de Ayala.

Y si alguien ha conseguido singularizarse entre nosotros con las dos obras que lleva escritas es Lagorio. No discutiremos con quienes le achacan vicios y defectos. Baroja desdeña, como tantos otros, la gramática y de él no puede decirse que no tiene estilo. Si Lagorio escribiera como Azorín o Valle Inclán, no tendría estilo a pesar de que éstos lo tienen y su forma es elegante; no sería Lagorio. De Lugones no quedará nada, porque no ha sido sino el reflejo de sus sucesivas lecturas a través de un estupendo temperamento. Lugones no ha logrado tener estilo. Un gramático, un simple purista podrá hallarle muchos peros a *El traje maravilloso*, menos a *Las tres respuestas*; más el gramático y el purista representan el estatismo y en el lenguaje, mientras no se atente a su fuente vital, debe condescenderse con el movimiento que ha de traerle su renovación y frescura. No será el estilo de Lagorio un modelo para los puristas; pero es su estilo, uno, inconfundible, personal y sincero.

Y si del estilo pasamos a la ideología y la emotividad que el autor descubre en su libro, encontramos aún más clara y perfilada la personalidad de éste, siempre en simpatía con el tono de su lenguaje. Asimismo, la forma poética y el sinteticismo de *Las tres respuestas* a través de las cuales se quiere ver la influencia oriental, constituyen otro *trait-d'union* más, del autor a su época.

Sanguíneo, meridional, entusiasta, Lagorio nos descubre una ideología actual, activa, batalladora. Así *La cárcel abierta*, *Caballitos de Pisadero*, *Museo Nacional de Bellas Artes*, *Golondrinas*, *La Jauría*, *Pescadores*, y muchos otros poemas, encierran una rebeldía, una protesta, una honda conmiseración que, a veces, se transforma en asco, pena, amargura, palpitando siempre el autor con el alma de la época. No se encuentra aquí la contemplación "hors de la mêlée" del oriental. Lagorio ama, grita, sufre, goza, como sus poemas lo revelan, con la anécdota glosada. La idea no brota abstracta. Es idea caliente, hecha carne y estalla, conmoviendo por su humano nacimiento. Y para seguir el ritmo del momento, con nerviosidad acentuada, el trazo es rápido y firme; la línea no busca blandas expresiones, no tiene sensualidad ni mollicie. Toda la sensualidad que pueda hallarse, está más que nada en la frondosidad estilística. Lagorio es joven y necesita gastar el exceso de vida que bulle en sus venas; su ascendencia itálica no le permite aun simplificar su lenguaje.

*Les mots vous engagent* ha escrito Paulhan. Se logra dominar primero el sentido de observación; se logra sintetizar, después, el pensamiento; con menos facilidad se alcanza a extirpar la frondosidad del verbo.



Ello viene más tarde, cuando la madurez hace más adusta la exteriorización de nuestros juicios, que también adquieren entonces el reposo y la medida.

III.—En tres grandes grupos separa Lagorio sus poemas; los titula sucesivamente: *Visiones*, *Breviario familiar* y *Las Sombras*. Formando colofón, por separado, cierra el libro el poema que le dá título: *Las tres respuestas*.

*Visiones* reúne los cuadros que ha ido ofreciendo a la retina del autor la vida diaria. La anécdota no tiene importancia sino por el contenido espiritual que de ella se desprende. Queremos decir con esto que la descripción es subalterna: El sentido filosófico, cobra valor de primer plano. Así esta primera parte del libro responde a la primera de las preguntas simbólicas del colofón, que originan las tres respuestas del título: *vivir*. Pero vivir imprimiendo a la vida la intensidad con que debe vivir el hombre.

En cambio *Breviario familiar* descubre los instantes de la intimidad del hogar que han cristalizado en una profunda emoción. No es el tema de la familia muy corriente en la literatura de lengua castellana. Ya lo hemos señalado en otras ocasiones. Recién ahora parece que comenzara a ser grato a los nuevos escritores esa fuente inagotable. Lagorio ha bebido en ella sobriamente. Una cierta vaguedad maeterliniana, hecha de misterio y de inquietud, corre por estas páginas, que condensan la segunda respuesta: *amar*.

*Las Sombras*, dan la tercera: *morir*. Tienen los poemas de esta parte, por momentos, un acre sabor de amargura y a veces cierta resignación balsámica, cierto conformismo, que no siempre se acuerda con las palabras y sentimientos rebeldes deslizados acá y allá. Acentúase la influencia maeterliniana en *Las Sombras*, prestando un vagoroso *leit-motif* a sus poemas, cuyo tono menor ennoblece con dejos de angustia y de desolación.

*Las tres respuestas* dan final, simbólicamente, al libro, señalando la unidad temática que corre a través de sus tres partes.

Y Thibón de Libian, superando al gran colorista que hay en él, ha ilustrado *Las tres respuestas* con grabados en madera dignos de los grandes maestros del arte. No es hiperbólica nuestra afirmación. Harto huimos de exaltaciones que no tengan razón, para permitirnos la satisfacción de exultar cuando a ello hay derecho. — E. SUÁREZ CALIMANO.

Niccolo de' Niccoli, humanista, por Mariano Antonio Barrenechea. — Juan Roldán y Cía. — Buenos Aires. 1925.

EN esta nueva obra el señor Barrenechea nos pone en comunicación con el admirable estado de espíritu y de cultura que tuvo por escenario a Florencia, ciudad que por sí sola albergó y sostuvo la fuerza que había de formar el Renacimiento. Su curiosidad de estudioso le ha hecho penetrar en el osario perfumado de sabiduría de este enorme pasado muerto y dirigido hacia la figura de uno de aquellos hombres que, desconocido para el mundo por no haber dejado obra perdurable, representó como tantos otros también desconocidos el maravilloso momento histórico.

Desde luego en el libro del señor Barrenechea el humanista Niccolo de' Niccoli no es el personaje central ni único, porque el libro no está concebido con propósitos de historia o de novela, aunque por momentos y gracias al plan narrativo empleado se acerque a esto. El papel de sujeto lo desempeña en su obra el ambiente, el estado general de espíritu,

la ciudad de Florencia en una palabra. De este fondo la figura del humanista surge cuando el *coro* desaparece y la dedicación del autor se consagra exclusivamente a él. Personalidad moral, relieve físico...

Estamos con un pie en la historia animada y con el otro en el ensayo, pero nunca en la novela porque la vida, el tumulto vital, queda afuera. Probablemente es el único fin que el señor Barrenechea se propuso.

Resta entonces como valor ponderable la obra del investigador, su conocimiento de la época que trata apoyado en el testimonio del documento que cita; pero eso queda aparte de nuestro oficio.

Literariamente considerado el libro revela en su autor al hombre avezado en la práctica de escribir. Su prosa es esencialmente narrativa, clara y de fácil lectura. El color local está dado por la abundancia de palabras en toscano — nombres de cosas y lugares, apelativos, oraciones enteras — que llega al exceso. Los personajes hablarían en toscano, pero el libro está escrito en español. No había por qué hacerles hablar de las dos maneras. — M. LÓPEZ PALMERO.

**Miedo...** por *Roberto A. Ortelli*. — Ediciones de la revista *Inicial*. — Volumen I. — Buenos Aires. 1925.

**V**A en las primeras páginas de este pequeño volumen de cuentos nos hallamos en presencia de un escritor bien encaminado que honradamente y sin impaciencia se prueba a sí mismo. Su moderación y el amor casi religioso que advertimos para con su arte son cosas que vuelcan sobre el libro una gran copia de simpatía, máxime teniendo en cuenta que Ortelli es un joven que ensaya ahora por primera vez sus armas en las letras.

Se presenta con un bagaje espiritual del cual el sentimiento trágico de la vida constituye el valor predominante. Está por esto dentro de la tendencia artística que en nuestro país cuenta con tantos cultivadores, escritores jóvenes en su mayoría, en la tendencia que practica el recurso de sacar la materia artística de lo más bajo, de lo más fuerte y de lo más natural de la vida humana. Los trágicos rusos, que han sentido y fijado como nadie hasta hoy este aspecto de la vida, abrieron y señalaron el camino. Detrás de Ortelli, por ejemplo, las sombras de Gorki y de Dosztoiewski se advierten a lo lejos francamente visibles.

Pero hay en nuestro joven autor un rasgo personal que le separa de los imitadores vulgares y que le ayudará a independizarse de la tutela de sus maestros: es su romanticismo, es el grado de cariño particular, tan fundamentalmente latino, que él experimenta y no puede ocultar hacia sus personajes y hacia las cosas porque pasan sus personajes, por completo alejado de la indiferencia eslava. Bien claro se ve su indignación en presencia de una injusticia y esta indignación se rebela y grita, porque así tiene que ser y nosotros no podemos sentir de otra manera.

El asunto de los cuentos de *Miedo...* y el escenario en que se desarrollan responden a las exigencias del programa de su escuela. Notamos que en cuanto a esto Ortelli se repite un poco: estos tres cuentos que tienen por fondo una sala de hospital son uno solo y único. La trama, el nudo dramático, es en todos los del libro de escaso valor.

De escaso valor, pero no de escaso interés. Su autor prueba aquí hasta dónde llega el dominio de sus recursos de escritor. El libro es un triunfo de la gradación. La escasa materia dramática, repartida con un tino y un orden que en un hombre de tan poca experiencia literaria sorprende, forma al final un conjunto macizo y armónico que no deja resquicio al escalpelo de la crítica. Hay que mirarlo en detalle.

La fisonomía corporal de los personajes ha sido cosa descuidada un tanto por Ortelli. Se mueven en una especie de nebulosa en la que es imposible percibir bien su contorno físico. Y es lástima porque en el autor hay barro de creador. Quedaba esto, ciertamente, fuera de la línea de su visual. A él solamente parece preocuparle lo espiritual, lo subjetivo, y esta forma particular de ver ha ido en detrimento del relieve y del movimiento humanos que constituyen a juicio nuestro la necesidad primordial de la obra de arte.

La prosa, suelta, llena de vida y de color, tiene su ritmo propio, y permanece siempre sujeta a la marcha natural del asunto y a la línea en que surge el pensamiento de los personajes, con la cantidad de emoción que al autor se le escapa constantemente por los puntos de la pluma y se traspasa al espíritu del lector que cierra el libro con mano temblorosa y corazón oprimido por la fuerza de sugestión que emana de sus páginas. —M. LÓPEZ PALMERO.

**El puñal de Orión.** Apuntes de viaje, por *Sergio Piñero hijo*. — Editorial *Proa*. — Buenos Aires, 1925.

**C**ABE preguntarse en presencia de un libro como éste hasta dónde las obras de su género son o dejan de ser obras de literatura. Recorriendo el acervo en demasía numeroso de cuanto se ha escrito sobre ese motivo, llegamos a la conclusión de que por lo menos lo de "libros de viaje" queda en pie. Dentro de ésto caben el ensayo, la crítica, la historia, la literatura pura, etc. Si se tratara de fijar normas para este género de producción sería el caso de contentarse con que sepa ver quien lo practica las cosas y lugares que visita y que dé en su obra una visión integral del escenario y de la vida que ha visto desarrollarse en él. Y que por tratarse de un libro esté, por añadidura, bien escrito.

El interés geográfico, si así podemos expresarnos, de esta clase de obras, se confundirá, si su autor ha cumplido con ese requisito que creemos fundamental, con el interés puramente literario, porque logrado el propósito de objetivar o de crear, en el sentido artístico de la palabra, en la imaginación del lector las cosas que narra, la tarea del escritor está cumplida.

Sergio Piñero ha cumplido en *El Puñal de Orión* a medias con la suya. No se propuso otra cosa, naturalmente, con lo cual esto deja de ser un reproche. El valor del libro, según confesión propia, reside en su espontaneidad. Muchas de sus páginas fueron antes publicadas en un diario de Buenos Aires en calidad de crónicas, "fundamento que basta por sí solo para disculpar en él lo que no haya de libro". Es decir: la falta de unidad de conjunto y la de un bien definido propósito de arte. Lo que no se puede disculpar es que su autor no haya podido prescindir con más frecuencia de su *yo*, de su momento psicológico y de los principios estéticos de la escuela en que milita, circunstancia esta última que le ha llevado a hacer literatura fuera de lugar.

En cambio hay un enorme interés geográfico que en gran parte nace del ambiente extraordinario que el libro describe. Páginas hay en que la pintura es tan viva y tan potente que el paisaje se ve, se siente con intensidad el momento de vida narrado y, sobre todo, se enciende en el lector el deseo de ver y de vivir por sí mismo la naturaleza y la vida un instante aprisionadas por la pluma del escritor.

En su intento de ser fiel a la realidad circundante, Sergio Piñero llega hasta el número, que si en Swift por ejemplo fija con precisión matemática el volumen de las cosas, en él se convierte en detalle la mayoría

de las veces innecesario. Otro tanto corresponde decir á propósito del léxico marineró que emplea con tanta abundancia como coquetería: para dar una visión de los que conceptuamos maravillosos mares australes no hacia falta tanto término técnico.

En suma: un libro que, a pesar de sus muchos defectos, trae por momentos a nuestra literatura el color, el aire y el olor de los mares del Sur que tantas historias contemplan y todavía no tienen historia. — M. LÓPEZ PALMERO.

**Emoción**, por *Federico Smirna*. — Agencia General de Librería y Publicaciones. — Buenos Aires. 1925.

EL autor del presente volumen posee dotes naturales de narrador eficazmente auxiliadas por una gran ligereza de pluma. Su sinceridad espiritual, su espontaneidad y sobre todo el plano de ubicación estética en que se coloca con su libro llaman desde un principio nuestra atención.

Federico Smirna está alejado del momento presente por un romanticismo o neo-romanticismo que a su vez no depende de escuela propiamente dicha, sino que responde a un estado de espíritu personal. No creemos que esto llegue a ser una orientación estética definida, pues, según él lo declara, su libro no tiene pretensiones literarias, y según nosotros creemos advertir el problema de las escuelas y de los métodos es cosa que no le preocupa poco ni mucho. El ve la vida con gran independencia de criterio, la siente con emoción absolutamente particular y la expresa como la ve y la siente, haciendo a un lado estéticas, escuelas y modas; y como espiritualmente es un romántico que lo que mejor percibe de la vida es este cariz de ella, de ahí el curioso punto en que se coloca tan sincera e inocentemente que desarma a la crítica.

Mencionamos al empezar sus dotes de narrador. Lo es "por la gracia de Dios", pero no inconscientemente; sabe dónde está su fuerza y hasta podría decirse que abusa en ocasiones de ella, supliendo con esta virtud el escaso o el nulo interés dramático del asunto de algunos relatos. Cuando esta fuerza está supeditada a una buena causa, cuando el asunto, interesante o no, merece que se despliegue totalmente en su beneficio, entonces se nos revela el escritor innato que una vez que haya encontrado su camino podrá brindarnos páginas de verdadero valor literario. Ha de llegar a eso Federico Smirna si continúa con tenacidad buscándose a sí mismo.

Como todo romántico, es en el fondo un lírico. El poderoso calor afectivo que nutre cada una de las páginas de *Emoción* es su más simpático valor. La dosis, es cierto, es excesivamente abundante y a la larga fatiga; pero ya llegará la hora de la mesura y de la gravedad.

Su ligereza de pluma suele también pasarse a veces a un terreno de excesos. Existe aquí la orgía de la palabra y de la frase; va el ritmo del período alargándose violentamente hacia un cierre brillante, entre paréntesis repetidos que pretenden matizar mejor la oración y logran hacerla pesada. Y abundan también los términos técnicos de medicina y cirugía que en un libro emotivo causan un pésimo efecto.

Por lo demás, cabe presumir que el estudio y la práctica de escribir den a nuestro autor la exacta medida y el completo dominio de sus fuerzas. — M. LÓPEZ PALMERO.

**Brotos morados**, por *Marcos Lenzonei*. — Edición póstuma. — Buenos Aires, MCMXXV.

HAN publicado esta edición póstuma de las mejores páginas de Marcos Lenzonei, en verso y en prosa, sus amigos fieles constituidos en comisión de homenaje. Ha escrito el prefacio, a solicitud de aquéllos, nuestro director Roberto F. Giusti, cuyas palabras transcribimos como juicio sobre el libro y su malogrado autor. Dice el prefacio:

"La piedad de los amigos ha querido reunir en este pequeño volumen algunas páginas de un dulce poeta fallecido en plena juventud. Se llamó Marcos Lenzonei, era de Rosario, y en su ciudad natal murió antes de alcanzar los treinta años.

Su tragedia fué la de muchos: un corazón siempre estremecido y vibrante, en un cuerpo delicado. Demasiado frágil, el corazón pronto quebróse. En vano el dolor de los amigos pretendería resignarse recordando la antigua sentencia: "Muere joven el amado de los dioses..." Piadosa mentira. Estas vidas tronchadas ofrecen siempre un doloroso espectáculo. ¡Si habrán amado los dioses a Goethe, a Hugo, a Mistral, ancianos venerables y gloriosos!

Unico consuelo para los amigos es el recuerdo, al cual las circunstancias que diéronle vida, embellecen con los rosados colores de la aurora. En nuestro corazón mortal le aseguramos al ser amado aquella perpetuación que nuestra afectuosa esperanza, secretamente le deseaba y le vaticinaba; y es éste un modo por el que la fama, aunque limitada a un corto número, triunfa sobre la muerte, como en el poema petrarquesco. Además, ¿no deshace el Tiempo la Fama, no se hunde el Tiempo en la Eternidad? En el seno de ésta todo es lo mismo. El último *Triunfo* del poeta de Valclusa, el de la Divinidad, o de la Eternidad, nos avisa consolándonos:

E non avranno in man gli anni 'l governo  
Delle fame mortali; anzi chi fia  
Chiario una volta, fia chiaro in eterno.

\*  
\* \*

De todos los grupos juveniles donde se sueña, se rima, se disputa, vinculados por sentimientos y anhelos comunes, que los años van luego diversificando, siempre es centro y alma alguien que por su gentileza, o su ingenio, o su bondad, o su decisión, gana todas las simpatías, vence las resistencias, auna los propósitos, domina las voluntades, atrae, convence, seduce. Eso fué Lenzonei en aquel grupo de animosos muchachos rosarinos que hoy le rinde este homenaje de piedad fraternal. Era bueno y gentil; tenía talento, y a pesar de su flaca salud, voluntad.

Ese su espontáneo don de simpatía, al cual ciertamente no era ajena la melancolía vaga y suave que leemos en los rostros que la muerte ya tiene señalados, explica las páginas intensamente cordiales que su desaparición dictó a algunos de sus íntimos, tal la que Noé S. Martorello, que le conoció en el Sanatorio de Santa María, dedicó un año después a su memoria, o la carta en que otro amigo común, Carlos E. Krüger, me narraba los últimos instantes del joven poeta. Tan patética es esta carta privada, que siento el deber de transcribirla, pues ella será la página de este prefacio que más nos acerque al espíritu del que fué.

"El amigo Lenzonei — me escribía Krüger — se nos ha ido tan pronto y con tanto silencio, que uno no se explica si en verdad estuvo aquí entre nosotros alguna vez o si acaso fué sólo un duende. De noche, antes de

conciliar el sueño, se me representan sus últimos momentos. Oigo el estertor y percibo los movimientos incoherentes que hacía con los brazos. Me entra entonces un terror misterioso y trato de pensar en otras cosas.

"Nunca la muerte de nadie me ha impresionado tanto como la de nuestro amigo. En el preciso momento en que la muerte se hizo patente y hasta material, permita esta expresión, sentí un vacío enorme en mí y a mi alrededor. Me parecía que me hundía en el vacío. Caí inconscientemente de rodillas y junté las manos. Había un silencio abrumador en torno de mí. Todos dormían en la casa. El sol empezaba a despuntar en ese preciso instante. Luego que hubo dado las tres boqueadas bíblicas, me acerqué a él, le observé un segundo y me eché al patio. Un frío misterioso me sacudía todos los miembros y el corazón me latía cual si fuera a estallar. Mirando el cielo y las cosas que me rodeaban, no me sabía explicar por qué eran así y me parecía que yo era otro ser distinto, un extraño transeúnte del mundo.

"Le cuento esto, amigo Giusti, para que sepa que todas las muertes no son iguales. Que ello depende de nuestra sensibilidad, no hay duda. Pero, aparte de esto, existe algo, compañero, que es extraño a ese fenómeno tan natural. Debe existir algún fluido o algo que es más poderoso en unos que en otros.

"Siguiendo la narración, debo añadir que el terror se sobrepuso a todo razonamiento. Sentía la imperiosa necesidad de huir, pero no sabía a dónde. En este estado debo haber permanecido durante unos veinte minutos. Un amigo que me acompañaba sufrió un verdadero colapso. No atinaba a dar un paso. A fuerza de estimularle con algunas palabras de aliento, que yo mismo necesitaba, logré hacerle reaccionar y determinarle a que despertara a la hermana del amigo".

Lenguaje más elocuente no puede hablar el corazón de los amigos. En estos casos, además, al natural dolor de la pérdida se une el sentimiento profundo aunque inconsciente, de la suerte común. Aquí grita su amargura la juventud soñadora que se duele del desamparo y oscuridad a que la condenan a veces su propia impotencia, pero otras, y no las menos, la inferioridad y limitación del ambiente en que le toca vivir. La vida de Lenzoni fué compendio y símbolo de todas las ilusiones que se forjan en los cenáculos juveniles, y que la realidad, la mayoría de las veces, burla. ¿El adolescente generoso y soñador es menos que un héroe? ¿A qué no aspira, cual empresa no se siente capaz de concluir? Si tuviera la fuerza, el poder, ¿qué no haría? El Milenio habría llegado; habría sonado la hora del reino de Dios en la tierra. Porque al joven soñador no le falta ninguna de las virtudes del corazón que, actuadas, pueden cambiar la faz de las cosas y transmutar el mal en bien. Su mirada, su sonrisa, hacen brotar flores del pantano...

Pero, o flaquea la mente, que no sabe concretar el ensueño, dar forma al anhelo, o la voluntad, que es incapaz de emprender la obra entrevista; otras veces, aunque el ala sea robusta y el aliento poderoso, impide el vuelo la estrecha jaula. Y tales son para la inteligencia, jaulas estrechas, ciudades como Rosario, si bien vastas y populosas. Son puertos, graneros, mercados: en ellas el campo es ilimitado para el hombre de acción que pesa y calcula, compra y vende, presta y barata, héroe a su modo de un ideal de conquista y dominio, acaso madurado en la bodega de un barco o en el desván de un almacén. Por eso mismo, porque el afán y la lucha por el dinero son en estas ciudades duros hasta la crueldad, no hay lugar para atender a los ocios de la inteligencia. Algunos artistas animosos luchan un tiempo contra el ambiente, no diré hostil, sino indiferente o desdeñoso; después ceden o vienen a buscar en la capital más libres horizontes. Por otra parte la aprobación de

ésta les es necesaria. ¿Qué vale hoy por hoy el pié de imprenta de Rosario?

He ahí el drama íntimo de tantos muchachos de talento, distantes, como Lenzoni, de Buenos Aires, de sus diarios y revistas, de sus librerías. ¿A dónde acudir, cómo hacerse escuchar, cómo lograr siquiera la atención benévola de unos pocos? Sus cartas no obtienen respuesta, sus colaboraciones no son leídas, de ningún lado les llega protección y ayuda; y así, faltándoles el estímulo y el aplauso que tanto necesita el artista, se esterilizan y malogran.

¿Habría sido ésta la suerte de Lenzoni, de haber vivido más largamente? No sé, aunque sus veinticinco años, graves de meditación y de estudio, todo lo prometían y hacían esperar. La muerte lo abatió a punto de remontar el vuelo. Las páginas de este volumen certifican la delicadeza de su sensibilidad y la finura de su inteligencia". — ROBERTO F. GIUSTI.

## HISTORIA

**La Anarquía Argentina y el Caudillismo**, de *Lucas Ayarragaray*. — 2ª Edición, 1925. Editores J. Lajouane y Cia.

El presente libro de Lucas Ayarragaray — cuya segunda edición, últimamente aparecida, comentamos en esta nota bibliográfica — se halla prolijamente clasificado y valorizado en la *Historia de la Historiografía Argentina* de Rómulo D. Carbia y nada puede agregarse — ni quitarse — al acertado juicio que allí se formula por autoridad consagrada y desde el punto de vista científico de la Nueva Escuela Histórica.

El abismo entre las antiguas y las nuevas formas de la historiografía es demasiado profundo para que nos sea posible hallar palabras de conciliación o de cortesía. Una vez aceptado el punto de vista de la Nueva Escuela Histórica se hace forzoso rechazar de plano toda obra como la presente. Por ejemplo; para empezar por el capítulo I que se ocupa de España en las épocas del descubrimiento, de la conquista y de la colonización en el Río de la Plata: estas páginas como valor histórico — y prescindiendo de todo paralelo en el terreno literario — no alcanzan ni siquiera la equivalencia con una novela como *La Gloria de Don Ramiro*, que no pretende ser una obra historiográfica, pero en la que hallamos una interpretación psicológica de alto vuelo de la vida española en tiempos de Felipe II.

No ignoramos, sin embargo, que en nuestro país, en una determinada época, no muy lejana, Lucas Ayarragaray fué considerado historiador de visión profunda y notable escritor...

Para explicar estos juicios tan divergentes de dos generaciones, conviene a título de lealtad intelectual, y para conveniencia de todos, hablar con sinceridad del significado concreto de la terrible y benéfica tragedia que la aparición de la Nueva Escuela Histórica Argentina significa en nuestro ambiente intelectual, en especial para los historiadores de las viejas escuelas.

En primer lugar, es imposible, a la vista del trabajo efectuado, desconocer que la Nueva Escuela Histórica tiene intelectualmente todos los caracteres de un acontecimiento medular. Si es verdad que la vida cultural argentina entra en el período floreciente de lo que puede llamarse con exactitud una nueva etapa, fuerza es reconocer que la Nueva Escuela Histórica es la columna vertebral de esta nueva etapa.

Por desgracia, este claro concepto, familiar entre los iniciados, es obscurecido por una leyenda negra que considera que la Nueva Escuela Histórica es solo una asociación de jóvenes que han leído muchísimo y que se reúnen en la Facultad de Filosofía y Letras para criticar a Grousseau y a los demás historiadores antiguos y aun a los de la Nueva Escuela que se hallen ausentes ese día. Es fábula generalizada que en esas reuniones las exactísimas afirmaciones y "denuncias" de errores científicos de los diversos autores, van acompañadas de negaciones rotundas de todo mérito intelectual en el aludido; y aun de comentarios intemperantes en que a pretexto de una defectuosa información científica se ataca en forma personalizada a la víctima del día.

Consideramos que esta versión pesimista debe ser una exageración; y urge afirmarlo así porque ella resta prestigio y dignidad intelectual a la Nueva Escuela Histórica, y de ser cierta, dificultaría grandemente su labor de directora científica de los jóvenes honestos que desean estudiar a su amparo. Después de haber proclamado que su único culto es la verdad histórica no es posible creer que la Nueva Escuela Histórica se quiera transformar en un mentidero.

Este comentario un poco extenso tiene por objeto explicar las razones que tenemos para hacer nuestra la valorización que la Nueva Escuela ha formulado con respecto al libro de Lucas Ayarragaray; y por otra parte, el de dejar constancia de nuestra falta de solidaridad con ese mal espíritu de la crítica no científica, que según voz corriente, se ha adueñado de la Nueva Escuela Histórica y que tanto prestigio amenaza traerle. En este comentario no nos mueve sino el legítimo anhelo de que la intensa admiración que profesamos a los dirigentes de la Nueva Escuela, cuyas obras y sobresalientes cursos de enseñanza universitaria constituyen un hecho científico de la más alta trascendencia en Sud América, pueda ser siempre proclamada por nosotros con verdadero orgullo.

En cuanto al autor de *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*, nos complace hacerle constar expresamente nuestro profundo respeto personal. Nos inclinamos ante su noble vida de ciudadano y para prueba indudable de nuestra buena fe le declaramos que damos a su obra histórica igual jerarquía que a la de Estanislao S. Zeballos y José María Ramos Mexía. Y en este juicio probablemente coincidimos con la opinión que el propio autor y sus antiguos admiradores tienen formada sobre *La Anarquía Argentina y el Caudillismo*. — ADOLFO KORN VILLAFÑE, del Ateneo.

## POLITICA

**El Libro de la Revolución**, de *Upton Sinclair*. Traducción y Prólogo de Arturo Orzábal Quintana.

**T**RANSCRIBIMOS con agrado los principales párrafos del excelente prólogo con que el traductor Don Arturo Orzábal Quintana acompaña la versión española del presente libro, cuya lectura, es realizada con los méritos de una traducción acertada. El prólogo dice así:

"Upton Sinclair, de todos los escritores norteamericanos contemporáneos, es aquel cuyo nombre se ha impuesto con más relieve a la atención del mundo. Su fama ha trascendido hasta nosotros, aunque prácticamente no existan versiones españolas de sus obras. En el país del dolar, en la tierra de los Morgan y los Rockefeller, en aquella nación de irresistible poderío económico, cuya casta de millonarios aspira a gobernar



el universo, los libros de un pensador profundamente revolucionario, adversario decidido del régimen imperante, se venden por centenares de miles. Tal es el poder del espíritu y la magia asombrosa de la razón humana. El secreto de Upton Sinclair es sencillo: desde hace más de veinte años viene diciendo, proclamando, gritando la verdad desnuda; en su magnífica cruzada intelectual hay observación tan científica de los hechos, argumentos de tan aplastante lógica y acentos de sinceridad tan apasionada, que el lector honesto y desprevenido siente, desde el primer momento, su corazón ganado a la más justa de las causas. Y en Estados Unidos abundan los lectores honestos, porque malgrado la deletérea influencia moral de un régimen económico que allí ha hallado su más brutal expresión, el pueblo norteamericano conserva, en lo profundo de su alma, la pureza y la rectitud de los fundadores de la nacionalidad. Nadie hará jamás, en vano, un llamado a la razón y al sentimiento de justicia de aquel pueblo”.

“*El Libro de la Revolución* que tenemos el placer de presentar a los lectores de lengua castellana, es una exposición, hecha en lenguaje sencillo y ameno, de los problemas fundamentales que agitan la conciencia de los pueblos en esta hora de transición y de caos. La discusión del problema social, evidentemente, data de largo tiempo atrás y siempre ha preocupado a los mejores cerebros de la humanidad. Algunos de ellos, como Karl Marx, han dejado en la historia una luminosa e imborrable huella y sus enseñanzas han pasado a ser el evangelio de los grandes realizadores que en Rusia están traduciendo en hechos el viejo ensueño de la Revolución Social. Upton Sinclair, con su *Libro de la Revolución* se suma a la falange de esos grandes videntes. Sabe que el pueblo de Norte América, aunque esté envenenado por una educación tendenciosa, concebida y organizada para exclusivo beneficio de las clases privilegiadas, acogerá con júbilo los puntos de vista inspirados en hondos anhelos de justicia. Pero, conocedor profundo de la psicología nacional, presenta la causa del proletariado en lenguaje netamente yanqui, declarando que no pertenece a la escuela marxista ni a ninguna escuela extranjera y que su estudio tiene por única base, la observación objetiva de los hechos, por única guía la luz soberana de la razón”.

“El baluarte del régimen capitalista mundial está en Estados Unidos; es allí por lo tanto, donde se impone con más urgencia la difusión de las ideas revolucionarias. Por eso la obra de Sinclair tiene un valor incalculable, y ha de figurar en la historia como una de las más preciosas contribuciones del pensamiento libre a la solución del más vital de los problemas humanos: la abolición del privilegio económico por el triunfo de la Justicia Social”.

Recomendamos la lectura del libro.—K. V.

**En torno a la crisis de la democracia.** — Estudios políticos, por Carmelo Piñas y Mey. — Madrid. — Editorial Reus. — 1925.

Las mismas razones que daremos se volverían contra nosotros, por el hecho de ocuparnos de este trabajo, sinó fuera porque lo tomemos en cuenta solamente con criterio de “caso clínico” genérico pues, al referirnos a él, entendemos referirnos a la mayor parte de la literatura contemporánea sobre ciencias políticas.

En verdad que para juzgar uno de estos escritos, las más de las veces correspondería el procedimiento de algunas críticas de Larra sobre ciertos engendros teatrales de su tiempo, no más extensas de dos párrafos, en los que empezaba llamando estúpida la obra y terminaba con feos adjetivos para el que la escribiera.

El presente trabajo, que procede de la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*, (Julio de 1925) y cuyo autor es doctorado en Derecho, es una muestra típica de la pedante vaciedad que es norma en las publicaciones del día, referentes a teoría de la constitución de los Estados. Bastaría observar que siendo un ensayo de 28 páginas nos cita 72 autores y sus respectivas obras en media docena de idiomas, para inducir que el autor no tiene idea clara ni criterio respetable sobre la materia que trata; pues es evidente que si citara esas obras sin haberlas leído, ninguna consideración merecería; y si, como suponemos, ha tenido la pachorra de leérselas todas, demuestra con eso solo que carece del fino discernimiento que hace apartar en la investigación bibliográfica de un asunto la balumba de repeticiones insignificantes para atenerse a los tres o cuatro autores que sobre los puntos en estudio han mostrado concepto propio y representativo.

Esta manera de trabajos que, a juicio del vulgo ilustrado, pasan por laudablemente eruditos, son en realidad menospreciables por exceso de bibliografía, entendiendo que nos referimos a los de propósito científico, como el presente, y no los de mera investigación histórica o documental.

La falta de sentido crítico del autor se patentiza además en el hecho de calificar de "profundo" un estudio del huero y pedantisimo señor Quintiliano Saldaña, y de "admirable teorización filosófica de la nueva ideología política de nuestra época", la expuesta por J. Ortega Gasset en *El espectador* y en *El tema de nuestro tiempo*.

El objeto especial del ensayo del señor Viñas y Mey es resumir y hacer juicio sobre un libro publicado recientemente en Francia: *La Politique et la Méthode*, por Paul Cloarec, profesor de la Escuela Libre de Ciencias Políticas, de París, autor del que, como de tantos otros que por el mundo escriben, no teníamos noticia; pero las muestras que el señor Viñas y Mey nos da en sus transcripciones nos bastan para contraer el formal propósito de no buscar ni menos leer la obra original.

Figúrese el lector que Cloarec se propone hacer una exposición "científica" del sistema constitucional, en la cual se tocan — dice Viñas — las cuestiones políticas más palpitantes, el problema del sufragio, sistemas electorales, representación proporcional, el gobierno y la técnica, los gobiernos ejecutivos y presidenciales, la responsabilidad ministerial, el regionalismo, etc., etc., y se trata de establecer la base científica — ajena a fórmulas — en que se ha de asentar la realidad política, cerrando, como en cualquier otra ciencia, las bases al empirismo y tratando de no confundir las "opiniones" con las *verdades científicas*.

Figúrese el lector toda esta aparatosisidad "científica" y luego compárela con las siguientes palabras del tratadista a que se refieren, donde dice que el estudio de la historia debe orientarse hacia "un gran espíritu de solidaridad nacional". "Lejos de deshonrar a ciertos antepasados nuestros, lanzando contra ellos acusaciones que podrían volverse contra los acusadores, demos a conocer los títulos de todos a nuestra veneración y mostremos a los niños que nuestra historia es la más bella del mundo". La historia, para Cloarec, debe ser una apologetica nacional y, en consecuencia, un eficaz instrumento para desarrollar prácticamente la xenofobia en las masas. "El conocimiento de la historia hará perder a nuestros ciudadanos la afición a copiar soluciones tan sólo por haber sido adoptadas en el extranjero, les hará comprender que *justamente por ello* no podrían ser convenientes entre nosotros".

Esto significa claramente la aprobación de la doctrina política del kaiserismo, con su sistemática falsificación patriotería de la historia y la antropología como instrumentos de embrutecimiento del pueblo para dominarlo; es la negación de la verdad científica en una obra que miente

al pretender ser científica, y significa además, en su grotesca puerilidad xenófoba, la afirmación de cosas tales como que la adopción de los sellos de correo o de la "Clearing house" no pueden convenir al pueblo francés, *justamente* porque fueron inventados en el extranjero. Bastan afirmaciones básicas como la citada para descalificar una obra como científica, y para concluir que un publicista de valer no se habría ocupado de divulgarla y comentarla, solidariamente.

No importa si luego da el señor Cloarec también algunas veces en el clavo, como cuando rechaza la concesión de privilegios electorales a los más instruídos, preconizando en cambio el voto familiar, cuando rechaza el gobierno de los técnicos y cuando rechaza el sistema de los gabinetes parlamentarios aprobando en cambio el presidencialista. Esos aciertos son parciales y defectuosos; carecen de la cohesión orgánica y fundamental que da valor científico a las doctrinas; y como esas verdades de "flautista" van mezcladas con un cúmulo de incoherentes errores, no pueden ser desglosadas, sino por un lector que sepa mucho más que el autor (al que en nada puede este ilustrarle) mientras que, al que sepa menos y desee aprender, le causarán serio perjuicio y confusión de ideas, pues las contadas verdades bien aparentes, servirán de pabellón que cubren la mercancía de disparates y necedades. ¿Qué importa tampoco que el señor Viñas y Mey nos recomiende el trascendental "impuesto único" en una de sus rotas, si lo hace con una evidente inconsciencia de su significado? ¿En qué puede beneficiar a una buena doctrina tal linaje de aprobaciones?

Sería, repetimos, improcedente la extensión de esta nota sobre trabajos que tan poco apreciamos, pero ya hemos dicho que queremos darle carácter general. Queremos contribuir a desautorizar casi en masa lo que en estos confusos tiempos se publica, particularmente en la Europa continental, sobre la democracia, el parlamento, el sufragio, etc., etc. Más aún si lo hacen, en países monárquicos, hombres dependientes de la enseñanza o instituciones oficiales, pues están inhabilitados por sus intereses personales para tratar objetiva y científicamente los problemas del gobierno, que obligan necesariamente, para hacerlo así, a analizar las cuestiones de monarquía y república, que son muy peligrosas para ellos. En un caso tan claro no puede razonablemente prescindirse de las consideraciones "ad hominem". Sería demasiado ingenuo tomar completamente en serio los escritos sobre teoría del Estado de autores tan inteligentes como el señor Orlando, ni menos los del poco inteligente señor Posada, por ejemplo, profesor universitario a sueldo de la monarquía, que se ve impelido, por no callarse, a divagar sobre enteléquicos "superliberalismos" (mucho más cómodos de profesar, bajo la dictadura, que el liberalismo a secas) ni, por la misma causa de descalificación, puede darse algún valor a lo que se publique en revistas tales como la de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Podrá investigarse sincera y eficazmente en tales países sobre química, matemáticas, filología... sobre cualquier cosa que no se refiera a las relaciones políticas entre los hombres.

Para apreciar debidamente la subordinación del pensamiento a que aquella situación conduce necesariamente, basta leer estos párrafos del señor Rector de la Universidad de Zaragoza, dirigidos al rey de España, agradeciendo su presencia con motivo de la inauguración del monumento a Ramón y Cajal:

"Esta es la gran deuda de gratitud que tenemos contraída para con Vuestra Majestad Augusta. Decidnos, Señor, qué hemos de hacer para seguir mereciendo vuestro real aprecio y Vos, Señor, más alto y Padre nuestro que estáis en los Cielos, inspiranos en lo que nos reste de vida.

no las palabras, sino las obras con que hemos de expresar este agradecimiento inefable que embarga nuestro espíritu desde tanto tiempo obligado a las bondadosas preferencias afectivas de nuestro Alfonso XIII... De cuatro épocas que habéis estado en Zaragoza, en tres nos distéis esa alegría y nos discernistéis esta gloria. Hoy, sobre todas, venis expreso para visitar nuestro centro de Enseñanza, dedicándonos horas enteras de vuestra vida fecunda, de vuestra actividad portentosa y de vuestra atención superinteligente (¿y superliberalísima?). Sea, Señor, vuestra presencia aquí nuncio de la consecución de estos nuestros fervientes anhelos y Dios y nuestra Virgen del Pilar os paguen con larga vida, salud cabal, prosperidad en el reinado y paz perpetua, el bien que a nuestra Universidad y a la cultura hacéis con vuestra generosa visita". Amén. — C. V. D.

### LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN DICIEMBRE, ENERO Y FEBRERO

#### Novelas, cuentos, etc.

- ATILIO CHIAPPORI: *La Isla de las Rosas rojas*. Editorial "Buenos Aires". Agencia General de Librería y Publicaciones. Rivadavia 1573. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 132 páginas. Precio: \$ 2.50.
- LUCIEN FORGAN: *Tu trahiras*. Roman. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint Germain, 140. París, 1925. 1 vol. de 230 páginas. Prix: 7 fr. 50.
- MANUEL GÁLVEZ: *L'Ombre du Cloître*. Roman de la vie hispano-américaine, traduit par M. GAHISTO. Collection des Maîtres de la Littérature Etrangère. Albin Michel, Editeur. París. 22, rue Huyghens. 1 vol. de 318 pages. Prix: 7 fr. 50.
- NICOLÁS GOGOL: *Les aventures de Tchitchikov ou Les ames mortes*. Poème. Traduit avec une Introduction et des Notes par HENRI MONGAULT. Seule traduction intégrale, conforme au texte russe, donnant l'historique de l'œuvre, les principales variantes et les passages supprimés par la censure. Ouvrage accompagné d'un portrait de l'auteur et de quelques illustrations documentaires. Tomes I y II, de 700 pages. Collection des textes intégraux de la littérature russe. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint Germain, 140. París. 1925.
- ERNESTO MORALES: *Leyendas Guaraníes*. Ilustraciones de Ret Sellawaj. Pedro García, editor. Buenos Aires. 1925. 1 vol. de 210 páginas.
- SALVADOR REYES: *El último pirata*. Cuentos. Dibujos de Meléndez. Nascimento. Santiago — Chile — 1925. 1 vol. de 256 páginas.
- ALBERTO GUILLÉN: *Corazón infante*. "La Novela Peruana". Publicación ilustrada. Lima. Perú. 1 fascículo de 52 páginas.
- ALICIA LARDÉ DE VENTURINO: *Sangre del trópico*. Editorial Nascimento. Santiago — Chile — 1925. 1 fascículo de 48 páginas.
- GUSTAVO ADOLFO MEJÍA (Aijem): *La caída de las alas* (novela). Habana. Imprenta de "El Figaro". 1925. 1 vol. de 190 páginas.
- EL CORONEL IGNOTUS: *La Profecía de Don Jaime*. Segundo viaje planetario. Primera etapa. Biblioteca Novalesco-Científica. Millar N° 101. 1 vol. de 112 páginas. Madrid, Princesa, 12. Precio: 4 pesetas.
- MAURICE DEKOBRA: *La Madona de los coches camas*. (Novela cosmopolita). Traducción de Angel Pumarega. — M. Aguilar, editor. Marqués de Urquijo, 39. Madrid. 1 vol. de 260 páginas. Precio: 5 pesetas.

- ERNEST PÉROCHON: *Los hombres frenéticos*. Traducción de Nicolás Aguilar. M. Aguilar, editor. Marqués de Urquijo, 39. Madrid. 1 vol. de 274 páginas. Precio: 5 pesetas.
- ISABELINO SCORNICK: *Perdidos en la sombra*. Cuentos. Sociedad Editorial Americana. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 112 páginas.
- EDUARDO BARRIOS: *El Hermano Asno*. Novela. Edición definitiva. Colección Contemporánea — Calpe. 1 vol. de 212 páginas. Precio 2 \$.
- ENID KARUNARATNÉ: *Les Larmes du Cobra*. Légendes de LANKA. Traduites et illustrées par ANDRÉE KORPELÉS. Editions Bossard. 140, Boulevard Saint Germain. Paris, 1925. 1 vol. de 108 pages. Prix: 9 fr. 60.

### Poesías

- HORACIO ROGA MOLINA: *La Víspera del Buen Amor*. Editorial Babel. Biblioteca Argentina de buenas ediciones literarias. Buenos Aires, 1925. Serie A. Vol. XXXII, 1 vol. de 128 págs. Precio 2 pesos.
- MARCOS LENZONI: *Brotos morados*. Prefacio de Roberto F. Giusti. Retrato a pluma del autor, por César Caggiano. Edición póstuma. Buenos Aires. MCMXXV. 1 vol. de 120 páginas.
- RAQUEL ADLER: *Cánticos de Raquel*. Editorial Tor, Rio de Janeiro, 760. Buenos Aires. 1 vol. de 112 páginas.
- JAIME TORRES BODET: *Biombo*. Con retrato del autor, por Rufino Tamayo. Herrero Hnos. México. 1925. 1 vol. de 200 páginas.
- ALBERTO GUILLÉN: *Laureles*. Dibujos de Aristides Vallejo. Lima, 1925.
- ANGEL DE ESTRADA: *El Sueño de una Noche de Castillo y otros poemas*. Grabados por A. Bellocq. Obra póstuma. Buenos Aires, 1925. 1 volumen de 240 páginas.
- ALFONSO DEPASCALE: *Poesie scelte di Alfonsina Storni*. Primi saggi di traduzioni delle migliori liriche della grande poetessa argentina. Buenos Aires. Imp. Cappellano Hnos., Sarmiento 1537. 1 fascículo de 60 páginas.
- FRANCISCO SOTO Y CALVO: *Canto a Rosario*. Año 1925. 1 folleto de 8 páginas.
- JOSÉ BAQUERIZAS: *Motivos lugareños*. Versos. Buenos Aires, Arnoldo Moen, editor. Florida 323. 1926. 1 vol. de 144 páginas.
- CORDOVA ITURBURU: *El Árbol, el Pájaro y la Fuente*. Poesías. Segunda edición. Ediciones de la revista "Inicial". Volumen II. Buenos Aires. 1925. 1 vol. de 128 páginas.
- E. REBAQUE THUILLIER: *Poemas de amor, de dolor y de tedio*. Buenos Aires, 1926. J. Lajouane y Cia., editores, calle Bolívar, 270. 1 vol. de 132 páginas.
- ALFREDO D. FERREIRA: *Glosario lírico*, Editorial "Ateneo de Buenos Aires", MCMXXV. 1 vol. de 112 págs.

### Crítica, Literatura

- SALVADOR SALAZAR Y ROIG: *El dolor en la Lírica Cubana*. Discurso leído en la sesión solemne celebrada por la Academia Nacional de Artes y Letras el día 25 de Abril de 1925, al ser recibido como Miembro de Número de la Sección de Literatura de dicha Corporación. Discurso de contestación por el señor Néstor Carbonell. La Habana. 1925. 1 fascículo de 72 páginas.
- RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *Le Sorcelle Tutelari*. Tradotto dallo spagnolo a cura di FOICO TESTENA, con una lettera di Maria Pascoli. Biblio-

- teca d'autori Sud Americani. N° 3. "Atlántida". Casa editrice in Nervi (Génova). 1 vol. de 148 páginas. Prezzo: Lire 8.
- JOSÉ MANUEL CARBONELL: *Manuel Sanguily*. Adalid, Tribuno y Pensador. Discurso pronunciado por el Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, en la sesión solemne celebrada en el Teatro Nacional la noche del 20 de Noviembre de 1925, para inaugurar el curso académico de 1925-26 y honrar la memoria de Manuel Sanguily.
- ELEUTERIO F. TISCORNIA: *Martín Fierro*. Comentado y Anotado. Tomo I. Texto, Notas y Vocabularios. Buenos Aires. Imprenta y Casa editora "Coni". 684, Perú, 684. 1925. 1 vol. de 502 páginas.
- PRUDENCIO DE LA C. MENDOZA: *El sociólogo sudamericano José Ingenieros*. Juicios y Notas biográficas. Santa Fé. MCMXXV. 1 fascículo de 44 páginas.
- INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS: *Catálogo de la Colección de Folklore donada por el Consejo Nacional de Educación. Sección de Folklore. Tercera Serie. Tomo I, N° 3: Jujuy*, catalogada por Vicente Forte. Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 84 páginas. Precio, 1 peso.
- JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA: *Los palcines iluminados*. Barcelona. Gustavo Gili, editor. Calle de Enrique Granados, 45. MCMXXVI. 1 vol. de 186 páginas.
- ARMANDO DONOSO: *La otra América*. Gabriela Mistral. Arturo Cancela. Pedro Henríquez Ureña. Rafael Barret. Karez I. Roshan. Eduardo Barrios. José Toribio Medina. Totila Albert. Colección Contemporánea "Calpe". 1 vol. de 272 págs. Precio: 4.50 pesetas.
- G. CASTAÑEDA ARAGÓN: *Lápices de Café*. Julio Flores. Restrepo Gómez. Luis Tejada. Roberto Valladares. Carlos Villafaña. Gómez Jaime. Tomás Morales. José Salcedo. Nick Carter. "Los autores de hoy". Barranquilla - Colombia. 1 folleto de 16 páginas.
- JUAN AGUSTÍN GARCÍA: *Sombras que pasan*. Andreetta y Rey, editores. Victoria 721. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 248 págs.
- VARIOS: *El Arte y la Literatura en Cuba*. Biblioteca del Club Cubano de Bellas Artes. Tomo I. Primera Serie de Conferencias. La Habana, 1925. 1 vol. de 106 páginas.
- JUAN PABLO FORNER: *Exequias de la Lengua Castellana*. Edición y Notas de Pedro Sáinz y Rodríguez. Clásicos Castellanos Ediciones de "La Lectura". Madrid, 1925. 1 vol. de 206 págs. Precio: 5 pesetas.
- FRANCISCO ROMERO: *Un libro de Wells*. (De "Valoraciones" N° 8, noviembre de 1925). Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 15 págs.
- ARTURO VÁZQUEZ CEY: *El Teatro de Florencio Sánchez*. De *Humanidades*, tomo XI, páginas 123 a 157. Buenos Aires. Imprenta y Casa Editora "Coni". 684, Perú. 1925. 1 foll. de 38 págs.

### Historia, Crónica, Memorias, Viajes, etc.

- GUUSTAVO ADOLFO OTERO: *El Hombre del Tiempo Heroico*. Esquema de un ensayo psicológico y moral de Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Editorial "Renacimiento". La Paz, 1925. 1 vol. de 172 páginas.
- SERGIO PIÑERO HIJO: *El puñal de Orión*. Apuntes de viaje. Editorial "Proa". Buenos Aires. R. A. 1925. 1 vol. de 224 páginas.
- ARTURO CAPDEVILA: *Tierras Nobles*. Viajes por España y Portugal. "El Ateneo". Librería Científica y Literaria. Florida 371. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 204 páginas.
- MARIANO DE VEDIA y MITRE: *La Carta de Mayo*. — CARLOS CORREA LUNA: *La Carta de Mayo y la personalidad del Dr. D. Salvador María*

- del Carril*. — CARLOS HERAS: *La Carta de Mayo y la Libertad de Cultos*. Conferencias pronunciadas en el Instituto Popular de Conferencias, en la Junta de Historia y Numismática Americana y en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata. Buenos Aires. Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez. Bernardo de Irigoyen 186. Año 1925. 1 vol. de 104 páginas.
- MARIANO DE VEDIA y MITRE: *La Carta de Mayo: Estudio Constitucional*. IGNACIO DELGADO: *Las Actas inéditas*. — JUAN ESTEVAN GUASTAVINO: *Salvador María del Carril*. Tres fototipias y reproducción facsimilar de *El Defensor de la Carta de Mayo*. Buenos Aires. Librero editor: Jesús Menéndez. 1925. 1 vol. de 212 páginas.
- TOMÁS OTAEGUI: *Derecho de Gentes Argentino*. Su generosidad. Influencia vasca en su constructividad. Irala. Buenos Aires. Sebastián de Amorrortu, Ayacucho 774. 1 vol. de 340 páginas.
- J. M. COVA MAZA: *Mocedades de Simón Bolívar* (Primer viaje). Prólogo de R. Cayama Martínez. Tipografía Americana Hermanos Silva Baiz. Barcelona, Venezuela. 1 vol. de 216 páginas.
- JOAQUÍN MORENO (Oficial de las Legaciones de México en París y Roma. 1833-1836): *Diario de un escribiente de Legación*. Con una Introducción por Genaro Estrada. Archivo Histórico Diplomático Mejicano. Núm. 16. México. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. 1925. 1 vol. de 290 páginas.
- JOSÉ TORIBIO MEDINA: *Diccionario de Anónimos y Pseudónimos Hispano-Americanos*. Tomo I. A-H. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Núm. XXVI. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1925. 1 vol. de 252 págs.
- JUAN MIGUEL DIHIGO y MESTRE: *La Vida de la Academia de la Historia* (1924-1925). FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE: *José de la Luz y Caballero en la Conspiración de 1844*. Academia de la Historia. Habana. Imprenta "El Siglo XX". República del Brasil, 27. 1925. 1 vol. de 138 páginas.
- LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO: *Esbozo biográfico de Leonardo Olivera* (Contribución al estudio de la Independencia Nacional). Montevideo. Imprenta Nacional. 1925. 1 folleto de 80 páginas.
- ARCHIVO HISTÓRICO DEL CONGRESO DE ENTRE RÍOS: *Libro de actas de 1821*. "Congreso 1º de Entre Ríos en el Paraná. Año de 1821. (Edición reducida de 300 ejemplares, copiada, anotada y corregida personalmente por el Presidente del H. Senado Dr. E. Pérez Colman). 1 folleto de 28 páginas.
- H. G. WELLS: *Breve Historia del Mundo*. Con doce mapas. Traducción de Rafael Atard. M. Aguilar, editor Madrid. 1 vol. de 418 págs. Precio: 10 pesetas.
- II. G. WELLS: *Esquema de la Historia*. Historia sencilla de la Vida y de la Humanidad. Tomo segundo. Editorial "Atenea". Apartado 644. Madrid. 1 vol. de 780 págs. Precio: los 2 tomos, 50 pesetas.

### Política, Sociología, Economía, etc.

- SCOTT NEARING y JOSEPH FREEMAN: *Dollar Diplomacy*. A Study in American Imperialism. New York. MCMXXV. B. W. Huebsch and the Viking Press. 1 vol. de 354 págs. Prix: \$ 2.50 o/a.
- ENRIQUE GAY CALBÓ: *La América Indefensa*. La Intromisión Norteamericana en Centro América. — Centro América intervenida. — Diplomacia interamericana. La Habana. 1925. 1 vol. de 120 páginas.
- JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI: *La Escena Contemporánea*. Biología del Fascismo. La Crisis de la Democracia. Hechos e Ideas de la Revolución

- Rusa. *La Crisis del Socialismo. La Revolución y la Inteligencia. El Mensaje de Oriente. Semitismo y Anti-Semitismo.* Editorial Minerva. Lima. MCMXXV. 1 vol. de 288 páginas.
- ENRIQUE MOLINA (Presidente de la Universidad de Concepción. Chile): *Por los valores espirituales.* Editorial Nascimento. Ahumada 125. Santiago de Chile. 1925. 1 vol. de 186 páginas.
- ALBERTO ULLOA: *La Doctrina de Monroe.* Conferencia sustentada en la Universidad de San Marcos de Lima, el 1º de Diciembre de 1923. Lima. Perú. 1924. 1 folleto de 20 páginas.
- ALBERTO ULLOA: *Wilson y el Wilsonismo.* Lima, Perú. 1924. 1 folleto de 22 páginas.
- ALBERTO ULLOA: *El Fallo arbitral del Presidente de Estados Unidos de América en la Cuestión de Tacna y Arica.* (De la "Revista Universitaria". Año XIX. Vol. 1). Lima. 1925. 1 vol. de 112 páginas.
- CARMELO VIÑAS Y MEY: *En torno a la crisis de la democracia.* Estudios políticos. Publicado en el número de Julio de 1925 de la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia.* Madrid. Editorial Reus. (S. A.) 1925. 1 folleto de 28 páginas.

### Cuestiones Religiosas

- VICENTE DÁVILA: *Jaculatorias.* Prólogo de Carlos Borges. Segunda edición aumentada. Imprenta Bolívar. Caracas - Venezuela. 1925. 1 vol. de 168 páginas.
- JULIO NAVARRO MONZÓ: *Misterios eleusinos y órficos.* Federación Sud Americana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo. 1925. 1 vol. de 110 páginas.
- JULIO NAVARRO MONZÓ: *Dioses, Mitos y Cultos Helénicos.* Federación Sud Americana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. Montevideo. 1925. 1 vol. de 88 páginas.

### Cuestiones Educativas

- ALFREDO L. PALACIOS: *Los Nuevos Métodos. Del Dogma a la Ciencia Experimental.* "Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales". Año II, N° 9. Octubre 1925. La Plata, República Argentina. 1 vol. de 280 páginas.
- MIGUEL GALINDO: *La Bancarrota Educativa.* En Colima. 1925. 1 vol. de 316 páginas.
- ALFREDO L. PALACIOS: *La Universidad Nueva.* M. Gleizer, editor. Triunvirato 537. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 260 páginas.
- DRA. MARÍA INÉS MENDOZA DE RODRÍGUEZ: *La aptitud ortográfica en primer año de los Colegios Nacionales.* Monografía presentada para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras. Diciembre, 1920. Buenos Aires, 1924. 1 foll. de 46 págs.

### Pedagogía

- JUAN COMORERA: *El Abuelo* (Libro del Hogar y de la Escuela). Prólogo del doctor Nicolás Repetto. Ilustraciones de Miguel Rahola. Imprenta Federación Gráfica. Buenos Aires, 1926. 1 vol. de 288 págs.



DRA. MARÍA INÉS MENDOZA DE RODRÍGUEZ: *Ejercicios de Ortografía y Lectura*. Para uso de los grados superiores de la Escuela **Primaria**, y **Primero** y **Segundo** Año de los Colegios Nacionales y Escuelas Normales. Buenos Aires, Librería de A. García Santos, 1925.

### Teatro

- ROBERTO J. PAYRÓ: *Teatro*. ("Vivir quiero conmigo..." "Fuego en el rastrojo", "Mientraiga"). Buenos Aires. Librería y Casa editora de Jesús Menéndez. Bernardo de Irigoyen, 186. 1925. 1 vol. de 364 págs.
- JUAN B. ALBERDI: *La Revolución de Mayo*. Crónica dramática en cuatro partes, con noticia de Arturo Giménez Pastor. Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Documentos. Tomo III, N° 2. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1925. 1 vol. de 110 págs. Precio: 1 peso.
- JUAN B. ALBERDI: *El gigante Amapolas y sus formidables enemigos, o sea Fastos dramáticos de una guerra memorable*. Peti-pieza en un acto, con noticia de Arturo Giménez Pastor. Instituto de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras. Sección Documentos. Tomo III, N° 3. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1925. 1 folleto de 40 págs. Precio: 0.50 centavos.
- AUTOR DESCONOCIDO: *El amor de la Estanciera*. Sainete, con noticia de Mariano G. Bosch. (C. 1787). Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Documentos. Tomo IV, N° 1. Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 40 págs. Precio: 0.50 centavos.
- COLLAO: *Las bodas de Chivico y Pancha*. Sainete gauchesco, con noticias de Mariano G. Bosch. Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Documentos. Tomo IV, N° 2. Buenos Aires. 1925. 1 folleto de 32 págs. Precio: 0.50 centavos.
- EDUARDO INNES GONZÁLEZ: *Cuento de Otoño* (Boceto de Comedia). Estrenado el 25 de Setiembre de 1914 en el Teatro Caracas. Caracas. Tipografía Central. 1921. 1 folleto de 32 páginas.
- EDUARDO INNES GONZÁLEZ: *La de los claveles rojos*. Comedia en un acto. Estrenada en el Teatro Caracas el 22 de Mayo de 1915. Caracas. Imprenta Nacional. 1922. 1 folleto de 24 páginas.
- EDUARDO INNES GONZÁLEZ: *Saldo de Cuentas o Entre viejos camaradas*. Sainete de costumbres caraqueñas, en un acto y en prosa. Tipografía Americana. Caracas. 1924. 1 folleto de 40 páginas.
- AUTOR ANÓNIMO: *Los habitantes de la luna en manifestación a los de la tierra*. Obra en cinco cuadros. República Argentina. Buenos Aires, 10 de Diciembre 1925. 1 folleto de 24 páginas.
- BERNARD SHAW: *Hombre y Superhombre*. Comedia y Filosofía, en cuatro actos, en prosa. Traducción de Julio Brontá. M. Aguilar, editor. Madrid. 1 vol. de 278 págs. Precio: 3 pesos.

### Filosofía

- F. GRAEBNER: *El Mundo del Hombre primitivo*. Colección "Nuevos Hechos. Nuevas Ideas". VI. Biblioteca de la *Revista de Occidente*. Madrid, 1925. 1 vol. de 238 págs. Precio: 3.50 pesos.
- LEONIDAS PASTORIZA: *Algo sobre Evolución*. Catamarca, 1925. 1 folleto de 26 páginas.

## Filología

- MAURICIO SCHNEIDER: *La colocación del pronombre*. Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuadernos. Tomo I, N° 5. Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 20 páginas.
- RENATA DONGHI DE HALPERIN: *Contribución al estudio del italianismo en la República Argentina*. Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuadernos. Tomo I, N° 6. Buenos Aires, 1925. 1 folleto de 18 páginas.

## Varios

- MODESTO BARGALLÓ: *Manual de Física*. Ediciones Sardá. Reus. 1925. 1 vol. de 396 páginas.
- GREGORIO ARÁOZ ALFARO: *Nuestros males sociales: Cómo proteger eficazmente Mujeres y Niños*. Conferencia pronunciada en *El Círculo*, el 27 de Noviembre de 1925. Publicaciones de *El Círculo*. Rosario, 1925. 1 folleto de 24 páginas.
- PEDRO B. FRANCO: *Bibliografía analítica de las Obras completas de Emilio Frers*. Buenos Aires. "Oceana". 1925. 1 folleto de 80 páginas.
- PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: *La Utopía de América*. Ediciones de "Estudiantina". La Plata. MCMXXV. 1 folleto de 24 páginas.
- T. ELMORE LETTS: *Algunos Documentos relacionados con el asesinato de Edwin Elmore*. Lima, 1925. 1 folleto de 24 páginas.
- JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS: *Memoria correspondiente a los Cursos 1922-3 y 1923-4*. Madrid, 1925. 1 vol. de 420 páginas.
- LUIS FERNÁN CISNEROS: *La sugestión de la sonrisa*. Conferencia pronunciada en *El Círculo*, el 14 de Agosto de 1925. Publicación de *El Círculo*. Rosario, 1925. 1 folleto de 34 páginas.
- MANUEL TRIGO VIERA: *Juan J. Atencio*. Periodista, Político y Legislador. (1870-1918). In Memoriam. La Plata, 1925. 1 vol. de 520 págs.
- JULIO ALVARADO, Presidente de la "Universidad Popular" de la Federación de Estudiantes de Sucre: *El caudillismo en Bolivia*. Carta a Manuel A. Seoane, Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú. Sucre, Bolivia. Agosto de 1925. Imprenta Bolívar. 1 folleto de 22 páginas.
- SAMUEL GALÍNDEZ: *Concesiones de Electricidad*. Guía práctica para el público consumidor de corriente eléctrica de la ciudad de Buenos Aires. Pedro García, editor. Florida 371. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 224 págs. Precio: 3 pesos.
- VIRGILIO TEDÍN URIBURU: *E. Gandulfo de Souza versus Herederos de Felipe Cuenca*. Reivindicación, petición de herencia, nulidad y prescripción. Buenos Aires, 1925. 1 vol. de 96 páginas.
- M. GÓMEZ CANO: *La Sociedad de las Naciones y la Protección a la Infancia*. Reuniones de la Comisión Consultiva de la Trata de mujeres y niños. Ginebra, Mayo 1925. Publicaciones del Consejo Superior de Protección a la Infancia. Madrid, España. 1 folleto de 32 págs.

## MISCELANEA

### Vidala y Vidalita

EN el N.º 198 de Nosotros habla R. de la *vidalita* como forma métrica. Y ello me incita a hablar del vocablo *vidalita*.

Lisandro Segovia (en su *Diccionario de argentinismos*) nos dice que esta voz deriva de *vida* y una desinencia caprichosa agregada por los indios. El Sr. Monner Sans (en *Notas al castellano en la Argentina*) afirma a su vez que proviene "del quichua *vidalita*, que quiere decir *mi vida*". Y Ricardo Rojas (en su *Historia de la literatura argentina*) sólo enuncia, de paso, — de esta "palabra de emoción" — que "es una voz híbrida de probable influencia quichua".

Pues bien; ni la desinencia agregada por *los indios* en la voz *vidalita* es caprichosa (lo caprichoso es agregado de quienes no eran indios); ni dicha palabra viene del quichua *vidalita* (que en el quichua no existe), ni su significado es *mi vida*. Es, sí, un vocablo híbrido, que tiene su influencia quichua, como se verá.

La forma original y equivalente de *vidalita* es *vidala*, voz que usan con preferencia y mayor conocimiento los criollos del interior, especialmente los santiagueños que saben el quichua. Y *vidala* deriva de *vidalla*, voz compuesta de *vida* y *lla*, partícula quichua, que pospuesta a los nombres, los hace diminutivos con sentido amoroso o cariñoso (Mossi y Berrios: *Gramáticas quichuas*). *Vidalla*, vocablo ya híbrido, significa, pues, *vidita* — en el sentido indicado — (voz también muy usada por nuestros paisanos). E igual significa *vidala*, corrupción de *vidalla*.

Entrada en el lenguaje común la palabra *vidala* como designación de la canción conocida, gentes que no hablaban el quichua, ni sabían su significado, la hicieron *vidalita*, agregándole, sin necesidad lógica, el sufijo *ita*, diminutivo español: Es decir, compusieron ¡un diminutivo de un diminutivo!

Formada a su vez la voz *vidalita*, nuevamente los criollos concedores del quichua idearon con ella otra más: *vidalítay* (muy usada, dentro de la composición, en nuestras *vidalitas*); la cual no es simple paragoge de *vidalita* como piensa el Sr. Monner Sans. (op. cit). La y agregada a *vidalita* es quichua y significa lo que nuestro posesivo *mío*, *mi* (Mossi y Berrios). *Vidalítay* quiere decir, por tanto, *vidita mía* o *mi vidita*.

Finalmente nos queda la forma *vidalítá* (empleada tanto o más que *vidalítay*, dentro de estos cantares llamados *vidalitas*). Pero ella, si no es corrupción de *vidalítay* (lo que es probable), es la simple forma aguda de la voz *vidalita*, creada por razón métrica.

Nada más.

M. LIZONDO BORDA.

**A propósito de vidualitas**

**E**L señor Elías Carpena nos escribe:

Buenos Aires, Enero 24 de 1926.

Estimados amigos: el N° 198 de *Nosotros*, en la sección *Miscelánea* trae una disquisición que firma "R", alrededor de seguidillas, vidualitas y soleares, motivada por mis versos del N.° 197, que intitulaba "Vidalita del Retorno".

Contrariamente a lo que entiende el señor "R.", el título de mi composición no es designación estrófica sino poética. No adaptándose tal como es a la música de la popular vidualita sólo cabría en la canción merced a ciertas variantes y repeticiones que no es del caso señalar; ya que como he dicho, la he llamado vidualita porque creí sentir en su más íntima estructura una correspondencia sentimental con la vidualita que se canta, y acaso porque fué escrita en una nostalgia de guitarra y de quereres gauchos.

Si a esto agrego que su forma ha surgido espontáneamente, sin que haya mediado ninguna preocupación, queda absolutamente librada de ese carácter pleitivo que le adjudica la interpretación del señor "R".

Pero habiendo sido mis versos el origen de la perplejidad del señor "R", justo es que sea yo quien lo "desperplejide".

La denominación popular que pone en aparente trance de contradicción a dos poetas tan autorizados en la materia como Rueda y Machado, no se refiere a una determinada forma de estrofa sino a su adecuación en ciertos motivos musicales; es decir que el nombre de *seguriya* y *solear*, ha sido dado al *aire*; ya que el pueblo nada sabe de formas estróficas, pero sí de *tonadas*. Y la confusión del señor "R" tendría motivo de repetirse siempre que hubiera entre distintos aires populares una coincidencia en el número y pausa de los compases, que a su vez determinara una identidad formal de sus estrofas respectivas. Coincidencia esa que se repite muy a menudo por cierto, como puede evidenciarlo el señor "R" con adentrarse un poco en la lírica de nuestro propio folklore.

El señor Director comprenderá que con la aclaración que hice al título de mis versos, quedando la vidualita de mi pecado nostálgico, forastera del pleito, y conteniendo en él Rueda y Machado, solamente, vale el exceso de estas líneas como una desinteresada contribución a la defensa de ambos.

Sin otro motivo y agradeciendo por anticipado la publicación de la presente, saluda a ustedes afectuosamente, su amigo y seguro servidor.

ELÍAS CARPENA.

**Cuentos africanos y relatos criollos**

**L**EYENDO hace unos meses la obra *Decamerón negro* de León Frobenius, editada por la *Revista de Occidente*, tropezamos con algo, si no importante, muy curioso. Se trata de pasajes — en algunas de sus narraciones, — poco menos que *idénticos* a otros que andan en cuentos y "casos" de esta tierra.

Unos están en la fábula *Somba burla al rey*, donde ocurren, entre Somba (el conejo) y Uegonaba (el león), dos incidentes puede decirse iguales a los que suceden entre el zorro y el tigre en una de nuestras más conocidas fábulas populares (del interior). Uno es cuando Somba, con el cuento de un huracán que vendría, consigue atar — a un árbol — a

Uegonaba; y otro, cuando un perro de Uegonaba persigue a Somba, y al meterse éste en la arboleda, lo caza de una pata; y cuando entonces, Somba, para salvarse, le dice que muerde un palo y no su pata, con lo cual el perro — muy tonto por cierto —, creyendo la advertencia, lo suelta. Compárese, ahora, estos pasajes con sus parejos de la fábula del zorro y el tigre, contada por Ricardo Rojas (en *El País de la Selva*), y se verá la semejanza.

Otros pasajes por el estilo están en el cuento *Un bastardo*, que tiene asombrosos parecidos con la graciosa narración *Macho, alazán y tuerto*, que como cuento popular sanjuanino, trae en su libro *Cuesta Arriba* el escritor Fausto Burgos. (Este me ha dicho que se lo contó un viejo criollo, don Samuel Salinas). Trátase, en uno y otro "caso", de tres hermanos que se querellan, y a los cuales, mientras van de camino para ver a un juez, ocurren — con pocas variantes — los mismos o muy semejantes incidentes: principalmente en los datos que, en el uno, dan los tres hermanos sobre un camello extraviado, y en el otro, el menor de los hermanos, sobre un *macho* perdido...

Fuera de estas citadas, muy probable es que alguien halle otras analogías y coincidencias, de estos cuentos y fábulas de Africa, con otros argentinos o americanos que yo no conozco.

Y ¿qué se infiere de todo esto? ¿Que se trata de mera semejanza sin mayor trascendencia? No es muy seguro: por la demasiada semejanza. Lo más probable — ¿porqué no? — podría ser que el origen del cuento y pasajes fabulescos, argentinos, que se ha mencionado, esté en las narraciones africanas ya enunciadas (puesto que lo inverso debe descartarse). Más ¿cómo habrían llegado a nosotros los relatos negros? Muy sencillamente: traídos por los pobres esclavos africanos, repetidamente sembrados por América. Y como, según Frobenius, no todos estos esclavos eran *várbaros* o *estúpidos* (a pesar de que así nos lo hicieron creer), lógico es suponer que entre los numerosos negros repartidos por la tierra argentina hubiese no sólo *sufas* (peones) sino también *fulbes*, (caballeros), y *dialis* (bardos) que aquí, en las noches estrelladas, rememorasen y narraran, nostálgicos, las gestas, los cuentos y las fábulas de su lejana Africa. Ahora bien; gustadas y propaladas estas narraciones, mientras pasaban de boca en boca, debieron ir perdiendo su carácter exótico, cuando los *repetidores* criollos las iban poco a poco *alterando* y *adaptando* — con más o menos arte — a la naturaleza y al ambiente argentinos.

Se ha notado ya, me parece, que ciertas *supersticiones* de nuestro pueblo y algunas *voces* características, usadas por el mismo, provienen del Africa. Con lo expuesto, casi se demostraría además, que entre las narraciones populares de nuestro suelo, tenidas por más *vernáculos*, hay algunas (muchas quizás) que no lo son: por ser simples relatos, más o menos desfigurados, *provenientes del Africa*.

M. LIZONDO BORDA.

Tucumán, diciembre de 1925.

### Sobre el valor del testimonio

**S**OBRE el valor real del testimonio, tan liberalmente admitido por los códigos, es reveladora esta página, que copiamos del libro *La leyenda negra*, de Julián Juderías (3ª edic.):

"Los organizadores del Congreso de Psicología que se reunió en Gotinga, hicieron a costa de los mismos congresistas, que eran profesores de indiscutible mérito, un experimento de gran valor científico, no sola-

mente para la especial disciplina a que iban a consagrarse los trabajos de la asamblea, sino para otras muchas ciencias. Celebrábase a corta distancia del lugar donde se hallaba reunido el Congreso, una fiesta popular. De repente abrióse la puerta del salón de sesiones y entró en él un payaso perseguido por un negro que le amenazaba con un revólver. En medio del salón cayó a tierra el payaso y el negro le disparó un tiro. Inmediatamente huyeron el perseguidor y el perseguido. Cuando el docto concurso se repuso del asombro que aquella escena le causará, rogó el Presidente a los congresistas que sin pérdida de tiempo redactase cada uno un relato de lo acaecido por si acaso la justicia había menester de esclarecimientos. Cuarenta fueron los relatos que se le entregaron y de ellos diez eran falsos en su totalidad; veinticuatro contenían detalles inventados y sólo seis se ajustaban a la realidad. Ocurrió esto en un Congreso de Psicología, y eran autores de los trabajos en que se faltaba tan descaradamente a la verdad, hombres dedicados al estudio, de moralidad indudable y que no tenían el menor interés en alterar la verdad de los sucesos de que habían sido testigos.

“Este hecho es profundamente desconsolador para los aficionados a la Historia. En efecto, surge inmediatamente la pregunta: si esto acaeció en un Congreso de Psicología, entre personas de completa buena fe, ¿qué no habrá sucedido con los relatos de los grandes acontecimientos históricos, de las grandes empresas que transformaron el mundo y con los retratos de insignes personajes que han llegado hasta nosotros a través de los documentos más diversos y de los libros más distintos, por su tendencia, y por el carácter de sus autores? ¿Cuántas no serán las falsedades que contengan y los errores de que se hagan eco?”

Todo esto está muy bien; y para probarlo con un ejemplo, el propio autor se expresa en la siguiente forma, en la dedicatoria a Alfonso XIII que antepone al texto: “... Diráse, tal vez, que el antiguo y desfavorable concepto que de nuestra Patria se tenía en el Extranjero, ha sufrido de poco tiempo a esta parte, un cambio tan profundo como favorable debido a la labor personal de Vuestra Majestad...” Lo que al mismo tiempo corrobora las atinadas reflexiones de más arriba, y prueba que los veraneos en Deauville, las hazañas en el tiro de pichón y las cacerías en el coto de Doñana, no han sido sacrificios inútiles para el buen nombre de España.

Profundas observaciones sobre la común incapacidad de decir la verdad hallará el curioso lector en *La llama inmortal*, hermoso libro de Wells publicado hace poco en castellano. Wells ha visto esto, como tantas otras cosas, con esa manera de hombre genial que al ver las cosas parece que las inventara.

No hay que forjarse ilusiones. El hombre, por naturaleza, no es científico ni filósofo, sino artista. No necesita un interés especial para complacerse en arbitrarias creaciones: le basta con obedecer a su propia ley. Decir la verdad es la excepción; pensar crítica, objetivamente, es un milagro. La selva invisible del mito nos circunda, crece, se renueva continuamente. Probablemente, sin ella no podríamos vivir.

F. R.

### El filólogo y el filósofo

**F**EDERICO Augusto Wolf fué el gran reformador de los estudios filológicos en Alemania. El 8 de abril de 1777 se presentó en la Universidad de Gotinga para inscribirse como *philologiae studiosus*, denominación poco o nada empleada hasta entonces como título de especialidad científica.

"Así mostraba el intento de considerar la filología disciplina bien distinta de toda otra, con su propio fin en ella misma, mientras en Alemania servía en aquel tiempo puramente de preparación para los estudios teológicos o jurídicos, o de recurso subsidiario para los mismos. Por lo cual los filólogos germánicos tienen el 8 de abril de 1777 por el *dies natalis* de la filología clásica en el sentido moderno" (Inama: *Filologia Classica*). Gotinga se hizo famosísima en estos estudios vivificados por Wolf, hasta dar lugar a la frase de Stendhal en su *Histoire de la Peinture en Italie*: "Le seul pays où l'on connaisse les Grecs, c'est Goettingue".

Las investigaciones de Wolf en torno a las cuestiones homéricas abren época, aunque sus conclusiones, naturalmente, fueran pronto corregidas por eruditos posteriores. A propósito de estas conclusiones, el célebre filósofo Fichte escribió a Wolf manifestándole haber él llegado a los mismos resultados respecto a la época homérica, empleando la deducción *a priori*, que el filólogo mediante la crítica empírica de los textos. El ilustre erudito, dice Flint, de quien tomamos la anécdota, "le responde con malicia que hay ciertos pueblos de que los antiguos no nos han conservado, por desgracia, más que el nombre, y que tendría mucho gusto en aprender su historia de alguno que, como Fichte, pudiera conocerla *a priori*."

F. R.

### Limpia, fija y da esplendor

**P**UBLICAMOS a continuación esta ingeniosa nota que hemos recibido, aun haciendo nuestras justificadas reservas sobre algunas de las afirmaciones que implícita o explícitamente supone o contiene:

"Esta edición XV es más condescendiente con el uso; ha atendido más solícitamente que las anteriores a la lengua moderna comúnmente hablada y escrita en los países de lengua española por las personas cultas..." "Ha concedido también atención muy especial a los regionalismos de España y de América que se usan entre las personas cultas de cada país..." (Proemio de la XV edición del Diccionario oficial).

(Las ciento catorce expresiones incluso las acepciones de palabras que se subrayan, figuran por primera vez en el Léxico de la Academia):

¡Qué fregar! ¡Si seré pavo! Conchabado en la Asesoría de Menores, pasaba una vidorria macanuda, pero cometí una zoncera: me dió por farrrear y el asunto se me puso feo; un día llegué tarde a la oficina, y el solemne fantoche de mi jefe, un gallego que me tiene tirria, me despachó. ¡Malditas faldas y maldito tango!

Ahora ando de rositas, aunque fundido, pobre como una laucha, aplanando veredas, como si tal cosa, en un callejco de más de cien cuerdas diarias. Ya no me quedan vidricras donde estacionarme. ¡Como si mucho me interesaran las novedades que en ellas se exhiben! ¡Vaya una entretención!

Y uso estos tamangos y este sufrido chaqué de gabardina, porque toda mi indumentaria, sin frisa ya, ha quedado reducida a unas cuantas cacharpas relumbrosas, que ni con quillay...

Para mi mantención, — porque hay que hacer por la vida — me valía últimamente de un restaurante barato de la calle no sé cuantos, allá por el fin del mundo, donde el diablo perdió el poncho. Antes, en los

*buenos tiempos*, comía con música en uno de los del *centro*, pero era bastante *saladito* y malo. *Figúrense* que hasta el *incomible bistec de vaquillona*, mi plato favorito, me lo servían *homeopáticamente* y me *explotaban* cobrándome una *enormidad*, un *platal*. Si el tal *restaurante* me *resultó un clavo*, el nuevo era *imposible*, por lo cual resolví dedicarme al *vegetarianismo*, y a fe que lo hago con *éxito*: ya me voy *familiarizando* con ciertos potajes *aguachentos* de *zapallos* y *choclos* y de *yuyos a patadas*; *alfajores*, *mazamorra*, *mazacotes* y otros postres "*escogidos*". Mato así mi *hambruna*, sin temor de *indigestarme*. ¡Claro! ¡si estoy hecho un *fideo*!

¿Y por qué — *retrucarán* ustedes — no *rumbo* de nuevo a la oficina y procuro *normalizar* la situación, gestionando *compungido* el *reingreso* y *exteriorizando* *emocionado*, aunque sea a *regañadientes*, la penosa *intranquilidad* de este *pedazo de pan*?

¡Cualquier día voy a presentarme ante quien me ha tratado con una *desconsideración* que *no tiene nombre*! Por otra parte la cosa ya sería *fiambre*, y además, el viejo *puritano* ese—¡lo estoy viendo!—me *calentaría la cabeza* con una *sarta* de expresiones *dulzonas* de puro *formulismo*, *salpicadas* con el *cróscrono carraspeo* de su *especialización*; me *discursearía*, *de fijo*, sobre el cumplimiento del deber, *sacando a relucir la mar de pampelinas sacramentales* por el estilo, y, — ¡no sé qué les diga! — *corto de genio* y *total*, como soy, *le metería los monos*. *fajándole* un par de *trompadas*, luego se *armaría la gorda* y yo *saldría de allí a la disparada*, *descompaginado* y con una *desilusión* más.

Y todo esto, ¿*a santo de qué?*... En fin, que me han *embromado* y *sanseacabó*.

X. X.

### Kant traducido al... alemán.

EL lector sabe, o sospecha por lo menos, que los más importantes libros de Kant, su *Crítica de la Razón pura* ante todo, se hallan traducidos a los principales idiomas. No podía ser de otro modo. Además de poderse leer en muchos idiomas vivos, están en latín, en la traducción de Born, bárbara aunque estrictamente ceñida al texto alemán, en opinión de Menéndez Pelayo, que la recomendaba a los lectores españoles y la utilizó él mismo. De la citada *Crítica* hay en francés varias traducciones; recordamos ahora la de Jules Barni, V. Tissot, Tremesaygues... En castellano, en cambio, sólo hay media que sea directa, la del cubano Perojo, no muy fácil de encontrar ya, y aun esa media la tuvo encarpeta el traductor bastante tiempo esperando el momento propicio para darla a la publicidad.

Contrasta con esta parsimonia la actitud de los alemanes. No se contentan con multiplicar sus ediciones del texto original, sino que hasta lo traducen al alemán corriente para eliminar así las dificultades que pudieran ofrecer al lector el lenguaje filosófico del siglo XVIII y el estilo peculiar del pensador. A partir de 1920 ha publicado W. Stapel una traducción de esta clase de la *Crítica de la Razón pura*. Pero la idea no era nueva. Emil Kühn, por lo menos, había ya traducido al alemán usual los *Prolegómenos a toda Metafísica futura*, del mismo autor, en 1908.

R.



## ECOS Y NOTICIAS

### Elémir Bourges

FUÉ un gran novelista que no alcanzó la popularidad. Sin embargo los finos lectores siempre supieron atribuir el valor y la significación que tienen, a sus dos obras maestras: *Les oiseaux s'envolent et les feuilles tombent* y *Le crépuscule des dieux*. Fué un artista solitario y austero, que no buscó la fácil gloriola de los cenáculos literarios, ni la *réclame* periodística, aunque fué llamado a formar parte de la Academia Goncourt. Su obra es reducida, pero sólida, obra nada más que de novelista — desde que en 1886 abandonó la crítica literaria y la vida agitada de las redacciones — y realizada lentamente con alta conciencia artística. La forman cuatro novelas: *Bajo el hacha*, novela de juventud en que se narra con vigor y emoción concentrados la guerra de la Vandea entre realistas y republicanos; las dos ya citadas y el poema mítico en prosa, *La nave*. *El crepúsculo de los dioses* es la historia de la vida absurda, libertina y trágica de un príncipe alemán destronado y desterrado en París — novela rápida y violenta, rica de contrastes shakespirianos. En 1892 publica *Los pájaros se alejan y las flores caen*, obra de la cual dice Blasco Ibáñez en el prólogo de la traducción castellana, que es “la más poética de las novelas modernas y al mismo tiempo la más intensa como pensamiento filosófico”. Desencantada y pesimista, por lo que toca a lo humano, esta grande historia de una minúscula corte, que se inicia con un cuadro formidable, el de París ardiendo la noche de la Comuna, y concluye con una condenación implacable de este mundo, es la obra, más que de un narrador minucioso, de un lírico panteísta. En la advertencia que la precede el autor declaró su filiación artística, al confesarse humildemente discípulo de los grandes poetas ingleses del tiempo de Isabel y de Jacobo, y del más grande entre todos, Shakespeare, y declaró también su credo: apartarse de la minuciosa copia de la realidad diaria, y “recorrir al espejo mágico de los poetas para volver a ver al hombre en su heroísmo, su grandeza y su verdad”. En la dedicatoria a su “querido maestro” Teodoro de Banville expresó entera su conciencia de artista desinteresado: “Bastante menos hábil que el célebre Ismenias — escribió, haciendo suya una frase de Juliano el Apóstata — pero independiente, como él, del favor de los hombres, me prometo que, a imitación suya, cantaré siempre para mí y para las Musas”.

*La nave*, antes que una novela, es una formidable epopeya filosófica, un poema mítico que nos recuerda las tragedias de Esquilo y los frescos de Miguel Ángel. Su primera parte apareció en 1904, la segunda, casi veinte años después. “Ella marca una fecha en la historia de nuestras letras — escribió Edmond Jaloux —; honra nuestra época y nuestra patria, y contará entre sus glorias más altas”.

Había nacido en los Bajos Alpes en 1852. Su muerte parece haber pasado inadvertida en la Argentina: los grandes diarios lo tenían olvidado. Ciertamente no habría sido así, si el malogrado Emilio Becher todavía perteneciese a la redacción de *La Nación*. — Becher, que juzgaba *Les oiseaux s'envolent et les feuilles tombent* —, como la más hermosa novela de fines del siglo pasado, y que se prometía traducirla para Nosotros.

### Carolina Michaelis de Vasconcellos

**E**STA ilustre romanista, gloria de la erudición portuguesa, alto honor de su patria originaria, Alemania, y de su sexo, murió el 16 de noviembre pasado, en su casa de Oporto, a los 74 años de edad. Pocos filósofos contemporáneos poseían la extensión del saber y la penetración y agudeza de esta "hada benéfica que Alemania envió a Oporto para ilustrar gloriosamente las letras peninsulares" — como dijo de ella Marcelino Menéndez y Pelayo. Sus trabajos de historia literaria, de etimología y lingüística, de arqueología, de etnografía, de historia, de arte, publicados indistintamente en alemán y en portugués en libros y revistas, se cuentan por centenares. Había nacido en Berlín el 13 de marzo de 1851, y allí inició sus estudios generales y filológicos; apasionada, desde temprano, por la cultura ibérica, estudió el español, el árabe, el portugués, y ya antes de los 19 años sorprendía la atención de Gastón París con doctas monografías como las *Ilustraciones al Cid*, de Herder y su *Romancero del Cid*, hasta vincularse estrechamente con la tierra y el alma portuguesas por su enlace con el músico y erudito lusitano Joaquín de Vasconcellos, con quien formó un hogar dichoso, donde la ciencia no mató ni reseco nunca a la mujer, y en el cual todos sus colegas y discípulos, veneraban no sólo la eminente profesora de Coimbra, sino también la esposa, la madre, la abuela.

No pretendemos reseñar aquí todos sus estudios, algunos de ellos formidables como su edición y comentario, en dos gruesos volúmenes, del *Cancionero de Ajuda* (Halle, 1904), y su ilustración, por la vía de él, de toda la lírica gallego-portuguesa medieval. El arte trovadoresco y juglaresco, el romancero, el Amadis y las novelas de caballería, Gil Vicente, Bernardino Ribeiro, Camoens, cien asuntos más, literarios, lingüísticos o gramaticales, fueron ilustrados por ella con tanta seguridad y agudeza, que no hay nota o monografía suya, por breve que sea, que no encierre alguna enseñanza. En enero de 1924, bajo su dirección, y en unión de eminentes portugueses, como Alfonso Lopez Vieira, Agostinho de Campos, Antonio Sardinha, poco después fallecido, Antonio Sergio, José Leite de Vasconcellos, José de Figueiredo, Reynaldo dos Santos, Ricardo Jorge y otros más, aparecía una gran revista de cultura, *Lusitania*, sobre la cual informamos entonces, y algunos de cuyos trabajos hemos comentado. De ella Carolina Michaelis fué el alma hasta su muerte. El fascículo VIII de *Lusitania*, que acaba de llegarnos, lo dice: "Carolina Michaelis nos dió su alma y su vida... Su sangre alemana comunicó a una rama principal de la intelectualidad portuguesa las virtudes o dotes que más falta le hacían". El próximo número de la importante publicación estará enteramente consagrado a su memoria. Lo comentaremos como se merece.

### Adolfo Bonilla y San Martín

CON la muerte de Adolfo Bonilla y San Martín, pierde España otro ilustre cultivador de sus estudios literarios. Fué Bonilla un trabajador infatigable. Había nacido en Madrid en 1875; estudió derecho y humanidades y fué discípulo de Menéndez y Pelayo, a quien dedicó en 1914 el mejor estudio biográfico, crítico y bibliográfico hasta ahora publicado sobre aquel admirable maestro. Abarcó Bonilla la triple esfera de la Filosofía, del Derecho y de la Historia Literaria, aportándoles su rica y variada erudición; enseñó Historia de la Filosofía en la Universidad Central. Sus libros y monografías son numerosísimos. En materia filosófica, merecen recordarse *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento* (1903); su *Archivo de Historia de la Filosofía*, publicado en colaboración con sus discípulos (1905-1907) y su *Historia de la Filosofía Española*, de la cual se publicaron dos tomos en 1908 y 1911. En materia literaria se hizo acreedor a la gratitud de los estudiosos con sus *Anales de la Literatura Española*, publicados a partir de 1904; con su edición del *Libro de los engaños*, traducción del *Scndebur*, mandada hacer en el siglo XIII por el infante don Fadrique (*Biblioteca hispánica*, t. XIV); con su edición crítica de las *Obras completas* de Cervantes, hecha en colaboración con el hispanista yanqui Rodolfo Schevill; con las del *Baladro del Sabio Merlin*, del *Palmerín de Inglaterra*, del *Tristán de Leonís* y otros libros de caballerías (en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles), de *El Diablo Cojuelo*, del *Lazarillo de Tormes*, etc.; con sus muchos estudios cervantinos y particularmente sobre *La tía fingida*; con sus ilustraciones de los libros de caballerías, de *La Celestina*, del origen del Teatro (en *Las Bacantes*), etc. En colaboración con Julio Puyol y Alonso, escribió una novela histórica: *La hostería de Cantillana* (1902); también editó un volumen de versos: *Prometeo y Arlequín*. Había dirigido la *Revista crítica hispano-americana*, y actualmente, junto con Ricardo León, dirige una revista popular, de carácter misceláneo, *Hispania*. Pertenecía a la Academia Española y a las de Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

### Elyσιο de Carvalho

DOCOS meses atrás, Francisco Romero comentaba en estas mismas páginas su última colección de artículos. *Suave austero*, que el ilustre crítico brasileño nos había enviado amistosamente. Ahora ha muerto, lejos de su tierra, — a la cual dedicó muchas de sus mejores páginas, de alta belleza cívica y literaria, — en Schatzalp, sucumbiendo a una cruel enfermedad. Deja numerosas obras de crítica literaria y de discusión política y sociológica, entre las cuales citaremos *As modernas correntes estheticas* (1907), *Bárbaros e Europeus* (1909), *Esplendor e decadencia da sociedade brasileira* (1911), *Brasil, potencia mundial* (1919), *Príncipes del espíritu Americano* (1923), *A realidade brasileira* (1922), *Suave austero* (1925).

En 1924 fundó en Río de Janeiro la revista nacionalista *América Brasileira*.

### Juansilvano Godoy

PERIODISTA, historiador, diplomático y legislador, Juansilvano Godoy, hombre representativo de la intelectualidad paraguaya, falleció en la Asunción el 27 de enero. Nació en 1850 y ya a los veinte años formaba parte de la Convención Constituyente que dió al Paraguay su carta fun-

damental. Alejado de su tierra en 1879 por razones políticas, residió largos años en Buenos Aires. Ministro más tarde del Paraguay en el Brasil, de su representación nacieron dos libros: *Mi misión a Río de Janeiro* y *El Barón de Río Branco*. También representó a su gobierno en el centenario de nuestra Independencia y tomó parte en el duodécimo congreso panamericano. Escribió numerosos trabajos de orden histórico, algunos de ellos reunidos en libros; en marzo del año pasado (núm. 190) Nosotros publicaba una interesante comunicación suya sobre la batalla de Ituzaingo. Desde muchos años atrás dirigía la Biblioteca y Museo Nacional de la Asunción.

- **M**UERTO Antonio Maura, un político, el 13 de diciembre, la Academia Española ha obrado con acierto en la elección de su Director interino, celebrada en la junta ordinaria del 23 del mismo mes (las elecciones en propiedad sólo pueden hacerse el primer jueves de cada diciembre). El nuevo Director es don Ramón Menéndez Pidal, el más indiscutido maestro contemporáneo, sin duda, en el campo de la Filología española, docto investigador de la época y las crónicas medievales.

- **U**NA nueva poetisa de talento excepcional acaba de revelarse en Francia. Tiene once años y se llama Sabine Sicand. La composición que la ha puesto en primer plano dámosla a continuación en su idioma original, a fin de poder guardar el sabor que con una traducción perdería:

C'est un matin... non pas un matin de Corot  
Avec des arbres et des nymphes. Sur la terre,  
C'est un coin tout petit, entre des murs de pierres  
Pas bien hauts...

C'est un matin dans le petit jardin du presbytère.  
C'est un matin d'automne  
Vigne rouge, dahlias jaunes,  
Petits doigts tortillés des chrysanthèmes roux.  
Chute des pièces d'or sous l'aubépine; au bout.  
Un tournesol montrant sa face de roi nègre  
Sous un diadème en plumes raides, un peu maigres.  
Arrosoir vert, près du géranium en pot...  
C'est un matin sans nymphes de Corot.

- **S**E ha descubierto, en Palestina, el sepulcro que guarda los restos del insigne filósofo judeoespañol Moisés ben Maimón (Maimónides) que, nacido en Córdoba, como Séneca, proporcionó tanta gloria a las culturas hebrea, árabe y española. El ilustre investigador D. Ignacio Bañier, que trabaja en este asunto, comunicó al gobernador de Córdoba (España) el hecho. Este señor le ha contestado ofreciendo la colaboración personal de elementos cordobeses de cultura, que intentarán sean traídos los restos del gran hombre a su ciudad natal. Su sepulcro se construirá en la sinagoga de la capital andaluza, que ha sido considerada como monumento nacional.

- **U**NA de las obras inéditas de Barrés que se anuncia como de las más importantes es una novela sobre el Rhin dividida en tres partes. Los personajes centrales son dos estudiantes, uno francés y otro alemán, que entre el año 10 y el 20 de este siglo se encuentran en distintas ocasiones, sirviendo el choque de sus antagonismos para dar tema a la trama.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### La Hazaña

Los pueblos de nuestra raza y de nuestra lengua han conocido en estos días, primero la inquietud, luego el asombro, más tarde el entusiasmo delirante, la honda emoción, a medida que cuatro muchachos de la estirpe consumaron en el hidroavión Plus Ultra, con la elegancia y precisión de un cálculo, el raid Palos de Moguer-Buenos Aires.

Grande, estupenda la hazaña. Y digna del pueblo que siempre tuvo por guía de sus acciones el más puro y más alto idealismo.

Franco, Ruiz de Alda, Durán y Rada, salieron del humilde convento de la Rábida, el pasado hazañoso, para acuatizar en el formidable puerto de Buenos Aires, presente grávido de altas realizaciones.

Marca el vuelo la trayectoria de nuestra raza en su tarea de civilización. La leyenda simbólica de las columnas de Hércules se levanta hoy a la entrada del Plata y vino por el aire. Colón y los Pinzones la trajeron por agua hasta la isla de Guahanani. De un extremo a otro del continente Ibero-Americano, los hombres que la pueblan llevan por divisa la herculina, que es afirmación de su destino: *más allá*.

Hoy como ayer son españoles los que abren la nueva ruta. En ella se adentran sus hermanos de América, con la misma fe, el mismo idealismo — lo mejor de su herencia — a cerrar el nuevo periplo, para la más alta gloria de la raza y el mayor bienestar de la humanidad.

El entusiasmo háse trocado en orgullo, porque son cuatro hombres de nuestra raza quienes clavaron en la Cruz del Sud,

como antes lo hicieron otros de la misma habla en la cintura de Orión, las palabras que los Dioses, rendidos, dejaron caer en la salida del mar de sus hazañas.

Fué corta la tierra para la hazaña que continuara el ciclo de los Dioses abatidos y aquellos hombres buscaron el mar. Fué estrecho el mar para éstos que tomaban de nuevo la antorcha y buscaron el aire.

Nada detiene la pujanza de la raza: ¡PLUS ULTRA!

### Una Sección Argentina en la Biblioteca Nacional de Montevideo

**E**N cumplimiento de un decreto del ministerio de Instrucción Pública, por el cual se encarga a la Comisión de Bibliotecas Populares la tarea de propender a la difusión del libro argentino en América, dicha Comisión, vinculándose con el gobierno uruguayo y la Biblioteca Nacional de Montevideo, ha conseguido la creación, en ésta, de una Sección Argentina. El acto de la inauguración, celebrado el 16 de enero, fué presidido por el doctor Luis Alberto de Herrera, presidente del Consejo de Administración de la vecina república, y a él asistió nuestro ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo. En nombre de la Comisión de Bibliotecas Populares habló su presidente doctor Miguel F. Rodríguez y también pronunciaron hermosos discursos el ministro de Instrucción Pública del Uruguay, doctor Carlos M. Prando y el director de aquella Biblioteca, señor Arturo Scarone.

A continuación publicamos, íntegramente, el significativo discurso del doctor Miguel F. Rodríguez:

Excmo. señor Presidente del Consejo:

Excmos. señores Ministros: señor Director: Señoras: Señores: En una mañana del año de 1883, en la que las primeras brisas otoñales rizaban, suavemente, el agua verde de vuestra hermosa bahía, desembarcaba, en el viejo malecón de piedra, un niño alto y pálido, de ojos y ánimo inquietos, que parecía querer fijar, rápidamente, en su retina, las mil visiones nuevas del escenario extranjero. En su alma, traía un mundo de impresiones de su cielo tropical, y, en un medio distinto, velado apenas por leves brumas, se recogió al principio, tímidamente, pero ese recogimiento fué pasajero y pronto entró en las corrientes de la vida intelectual de vuestra ciudad. A la verdad, llegaba en buen momento para nu-

trir su espíritu, ávido de saber, porque recién declinaban las ardientes batallas intelectuales que se libraban en las tribunas del "Ateneo" y del "Club Católico", y en la más modesta de la "Sociedad Universitaria". Parecía aún verse, en vuestras calles, la prestigiosa y pálida silueta de Prudencio Vázquez y Vega, ardiente liberal y verbo de la juventud; se estaba ensayando la obra de vuestro gran educacionista José Pedro Varela, que nació sobre una tiranía, como una flor sobre un peñasco; y el niño, deslumbrado, se hacía señalar, por sus condiscipulos, a los combatientes de aquellas horas de intensa renovación espiritual: allí pasaba la recia figura de José Pedro Ramírez, sólida y firme como su oratoria que entusiasmaba a las multitudes; allá, la elegante y romántica figura de Juan Carlos Blanco, de rostro pálido y larga cabellera ensortijada, noble y gentil caballero y orador armonioso; por otro lado, Carlos María Ramírez, de grandes ojos negros y de tez bronceada, historiador, orador y el más brillante de vuestros periodistas; más allá, Julio Herrera y Obes, de andar pausado y mirada con brillo penetrante de acero, hombre de estado y formidable polemista, del cual podría decirse, como de otro ilustre compatriota vuestro, Juan Carlos Gómez, que no lanzaba una flecha al campo del adversario sin pulirla antes artísticamente, como un orfebre florentino; y aquí y allí, por todas partes, en aquella vida sencilla de la urbe antigua, los otros hombres de acción y de cerebro que escribieron una página brillante en vuestra historia: Gonzalo Ramírez, sabio internacionalista, serio y taciturno, de honda pupila, que revelaba la labor del intenso pensamiento; Angel Floro Costa, de mentalidad tan amplia, que penetraba, a veces, en los límites poliformes de Sarmiento; Francisco Bauzá, de gentiles maneras, de sutil y elegante palabra, quizás el primero de vuestros parlamentarios; Mariano Soler, apóstol de su fe, espíritu combatiente, como el de aquellos Obispos-guerreros del Medio-Evo, nutrido de sabias lecturas; y muchos otros que escapan a mi memoria, pero que están aún representados, en el presente, como si fueran embajadores del pasado, por tres personalidades que sobreviven y a las que rindo el homenaje de mi respeto: Manuel B. Otero, espíritu inquieto y flexible, con gran bagaje científico, que lo mismo filósofo que entra en los dominios de la Lingüística o la Etnografía; Zorrilla de San Martín, vuestro gran poeta, del que puede decirse que es el alma vibrante de la patria; y Luis Melián Lafinur, al que veo pasar, en mis recuerdos, como un cruzado de bronce, duro y fuerte, sosteniendo sus ideas, sin declinar jamás de ellas, ni por halagos, ni por ambiciones, ni por posiciones políticas.

Aquel niño de que os hablaba, vivió aquí muchos años — los más bellos de su vida — formó su carácter en la austeridad cívica de vuestros repúblicas, obtuvo su diploma en vuestra vieja Universidad, formó su hogar, publicó su primer libro, de amor y de juventud, se vinculó con los lazos de las aulas que no se rompen jamás, y, un día, con las alas crecidas, levantó el vuelo para ir a batallar en el suelo de su patria. Allí luchó, allí hizo su obra, obscura o brillante, no lo sé, pero sin declinar de los principios bebidos en vuestro ambiente, y que le permitieron decir, alguna vez, con legítimo orgullo, en un alto de su fatigoso camino, que mantuvo enhiesta la bandera del Ideal y salvó siempre, hasta en los días sin sol, la integridad de sus convicciones morales. Y aquel niño, casi viejo ya, con la cabeza blanca, a semejanza del cantor de Granada, que colgó sus estrofas de oro y de rosas, en las ojivas y alquitranes de la ciudad gentil, viene hoy a decirnos: como las golondrinas, dejé este alero en una tarde melancólica, pero volví, en muchas primaveras, para estrechar manos leales y para vivir vuestra vida, pasé por muchas sombras, ví muchas pequeñeces que subían y muchas grandezas que se desplomaban, sentí las espinas de muchas ingratitudes, quebré muchas

lanzas por la Belleza, por la Moral y por el Derecho, anduve mucho, mucho... y heme aquí.

Y heme aquí, señores, para cumplir una tarea intelectual, grata a mi espíritu, y para realizar la obra de extender, sobre todos los países americanos, una red sutil e invisible de hilos de oro, para que pasen por ella, nuestros sentimientos y nuestras ideas, respondiendo a convencimientos y anhelos que germinaron en la juventud.

En este estado de espíritu, permanente en mí, al principio de la gran guerra mundial, sostuve que los intereses americanos eran, en gran parte, distintos de los intereses europeos, y que debíamos realizar una política de acercamiento, entre los pueblos de origen latino, porque, si bien nuestra civilización viene del otro lado del mar, se ha formado ya una individualidad con ciertos caracteres especiales y propios. Sintetizando las ideas, sostuve que existe un "alma americana", superior o inferior, — no hay para qué averiguarlo — a la europea, pero indiscutiblemente distinta, como producto de un medio físico, moral y étnico también distinto. No sostenía el repudio de las corrientes europeas que nos han traído, en sus aluviones, oro y escoria, pero sostenía que no debemos aceptar, como dogmas, lo que allá puede ser útil, pero que aquí puede contrariar los intereses de nuestras nacionalidades. Honor sea hecho a la brillante y espiritual civilización francesa, a la enérgica civilización itálica, mayorazgo del pueblo-rey, a la sólida civilización inglesa, expansiva y orgánica, madre de la libertad civil, no renegemos de nuestro título de descendientes de la civilización greco-romana, encarnada en la madre España, la más esplendorosa de la historia, pero mantengamos y fortifiquemos los sentimientos y las modalidades propias, que son la base firme de la vida nacional.

Los hechos posteriores han confirmado esas conclusiones, y el fracaso de la gran idealidad wilsoniana, demuestra que el noble estadista no tuvo presente factores milenarios, y que, con esa mentalidad anglo-sajona, extraña mezcla de amplia visión y de sana ingenuidad, llegó a Europa creyendo que podía hacer primar, — sobre los intereses materiales, los prejuicios, los odios de pueblos y de razas, las ambiciones territoriales — sus catorce principios básicos, que parecen arrancados de la "República" de Platón, y no de la realidad humana actual, sobre la que soplan todas las tempestades y donde hierven todas las pasiones del mundo moderno. Así hemos visto a Wilson, recién llegado a las tierras partidas por la metralla, tener que limitar sus ideales, ceder ante las fuerzas invencibles y negativas, y, a trueque de salvar algo de su edificio ideológico, modificar los rígidos principios proclamados.

Los que vimos venir fatalmente el fracaso de su gran política, no obstante acompañar, con todas nuestras simpatías, a esa intelectualidad nobilísima y superior que desafió todos los huracanes, alzándose, como el faro de la libertad, en la bahía de New York, sobre la roca solitaria de su fé, no hemos sido sorprendidos por los hechos, porque siempre pensamos que la empresa acometida, era superior a la acción humana actual, y que sólo será verdad en un porvenir que apenas se diseña en el futuro de la humanidad.

Se dice, generalmente, que entre los pueblos americanos, no hay comunidad suficiente para dar base a una unión sólida y estable. Pienso que es un error, porque, además del origen, la historia, la raza y este idioma, majestuoso y bello, en el que volcaron su pensamiento Rodó y Montalvo, Martí y Estrada, existe un factor económico preponderante y decisivo: todos los pueblos latino-americanos son pueblos en formación, sitiados por el desierto, sin población suficiente, con abundantes riquezas naturales a flor de tierra y sin explotarse, con materia prima para el



desarrollo de todas las industrias del mundo. Esta analogía de situación, necesariamente crea analogía de intereses y destinos, y, si sobre lo material, se extiende el tul invisible del espíritu, ha de descubrirse que no estamos tan alejados, desde que sabemos de dónde venimos y sabemos a dónde vamos.

Es indudable que esta visión no se ha exteriorizado anteriormente con suficiente nitidez, pero el cataclismo que ha sacudido al mundo viejo, ha despertado sentimientos dormidos, y, más que sentimientos, una convicción de orden moral y material: la necesidad de hacer solidarias las fuerzas latentes o actuantes que germinan hoy silenciosamente en los países americanos, para que no se pierdan dispersas, y, sobre todo, para cerrar el paso a ideas y políticas que no armonizan con nuestro organismo, cuya constitución íntima, desde los albores de la independencia, ha sido de orden, de paz y de libertad.

Aceptemos la herencia europea en todo lo orgánico, en todo lo alto, en todo aquello que contribuya a hacer hermosa y noble la vida individual o colectiva, sobre la base de la paz y del trabajo, pero rechazemos enérgicamente las ideologías extraviadas y de odios, que no caben dentro de la amplitud económica y moral de la tierra americana.

La Argentina, con esta obra de las secciones de autores nacionales en todas las bibliotecas del continente, y con la remisión de libros a personalidades destacadas, no pretende imponer procedimientos o ideas; sino condensar, en forma práctica, la vinculación espiritual que hasta hoy ha sido muy débil, y que debe acentuarse para que se realice el vaticinio de que el siglo XX, será "el siglo de América", es decir, el siglo del equilibrio de las fuerzas sociales, de la armonía del orden con la libertad, y de la verdadera soberanía popular, realizada por una democracia activa, pero, sobre todo, ilustrada y consciente, que no pretenda deprimir a los que están arriba y que han subido por sus propios méritos, sino que eleve a los que están abajo, cuando éstos realicen su propia e interna auto-cultura, necesaria para ser buenos ciudadanos.

Señores: América ha sido cuna de hechos y de ideas fundamentales que no han sido apreciados suficientemente en su valor étnico, científico, o estético. Sólo este continente ha producido un tipo humano que se encarnó en los dos grandes libertadores. Europa y Asia han producido grandes guerreros que, atravesando fronteras seculares, dominaron muchos pueblos, pero esos guerreros hicieron exclusivamente obra de conquista: no presentaron el hermoso espectáculo de aquellos dos "super-hombres" que salieron de sus tierras nativas, no para conquistar, sino alzando, en sus brazos, la tea revolucionaria para despertar a los pueblos y llevarlos a la conciencia de su independencia y de su soberanía. La palabra "libertador", en su alto concepto de acción expansiva de un pueblo o de un hombre en beneficio de otro, sin reclamar compensación alguna, es exclusivamente americana.

Este hecho no ha sido apreciado en toda su trascendencia y en toda su textura ética, como no se ha apreciado suficientemente la obra interna realizada, en vuestro suelo y en el nuestro, en los últimos años, para hacer democracias efectivas y para armonizar el capital y el trabajo, evitando los conflictos que han sacudido a otros pueblos.

Del vuestro se ha dicho que es un laboratorio en el cual se ensayan todas las ideas nuevas, y yo os digo que el juicio es honroso, porque revela que el alma de vuestra nacionalidad no se ha cristalizado en el pasado, y que, amándolo y respetándolo, vais triunfalmente hacia un porvenir de civilización superior y de grandeza.

La vinculación espiritual, por medio de los libros, ha de contribuir a la formación de esta civilización nueva, en la que sólo cabe la democracia,

y que ha de realizar la dualidad de la vida humana: la idealidad superior en lo moral, en el arte, y en la ciencia, y la materialidad fecunda y útil que nace de la riqueza y del trabajo, sabia conjunción que los griegos simbolizaron en aquel dios que tenía alas en la cabeza para llegar al Azul, pero también plomo en los pies, para que no se alejara demasiado de la tierra.

El dios de la América debe tener también, como el romano, dos caras: una para mirar al pasado, al origen común que nos vincula, y otra para mirar al porvenir, en el cual están en gestación todos los problemas del mañana.

En nombre propio, y en el de mis distinguidos colegas de comisión, los señores Carlos Vega Belgrano, doctor Eduardo A. Tibiletti, profesor Pablo A. Pizzurno y doctor Francisco A. de Veyga, que están aquí presentes con el espíritu, en esta obra que unidos estamos realizando, agradezco al ilustrado Gobierno y al pueblo uruguayo, la gentil acogida que han dispensado a nuestra iniciativa, y pongo en vuestras manos, señor Ministro y señor Director, esos libros que encierran el alma y el pensamiento argentinos, que siempre estuvieron a vuestro lado, porque tienen sus raíces en una hermandad consolidada por la sangre y por la gloria.

He dicho.

### Alonso Quesada

**T**ENÍA derecho a un glorioso porvenir; su talento y su juventud lo justificaban. Pero se ha ido sin esperar, callada y rápidamente, como inquieto por alcanzar la eternidad antes de que le sonriera aquí abajo.

Sin conocerle mas que a través de sus libros — el famoso *Lino de los Sueños* que prologara Unamuno, y *Smocking Room*, cuentos de ingleses coloniales, *La Umbria*, obsesionante tragedia danunziana, — Fernández Moreno lo ha retratado en un soneto aparecido en *Caras y Caretas*, con magistrales trazos.

Nosotros que le conocíamos y desde muchos años atrás fuimos sus amigos, no acertaríamos a trazar ahora ni el retrato físico ni el moral, tan absurdamente nos ha castigado la noticia de su muerte.

Las últimas cartas que nos envió eran pesimistas; pero sin embargo, como ese pesimismo se lo inspiraba, más que el estado de su salud, algo precaria en los últimos tiempos, la situación política de España, con la que no podían transigir su espíritu libérrimo y su hombría, seguíamos creyendo que todo aquello se remediaría cuando la reacción indispensable llegara.

Pero llegó primero la muerte para el alto poeta isleño, a quien dió el cetro de la poesía canaria la también temprana des-

aparición de otro amigo nuestro, Tomás Morales, a quien Victorio Macho ha consagrado, en monumento digno de su fama y de la del cantor de los Mares.

Alonso Quesada colaboró en nuestras páginas y era nuestro representante en las Islas Canarias.

La literatura de lengua castellana pierde uno de sus más hondos líricos, una de sus más legítimas glorias juveniles, y NOSOTROS un amigo sincero y un colaborador que nos honraba. — E. S. C.

### Sobre la moda indianista

*Crítica*, el popular diario de la tarde, en su edición del 5 de enero publicó el siguiente reportaje hecho a uno de nuestros directores:

A propósito de las corrientes en boga en la nueva generación literaria, hemos conversado con Alfredo A. Bianchi, bien conocido entre las gentes de letras.

—¿Qué opina usted de la nueva generación?

—Como creo con Ingenieros que los jóvenes "son la esperanza de la humanidad, de las patrias, de la cultura, de los hogares", confío en que la nueva generación dará un paso más en la consecución de los ideales por los cuales hemos combatido algunos de los hombres de mi generación. Por que es indudable que, "todo tiempo futuro será mejor". Pues como decía el maestro Ingenieros (a cada rato tendremos que repetir sus frases): "hay que mirar siempre adelante aunque nos equivoquemos; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo". Que es precisamente lo que está haciendo, con una manía suicida, una parte de la nueva generación unida a un grupo numeroso de artistas de la generación anterior, que han descubierto en la tradición de otros países de América, no del nuestro, una veta artística que explotan con indudable éxito económico y que quieren imponernos a todos como obligada norma artística nacional. Niego en absoluto mi vinculación con esos antepasados. Ni yo ni el noventa y cinco por ciento de los artistas que siguen esa moda (como la otra de los paisajes mallorquinos, que ya pasó), tenemos nada de común con esa raza indígena degenerada, que felizmente para el porvenir de América, desaparecerá. Sobre todo en la Argentina, que es el país que nos interesa. El tipo argentino aún no existe, está recién formándose, pero podemos desde ya afirmar que él será un tipo blanco, indo-europeo. Está bueno que se utilicen esos elementos indígenas como tema de arte, como hemos usado tanto tiempo los temas franceses, pero tanto éstos como aquéllos no tienen nada de argentinos. Muy de acuerdo con el consejo que Fernán Silva Valdés da a los artistas que aun no hacen arte nacional: "Vean cómo trabaja el hornero: con agua de su cielo, con polvo de su tierra, con su propia intuición y con su canto y con su amor". Sí, pero el arte incaico no es arte nacional. Lo argentino es y será muy otra cosa. Aprendan los artistas a mirar a su alrededor, a ver qué es lo argentino en el momento

presente y déjense de mirar al pasado, a un pasado cuyas ruinas tienen tanto de común con nosotros como las ruinas de Egipto. Eso es arqueología y nada más.

Felizmente no todos los escritores de la nueva generación piensan así. Los más destacados de entre ellos no son indianistas. Así aquellos cuatro jóvenes que yo convoqué en junio de 1923, para que fundaran *Inicial*, convencido de que ellos eran los más capaces de orientar, en forma definida, a la "nueva generación": Homero Guglielmini, Brandan Carraffa, Roberto Ortelli y Roberto Smith. A los que hay que agregar V. Ruiz de Galarreta. Así Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez y Pablo Rojas Paz, de la revista *Proa*, todos los cuales, con otros más, hacen obra argentina, obra nacional, pero no indianista.

### Sobre la "nueva sensibilidad"

Reproducimos a continuación otro reportaje a uno de nuestros directores. Fué hecho por el reputado novelista y crítico uruguayo Vicente A. Salaverri, y se publicó en *El Día* de Montevideo el 10 de enero. También lo reprodujo *Crítica* de esta capital:

En la playa descubrimos la silueta juvenil del director de la revista *Nosotros*, cuyo rostro lampiño disimula bien los cuarenta años transcendentales de que hablaba el clásico. Giusti llegó a Montevideo de paso para Punta del Este en compañía de su señora y sus pequeñas hijas. Apenas sé detúvose aquí el tiempo suficiente para saludar a los amigos. Nosotros, la víspera de su salida le interrogamos:

—*El Día* — observó — es muy gentil conmigo. Siento que me va a hacer perder la discreción, pues que habiéndole hablado ya, en Mayo, de la poesía argentina, ahora tendré que referirme por completo, necesariamente, a lo que ha dado en llamarse "la nueva sensibilidad". Ya aludí a ella en mi anterior reportaje.

—Pero en rigor, — balbucimos — ¿existe una nueva sensibilidad? Nos mira muy fijo. Un ligero estrabismo de su mirada, se acentúa; sonríe y nos responde:

—Con franqueza: no creo que exista. Una nueva retórica sí es posible. Todo poeta es una nueva y fresca sensibilidad. Por eso es poeta. Pero estos poetas no se encuentran en todas las esquinas. El que abunda es el que se acomoda a la nueva palabrería. (Que deja de ser nueva apenas nacida). Los poetas así, palabrereros, son legión. En menos de un año he visto pasarse a la "nueva sensibilidad" e inventar metáforas de nuevo cuño, aunque de gusto y felicidad discutibles, y versos tipográficos, a muchachos que ayer todavía victorhugueaban en desbridados alejandrinos. La cuestión es proponérselo. La demostración por lo contrario podría darla con este ejemplo: un agudo crítico y cuentista de mi generación, y por lo tanto de la vieja sensibilidad (ha pasado los 30 años), Víctor Juan Guillot, ha probado escribir a la manera nueva unas breves impresiones de viaje en ferrocarril, supongo que a título de broma o de desafío, y lo ha conseguido.

—En suma — interrumpimos, — para usted todo es uno y lo mismo.

—¿Cómo voy a afirmar eso? — protesta el doctor Giusti. Acabo de declarar que creo en los poetas, en los creadores. No en los "monos". Estos serían los que se dicen creadores de metáforas y que en la metá-

fora ponen toda creación poética. ¿Metáforas?... Desde los indios, desde la Biblia, desde Homero, hasta Virgilio, hasta Dante, hasta Góngora, hasta Shelley, hasta Hugo, hasta D'Annunzio, cuántas, y qué nuevas, y qué inesperadas, y qué hermosas! Es oficio de poetas ver las nunca vistas relaciones entre las cosas y fijarlas por medio de la palabra musical—y los poetas verdaderos siguen descubriéndolas; pero es oficio personal: cuando toda una mesa de café frecuentada por jóvenes alegres y dispuestos, se propone lo mismo y según un mismo procedimiento, estamos fuera de la literatura: caemos en la regocijada tertulia de gente más o menos ingeniosa. Hubo un tiempo en que toda comida bien rociada concluía con la confección de versos de pie forzado, de rima obligada. ¿Constituiría aquello una escuela, una sensibilidad? Nadie lo pretendió. ¿La constituirían los versos de cabo roto de la época de Lope y Cervantes?

—¿Vale decir que para Vd. esta es literatura de café, de cenáculo? —precisamos.

—Sí, pero en el más restringido sentido de la palabra. Mejor diríamos literatura de lechería. Porque ahora se bebe poco alcohol, o nada, por suerte para ellos. Pero el caso es que ni siquiera conciben en el dichoso estado de la embriaguez — como Verlaine, como Darío — sino a mente calma, fría, aguzando el ingenio.

—¿Falta, pues, la inspiración?

—Falta. No defiendo el mito romántico de la inspiración que desciende a encender el numen; pero sí creo en cierto calor emotivo, en cierta exaltación del yo, en cierta simpatía humana cuya ausencia cualquiera advierte en los poetas que en mi tierra se dicen de la "nueva sensibilidad". Ingenio puede haber, talento a veces: falta sinceridad.

—Repita Vd. mucho la palabra ingenio — le objetamos al Dr. Giusti.

—Porque no encuentro otra, porque es la legítima. Juegan con las imágenes y con las palabras, a veces con gracia, y de ahí no pasan. ¿Emoción, inspiración? Todavía no ha sido hecha la crítica de esta nueva manera, tal vez porque no hay críticos en mi país, o porque no la han creído digna de ser considerada seriamente: de otro modo se habría advertido que todos estos poetas de las nuevas escuelas son o quieren ser humoristas. Actitud disolvente de la poesía. Vd. podrá citarnos muchos excelentes poetas satíricos, inflamados de indignación, de rabia, de dolor, de despecho, de vergüenza; humorista, rigurosamente hablando, ninguno. Rasgos de humor encontrará Vd. entre los mayores, en Homero, en Dante, en Shakespeare, en Goethe: son momentos de su emoción o de su visión del mundo; nunca una actitud buscada y resuelta. Y por eso los líricos humoristas de la nueva sensibilidad, se me parecen como una gota de agua a otra gota, a Luis García, a quien ellos desprecian, y yo por cierto no, porque su fértil ingenio y sus dotes de versificador no son comunes. No me explico cómo Alonso, el inteligente director de *Caras y Caretas*, no los aprovecha en mayor medida para las secciones ligeras de nuestro mejor semanario.

"El auto orina chorros de luz." Vea usted qué preciosa imagen de un poeta de *Martín Fierro*. Con no usar palabras feas, ése consigue meter algo en *Menudencias* de la excelente revista.

—¿Pero juegan por necesidad espiritual o por pose?

El autor de *Crítica y Polémica* sonríe:

—¡Oh! Hasta donde eso sea necesidad espiritual, no sé. Pero supongo que es cosa exterior, superficial, pegadiza, imitada, pasajera. El artificio, sin embargo, es manifiesto. ¿Qué significa fijar revistas murales, como me dicen que van a hacer algunos jóvenes de Montevideo, a imitación de lo que hicieron algunos de Buenos Aires, supongo que a imitación de algunos de París? ¿Pretenden hacer arte para el pueblo?

Ellos son los primeros que deben rechazar mi absurda hipótesis; que si no, la rechazo yo; y no siendo así, ¿qué significa, a quien va dirigido ese *affiche*? ¿Qué es eso de editar un sobre de tarjetas con versos impresos en tinta violeta, como acaba de hacerlo un muy querido y talentoso amigo mío, uruguayo por más señas? ¿Y qué me dice usted del banquete ambulante — creo que en ómnibus — que le preparaban a ese necio de Gómez de la Serna?

Y prosigue:

—¿Chistes? ¿Bromas de 'patotas' alegres? En ese caso, que cuenten conmigo, que no soy de palo. — ¿Pero eso es literatura? ¡Puah! ¿Pero en nombre de eso se puede negar todo el pasado, a todos los que amaron y sintieron, por lo menos como ellos, y lo expresaron con mayor emoción? ¡No! Todos fuimos iconoclastas a los 20 años, pero estos jóvenes de la nueva sensibilidad dan cruz y raya. ¡Qué pedantes!

—¿En resumen, usted está con el pasado contra el presente?

El talentoso escritor argentino aclara:

—No. No niego el presente. Espero las obras que han de venirnos por otro camino. No me atrevería por el momento a abrir juicio sobre ninguno de los jóvenes poetas. Los hay al margen de todo lo que acabo de examinar. Los hay de talento, entre los que juegan a este juego. No quiero citar nombres. En Mayo, en un reportaje de *El Día*, cité algunos. Si citara uno solo — aunque fuera a Gironde, aunque fuera a Francisco Luis Bernárdez, podría resultar injusto, o incurrir en errores y omisiones. No he criticado a los hombres. He criticado las modas de París, las maneras, las frivolidades de la hora presente, que ellos pretenden despacharnos por desafíos a la eternidad. Critico el bizantinismo, la falta de simpatía humana, de emoción, en todo o casi todo lo que se escribe. Critico a sus "meneurs", que estos muchachos los tienen, como los tienen en política los ingenuos. Viejos fracasados de ayer, que pretenden rehacerse una ficticia juventud.

Y el notabilísimo escritor termina su brillante y viril alegato:

—He hablado de juegos de café, que hallan periódiqnes que los reproducen; no de literatura. Esta pediría más espacio.

## Sobre la revolución maximalista en la Argentina

Nuestro colaborador C. Villalobos Domínguez nos ha enviado la siguiente carta:

Mis estimados amigos: Ruégoles que tengan a bien publicar esta rectificación sobre hechos equivocadamente señalados en el artículo del señor Arturo Orzábal Quintana: "Los ideales políticos de Ingenieros", inserto en el número anterior de NOSOTROS.

Dice un párrafo de la página 638, refiriéndose a la revolución rusa: "En los días que corren no es necesario ser vidente, ni tener temple de luchador, para profesar cierta amistad a un gobierno cuyos favores y concesiones se disputan los amos financieros del mundo, y que ha prometido amplia hospitalidad a los turistas argentinos; hace seis años, en cambio, sólo Ingenieros y sus discípulos, en el mundo intelectual latinoamericano, osaron manifestar su franca simpatía por el pueblo cuyos esclarecidos estalistas las agencias telegráficas calificaban unánimemente de "ascensos y bandidos".

La verdad de los hechos es que la primera ocasión en que Ingenieros se manifestó como simpatizante de la revolución rusa fué en su conferen-

cia del Teatro Nuevo; pero, por mi parte, desde un año antes, en las primeras semanas de la revolución maximalista, ya había publicado, declarando y explicando mis simpatías por ella, los siguientes artículos: "Los sucesos de Rusia y la política de la guerra" (*La Vanguardia*, noviembre 26 de 1917), "El antimaximalismo" (*La Vanguardia*, noviembre 30 y diciembre 13 de 1917), "Los maximalistas y "La Vanguardia" (*La Vanguardia*, febrero 17 de 1918), "Sobre la libertad de pensar" (NOSOTROS, mayo de 1918). Todos ellos están además recopilados en mi libro: *Evitemos la guerra social*.

La conferencia de Ingenieros fué pronunciada el 22 de noviembre de 1918 y, desde esa fecha, empezaron a aparecer trabajos de escritores latinoamericanos en el mismo sentido. Antes de ella no conozco otros que los míos.

Independientemente de la cuestión de precedencia, las palabras del señor Orzábal Quintana, me harían aparecer como incluido entre los discípulos de Ingenieros, cosa que no he sido en ningún momento ni sobre ningún asunto.

Saludo a Vd. muy atte.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

Sobre este particular nos escribe Arturo Orzábal Quintana:

Mis queridos amigos: Agradezco a Vds. el haberme dado a conocer, antes de su publicación, la carta del Sr. C. Villalobos Domínguez en que refuta algunos párrafos de mi artículo sobre *Los Ideales Políticos de Ingenieros*.

Reconozco, sin dificultad, que el señor Villalobos Domínguez tiene razón: he vuelto a leer su obra *Evitemos la guerra Social*. No intentaré, en consecuencia, una polémica. Lo que ha ocurrido, es simplemente que yo había olvidado, de un modo absoluto, aquellos artículos del señor Villalobos Domínguez, y creo que al público en general le ha ocurrido otro tanto. Las manifestaciones de simpatía del señor Villalobos Domínguez hacia la Nueva Rusia, por otra parte, no tuvieron, que yo sepa, trascendencia alguna. Bien diferente, por cierto, de lo que sucedió en el caso de Ingenieros...

Tengo por el señor Villalobos Domínguez un aprecio profundo, no obstante lo cual, lo confieso, no pensé en él al referirme a los discípulos de Ingenieros.

Agradeciéndole a Vds. la inserción de estas líneas, me es grato saludarlos con el viejo afecto de siempre,

Su compañero

ARTURO ORZÁBAL QUINTANA.

## Ediciones de NOSOTROS

**N**OSOTROS acaba de editar un nuevo libro de Alfredo Colmo, jurisconsulto y sociólogo de sólida reputación. Se titula *Política cultural en los Países Latinoamericanos*: encierra las conferencias pronunciadas por él en Lima, en enero de 1925, con motivo de su delegación al Congreso Científico Panamericano, enviado por el gobierno argentino, y constituye su parte más or-

gánica una extensa Prelusión en que se debaten todas las cuestiones fundamentales que caben bajo el título general del libro. En resumen, un volumen de 256 páginas, nutrido de observaciones e ideas. En el próximo número publicaremos el extenso comentario que sobre esta nueva obra del autor de *América Latina*, ha escrito Francisco Soto y Calvo.

—Extraordinaria importancia tendrá ciertamente en nuestra historia bibliográfica, la publicación de la *Antología de la Poesía Argentina Moderna*, ordenada por nuestro ex director Julio Noé y editada por NOSOTROS. Se trata de un hermosísimo volumen de 608 páginas, en el cual están representados los más conocidos poetas argentinos desde el año 1900 hasta la fecha: ochenta y siete autores, trescientas setenta y cinco composiciones. Las ilustran copiosas y precisas notas biográficas y bibliográficas del compilador. Sirio ha ilustrado la carátula con una original e intencionada alegoría, ya muy discutida en los círculos literarios.

Nosotros debe un amplio comentario a este hermoso esfuerzo de selección y crítica realizado por Julio Noé. Se lo dedicará. Por el momento se limita a consignar la aparición de esta edición suya extraordinaria.

— En el mes de enero hemos puesto también en circulación, en un elegante folleto de 32 páginas, la *Balada de la Cárcel de Reading* de Oscar Wilde, que, traducida en verso castellano por los doctores Mariano de Vedia y Mitre y Luis María Díaz, publicamos en el número 196 de NOSOTROS. Como recordarán nuestros lectores, en el número 191 habíamos publicado otra excelente traducción en verso de la misma Balada, obra del distinguido colaborador de NOSOTROS, doctor Jacinto Cárdenas.

Los gastos de esta edición de la magnífica Balada de Oscar Wilde, han sido costeados por el doctor Mariano de Vedia y Mitre, quien gentilmente ha donado a la revista NOSOTROS los beneficios que pueda producir su venta.



## Nuestro homenaje a Ingenieros y la prensa

**E**NTENDIMOS realizar un esfuerzo no común al dedicar nuestro número de diciembre, íntegramente, a la memoria de la vida y la obra de José Ingenieros, y con satisfacción podemos afirmar que nuestra intención se ha realizado. Así nos lo dicen el favor del público y la opinión general, de la cual es cabal expresión la unanimidad con que han juzgado nuestro volumen los colegas.

“Un grande y laudable esfuerzo editorial”, lo ha calificado *La Prensa*; “un verdadero esfuerzo editorial, tal vez sin ningún precedente en estos países del Plata”, *El Día* de Montevideo; “un número extraordinario que por la calidad de su contenido ha de ser conservado en todas las bibliotecas de la gente de estudio”, *Caras y Caretas*; “un verdadero esfuerzo editorial”, *La Vanguardia*; “número extraordinario, no sólo por su calificación, sino también por su factura, no teniendo antecedentes semejantes en las publicaciones nacionales”, *El Diario*; “esfuerzo sin precedentes dentro del periodismo y de la literatura argentina”, *Mundo Argentino*; “el más sentido homenaje al director espiritual de la juventud argentina; bello y sentido himno de admiración”, *El Telégrafo*; “esfuerzo considerable y significativo”, *Carátula*; “no sólo el mejor homenaje tributado al escritor que cayó tronchado como un recio árbol en la plenitud de sus fructificaciones, sino también el más completo documento biográfico para la historia de la cultura americana, en el capítulo necesariamente importante que ha de ocupar aquella personalidad representativa”, Alberto Zum Felde en un extenso artículo crítico publicado en *El Día* de Montevideo; y con parecidos términos se han expresado sobre él, en artículos y notas, la casi totalidad de nuestros diarios y revistas, *Crítica*, *La Razón*, *La Época*, *La Argentina*, *La Patria degli Italiani*, *L'Italia del Popolo*, *La Capital*, de Rosario, *Renovación* de Bernal, *Los Pensadores*, etc.

Dijo *La Razón*, entre otras cosas gratisimas para esta revista: “A pesar de que han transcurrido ya muchos años desde su fundación y de la intensa obra literaria y sociológica que ha realizado, puede afirmarse sin exageración que la revista Nos-

OTROS no ha editado hasta ahora un número especial tan importante como el que acaba de aparecer, dedicado a José Ingenieros. Es el homenaje que en realidad se le adeudaba al maestro de la juventud, después de su prematura y llorada desaparición, como exponente de gratitud y admiración por su obra de sociólogo". Y *Crítica*: "Este número viene a ser, y lo será por muchos años, lo más nutrido y lo mejor documentado que existe acerca de Ingenieros. Y la superación será difícil". Y *La Época*: "Este número de NOSOTROS, por la importancia indiscutible de su material, está llamado a una difusión extraordinaria en los países de habla española. No se podía honrar mejor la memoria de Ingenieros". Y *L'Italia del Popolo*: "Molti sono stati gli omaggi resi all'uomo insigne che or non é molto é scomparso dalla scena del mondo. Nessuno però a nostro credere, é stato così completo, così serio, così duraturo como questo che gli ha dedicato la rivista NOSOTROS. Non é l'omaggio dell'Argentina solamente, ma possiamo dire che é omaggio internazionale... Tutto potrà passare intorno ad Ingenieros sotto la raffica del tempo. Conferenze, funerali, commemorazioni. Ma questo volume di NOSOTROS, rimarrá e sará già un piccolo, ma prezioso monumento che all'Illustre uomo é stato sollecitamente innalzato". "Para el amor y la veneración que el pensamiento merece, la obra de NOSOTROS es valioso aporte. Este serio y documentado trabajo perdurará y las generaciones venideras sabrán así de la vida y de la obra del primer grande intelectual que teníamos y que la muerte no quiso perdonarnos" — ha dicho *Los Pensadores*, revista juvenil y justiciera.

La prensa argentina ha comprometido una vez más nuestra gratitud: efusivamente se lo expresamos en estas líneas, y particularmente agradecemos a *Caras y Caretas* y a *Crítica*, su contribución al homenaje. al facilitarnos preciosas fotografías, así como el desinterés con que el segundo anunció varios días magníficamente nuestro número.

## La "Antología de la Poesía Argentina Moderna"

Nos escribe Julio Noé:

Buenos Aires, 4 de Febrero de 1926.

Mis queridos amigos: No era mi deseo que esa revista dejara constancia de la cesión que en favor de ella y de la Sociedad Argentina de Escritores he hecho de los posibles beneficios de la "Antología de la poesía argentina moderna" que acabo de publicar.

Saben Vds. que ningún propósito de lucro me ha guiado al compilar ese nutrido volumen. Lector — y nada más que lector — de nuestra literatura, he extrañado la falta de una antología moderna de la poesía de nuestro siglo. Para los lectores como yo que también la extrañaban, he ordenado la que acaba de publicarse, con deseo de *servir* a mis amigos los poetas argentinos.

Para que no cupiera duda de mi intención, ofrecí a esa revista, que tanto ha hecho por nuestra cultura, y a la "Sociedad Argentina de Escritores" los beneficios netos que de su venta pudieran resultar.

La malicia de mis buenos amigos los poetas es, a veces, excesiva, y algunos de ellos — precisamente aquellos a quienes con menos entusiasmo y con más generosidad he incluido en mi florilegio —, me han supuesto en trance de enriquecerme con sus versos.

Creo, pues, oportuno, mis queridos amigos, que quede constancia en Nosotros de la cesión que he hecho de los beneficios probables de ese libro.

Además de ello, y para tranquilidad del espíritu de desinterés de los poetas, deseo hacerles una ligera liquidación:

Precio de impresión de la Antología (2000 ej.)	....	\$	4.522
Dibujo de Sirio	.....	"	70
Gastos propaganda	.....	"	150
TOTAL		.....	\$ 4.742
Venta — probable — de 1.800 ejemplares a \$ 5 c/u.,			
menos 40 % de comisión de librería	.....	\$	5.400
Saldo a favor		.....	\$ 658

Este saldo de \$ 658 dividido por 600 que es el número de páginas del libro, arroja por página un beneficio de un peso y fracción que pongo desde ahora a disposición de los poetas.

Mantengo, por lo demás, el ofrecimiento hecho a esa revista y a la Sociedad de Escritores.

Saludo a Vds. con el antiguo afecto de

JULIO NOÉ.

## "Les Cahiers du Sud"

ESTA revista de Marsella ha creado una sección con el título de *Crónica de las Letras Extranjeras*, a cargo de Marcel Brion, a quien los autores interesados pueden mandar sus libros: 10 Quai du Canal. Marseille (France).

Celebramos el esfuerzo del colega por la introducción de esta mejora en sus ediciones, que contribuirá a consolidar su bien ganado prestigio.

### Advertencia

**P**OR rarísima excepción, este fascículo de NOSOTROS corresponde a dos meses, enero y febrero (Nos. 200 y 201). Nos ha obligado a ello la circunstancia de haberse demorado casi hasta fines de enero — por justificados motivos — la composición y publicación del número de diciembre, enteramente dedicado a José Ingenieros.

Nuestros suscriptores querrán disculparnos. En compensación les ofrecemos en este facsímil mayor cantidad de lectura que habitualmente, así como no vacilamos en ofrecerles como número ordinario, el extraordinario de diciembre, de 300 páginas.

NOSOTROS.